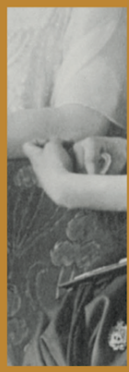
HISTORIA BREVIS



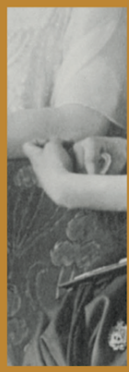
LA RUSIA DE LOS ZARES

La forja de un gran imperio en la Europa oriental

CARLES BUENACASA PÉREZ

Shackleton books

HISTORIA BREVIS



LA RUSIA DE LOS ZARES

La forja de un gran imperio en la Europa oriental

CARLES BUENACASA PÉREZ

Shackleton books

La Rusia de los zares

La Rusia de los zares

La forja de un gran imperio en la Europa oriental

Carles Buenacasa Pérez

Shackleton books

La Rusia de los zares. La forja de un gran imperio en la Europa oriental

© 2020, Carles Buenacasa Pérez

© 2020, de esta edición, Shackleton Books, S.L.

Shackleton books

www.shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S.L.

© Ilustración de cubierta: Nacho García

Diseño de tripa y maquetación: Kira Riera

Composición ebook: Víctor Sabaté (Iglú de libros)

Cartografía incluida en los apéndices: Geotec

© Fotografías (referencias sobre la página de la edición en papel): p. 9, Geotec; p. 16, Bjoern Wylezich/Shutterstock.com; p. 19, Labrador Photo Video/ Shutterstock.com; pp. 21, 31, 49, 67, 72, 86, 113, 119, 131, 144, 173, d. p.; p. 37, © 2012 Encyclopaedia Britannica, Inc.; p. 47, © Collection of Dr. Lawrence A. Adams. Ex Moreira Collection; p. 59, © Carles Buenacasa; p. 63, Mary_Photo/ Shutterstock.com; p. 75, © D.P: Augustus Sherman/New York Public Library; p. 93, Irina Borsuchenko/Shutterstock.com; p. 97, Roman Evgenev/Shutterstock.com; p. 100, Vladímir Sazonov/ Shutterstock.com; p. 171, yingko/Shutterstock.com; p. 175, dimbar76/Shutterstock.com.

Icons by Icons8

ISBN: 978-84-18139-19-2

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

Introducción

La formación del Estado ruso ~ 862-1325 ~

De Nóvgorod a Kiev

La cristianización de Rusia

La sumisión a los mongoles

El sueño imperial y la creación del zarato ~ 1325-1613 ~

El gran ducado de Moscú y la victoria de Kulikovo

El apogeo de Moscovia: Iván III y Basilio III

El poder de los boyardos y de la Iglesia en la Rusia medieval

Iván IV el Terrible, primer zar de todas las Rusias

La época del terror (1564-1584)

Los Tiempos Turbulentos

Los Romanov y la Rusia de Pedro el Grande ~ 1613-1725 ~

Los primeros pasos de la dinastía Romanov

El correinado de Iván V y Pedro I

La llegada de Pedro el Grande al poder

El viaje de Pedro a Occidente

El inicio de las reformas y el período de guerras

Las grandes reformas

La fundación de San Petersburgo

Los detractores de las reformas petrinas

El esplendor del zarato: las zarinas Isabel y Catalina II ~ 1725-1801 ~

El reinado de Isabel

La usurpación del trono

Catalina II la Grande y el apogeo del Imperio

Las grandes anexiones: Polonia y Crimea

Muerte de Catalina II y reinado de Pablo

Sociedad y economía en el apogeo del Imperio

El declive de los Romanov ~ 1801-1917 ~

El gobierno reaccionario de los últimos Romanov

El movimiento obrero y la difusión del comunismo

Nicolás II y la Revolución rusa de 1917 ~ 1917 ~

La represión como estrategia para reforzar la autocracia

Los desaciertos militares de Nicolás II y el declive del zarato

La abdicación de Nicolás II y el triunfo de los bolcheviques

El fin de los Romanov

El surgimiento de la URSS

Apéndices

Sobre el autor

Introducción

Hoy en día, la Rusia de los zares se nos antoja como el más oriental de los Estados surgidos en Europa. Sin embargo, en un principio, los orígenes escandinavos y eslavos de sus fundadores (los príncipes de la Rus de Kiev) no le permitieron vincularse a la tradición de romanidad que había avalado la formación de las principales monarquías europeas, especialmente Inglaterra, Francia, España, las repúblicas italianas y, sobre todo, el Sacro Imperio Romano Germánico. Los zares rusos tuvieron que desarrollar sus propias estrategias para que en Europa reconocieran su rango imperial y fueran tratados como iguales, aunque cabe decir que, en un primer momento, a los príncipes rusos les preocupó muy poco revindicar el europeísmo de sus estados. Prefirieron reforzar las raíces eslavas de los mismos y protegerse del expansionismo católico —que para ellos equivalía a una sumisión al papado romano— apostando por la conversión a la fe ortodoxa, una decisión que les permitió estrechar sus vínculos con el Imperio bizantino.

La constitución de una Rusia eslava y ortodoxa se fue configurando, de reinado en reinado, gracias a la labor de los monarcas de la primera dinastía rusa: la Casa de Rúrik, denominada así a partir de un antecesor, probablemente mítico, que se habría convertido en el año 862 en el príncipe de la ciudad de Nóvgorod, un importante emporio comercial de la Europa oriental. Luego, sus sucesores gobernarían en Rusia hasta tiempos del zar Teodoro I (r. 1584-1598).

Uno de ellos, el príncipe Oleg, trasladó la capital a Kiev (882) y fundó un Estado conocido como la Rus de Kiev, cuyas raíces continuaron siendo predominantemente eslavas y al cual se reconoció categoría política de principado. Sus descendientes se enzarzaron en luchas intestinas por el poder que duraron varios

siglos y tuvieron como consecuencia la constante subdivisión de los principados y un largo período de sujeción al poder del Imperio mongol (1236-1480), que empezó a declinar tras la victoria rusa en Kulikovo (1380). Durante toda esta época, el mosaico de estados rusos se organizó en principados y sus gobernantes recibían la denominación eslava de knyaz, un término que puede traducirse como «príncipe» o como «gran duque». De ahí que, por un lado, se hable del principado de Kiev y, por el otro, del gran ducado de Moscovia. El término «zar» empezó a ser utilizado por los monarcas moscovitas en el siglo xv, aunque el primer monarca que lo utilizó en su ceremonia de coronación fue Iván IV el Terrible (r. 1533-1584). Por ello la historiografía ha considerado, de manera convencional, que el Imperio ruso (o el «zarato») nació con este monarca.

Entre los siglos

xvii

y

xviii

, a la Gran Rusia se anexionaron la Pequeña Rusia, Siberia y la Rusia Blanca.

De entre todos los estados que fundaron los descendientes de Rúrik, el que resultó históricamente más trascendente fue el gran ducado de Moscovia, con capital en Moscú. Fueron sus soberanos quienes lideraron tanto el proceso de liberación de los mongoles como los de unificación y centralización en torno al trono moscovita. En esta evolución histórica resultó de vital importancia la conquista otomana de Constantinopla (1453), ya que puso fin al Imperio bizantino, cuyo emperador era el jefe de la Iglesia ortodoxa. Así pues, la corte moscovita del siglo xvi vio en la reivindicación de la sucesión del Imperio bizantino la oportunidad de cimentar en la romanidad la legitimidad del zarato ruso. De esta manera, se abrió la puerta a un nuevo espíritu ruso, de tono europeísta, que dio pie a todo tipo de contactos, sobre todo diplomáticos y comerciales, con las principales cortes europeas, especialmente, la inglesa y la del Sacro Imperio Romano Germánico, que se consideraba el principal heredero tanto de Roma como de Bizancio.

A pesar de estos acercamientos, los occidentales consideraban que Rusia era demasiado exótica, y el género de vida de sus emperadores y pobladores se les antojaba poco civilizado y más propio de los Estados de Asia —que ellos calificaban despectivamente como «bárbaros»—. Además, la capital del zarato, Moscú, carecía del atractivo de las cortes europeas y tampoco gozaba de un clima demasiado apetecible. Por ello entre los siglos xvi y xviii los zares rusos se plantearon el reto de modernizar tanto las instituciones políticas del país como las costumbres de sus habitantes. Con ello pretendían adaptarse mejor a las expectativas de los europeos y, entre otras cosas, conseguir que las principales monarquías vieran alguna utilidad en concertar alianzas matrimoniales con el trono moscovita.

Sin lugar a dudas, la dinastía que más se esforzó por lograr la

modernización del país y, sobre todo, por integrar a Rusia en Europa fue la de los Romanov, entronizada en 1613, tras la extinción del linaje de los Rúrik (1598). Los zares de la familia Romanov rigieron los destinos del país durante poco más de tres siglos y fueron depuestos por la Revolución de 1917. Sus dos monarcas más relevantes —y que más se esforzaron por europeizar Rusia— fueron Pedro I (r. 1682-1725) y Catalina II (r. 1762-1796), respectivamente calificados con el epíteto de «Grande» por los historiadores que narraron los hechos de sus reinados. Pedro I, por un lado, protagonizó una activa reforma de la administración del Imperio inspirándose en el funcionamiento de las cancillerías europeas y, por el otro, decidió trasladar la capital desde Moscú hasta San Petersburgo (1713), ciudad por él fundada para que actuara a modo de ventana hacia Europa. Catalina II, por su parte, introdujo en Rusia el pensamiento ilustrado de la Francia prerrevolucionaria, aunque de manera controlada.

Otra de las características del zarato ruso fue su progresiva tendencia hacia el multiculturalismo. En el primer cuarto del siglo xvi, una vez concluido el proceso de unificación de los diferentes principados que antiguamente habían formado parte de la Rus de Kiev, la corte moscovita gobernaba sobre una población en la que el elemento étnico predominante era el eslavo. Ahora bien, tras la conquista de los kanatos mongoles de Kazán y Astracán por Iván IV el Terrible, el Imperio ruso pasó a caracterizarse por la composición multiétnica de sus pobladores. Esta tendencia se consolidó todavía más con las campañas expansionistas de Asia llevadas a cabo por sus sucesores desde el siglo xvii al xix, que incorporaron al zarato ruso Siberia, Crimea, el Cáucaso y el Turquestán. Los últimos Romanov buscaron expansionarse en la zona de los Balcanes, presentándose como protectores de las iglesias ortodoxas de la región (fue el caso de la búlgara o la serbia), sometidas al vasallaje del Imperio otomano. Por esta razón Rusia acabó entrando en la Primera Guerra Mundial, una decisión que se considera uno de los detonantes de la Revolución de 1917. Como consecuencia de esta evolución histórica, en la Rusia de hoy se documentan 186 etnias, de entre las cuales las más populosas son las de filiación eslava, tártara, turca o urálica. Entre las poblaciones minoritarias destacan

las de armenios, coreanos, chinos, vietnamitas, kamchakos, tibetanos o esquimales. Un dato revelador sobre este multietnicismo nos lo proporciona la titulatura imperial de Pedro I el Grande, en la que el zar se describía como «señor de muchos otros estados y territorios del oeste y del este, de aquí y de allá».

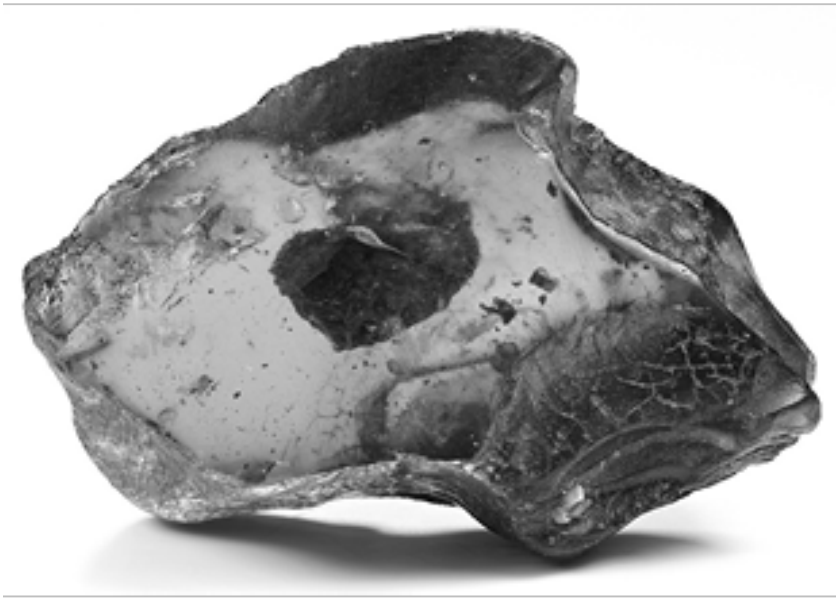
El otro gran motivo que llevó a la liquidación del zarato en 1917, además de la entrada en la Primera Guerra Mundial, fue la autocracia imperial y el despotismo con que los zares rusos gobernaban. Desde los tiempos de Iván IV, el poder de los nobles rusos se fue recortando en detrimento de la centralización del país y a favor de un reforzamiento del poder imperial. Si bien hubo monarcas, como Pedro I y Catalina II, que se inspiraron en las monarquías occidentales más liberales para modernizar las instituciones políticas rusas, sus reformas nunca fueron en menoscabo de esta autocracia. La tendencia hacia el despotismo también caracterizó el reinado de los últimos Romanov, quienes, además, se mostraron reacios a tomar decisiones que permitieran un ejercicio del poder más democrático. De hecho, la crueldad de la represión impuesta por los últimos zares para evitar la difusión de las ideas anarquistas y comunistas en Rusia fue vista en Occidente como una expresión más de la «barbarie» tradicional del zarato ruso.

La formación del Estado ruso

~ 862-1325 ~

Los inicios de la historia rusa son difíciles de establecer debido a que las escasas fuentes de información sobre la época se escribieron varios siglos después de los hechos que narran. Se trata de una serie de relatos que no solo mezclan leyendas populares y datos históricos sin demasiado rigor metodológico, sino que, además, parecen estar al servicio de intereses políticos. Por otro lado, el territorio ocupado por la Rusia moderna es el resultado de un proceso histórico al que han contribuido una serie de decisiones humanas tomadas a lo largo de siglos, por lo que la primera dificultad reside en discernir dónde nació Rusia... ¿en Nóvgorod, en Kiev (actual Ucrania) o en Moscú?

Tradicionalmente, los orígenes de Rusia se han buscado en el siglo ix en los territorios más occidentales, entre el mar Báltico y el mar Negro. En estos parajes, según la Crónica de los primeros orígenes (escrita por el monje Néstor en el siglo xii), había una docena de principados eslavos, de entre los cuales destacaban Nóvgorod, Smolensk y Kiev. Estos estados se hallaban interconectados por la famosa «ruta del ámbar» que, siguiendo los principales ríos de la zona, como el Dviná y el Dniéper, lograba distribuir los amuletos fabricados con este material desde el Báltico hasta el Imperio bizantino.



Los antiguos atribuyeron propiedades mágicas a los objetos de ámbar, pues este no solo flota en el agua marina, sino que además se mantiene caliente al tacto y adquiere carga eléctrica si se frota.

También según dicha Crónica, en el año 862, ante las disputas que existían entre los diferentes principados por el control de las riquezas, los habitantes de Nóvgorod decidieron pedir al caudillo varego Rúrik que fuera a gobernarlos como príncipe y llevara la paz. Los varegos eran una rama de los pueblos escandinavos, emparentados con los vikingos, pero que, en vez de vivir de los botines conseguidos por acciones piratas en alta mar, estaban asentados en poblados y practicaban el comercio. Por eso, en la Edad Media, al Báltico se lo conocía como el «mar de los Varegos». Fue así, con la llegada de Rúrik, como se fundó la dinastía Rúrika, que gobernó en Rusia hasta el siglo xvi. No obstante, existen serias sospechas de que Rúrik no es más que un personaje inventado para

justificar el establecimiento de los varegos en Nóvgorod, quienes muy probablemente habrían llegado a la ciudad por la vía de la conquista, deseosos de monopolizar las ya mencionadas rutas comerciales del ámbar. Precisamente, los yacimientos más importantes en Europa de esta resina fósil que segregan las coníferas como protección ante los ataques de los insectos están en el Báltico, en torno a Kaliningrado, y datan de hace unos cuarenta millones de años. Desde tiempos muy remotos, el ámbar del Báltico se distribuyó por Europa de manera que hace 21 500 años una perla de ámbar ya había llegado a la cueva de La Garma, en Asturias (España).

La aristocracia militar varega, fuera o no invitada a instalarse en la zona, dio el nombre de «Rus» a ese Estado poliétnico, una denominación que definió tanto al Estado como a sus habitantes y de la cual deriva el nombre moderno de Rusia (aunque para algunos proviene de la palabra finesa ruotsi, que significa «tripulación de remeros», mientras que para otros procede de rusivi, es decir, «rubio», palabra con la que los bizantinos se referían a los mercenarios escandinavos que servían en Constantinopla). Los varegos dotaron a la ciudad de instituciones políticas y adquirieron una notable influencia en el desarrollo cultural del principado.

De Nóvgorod a Kiev

Poco tiempo después de conseguir el control sobre Nóvgorod, los varegos conquistaron Kiev, otra destacada ciudad comercial en la que predominaba la población eslava. Los varegos de Nóvgorod necesitaban expandirse hacia el sur para consolidar su control de las rutas del ámbar y de ahí que Oleg (r. 879-912) decidiera incorporar Kiev a su Estado. De este modo, se aseguraban el monopolio del ámbar desde el golfo de Finlandia hasta las puertas de Constantinopla. No debe extrañarnos, pues, que el primer documento oficial conocido de la corte de Kiev sea un tratado económico del año 911 con el Imperio bizantino por el que se concedía a los comerciantes varegos libre comercio en Constantinopla y se les reservaba un barrio de la ciudad para que levantaran sus residencias.

Kiev es considerada por los rusos la ciudad en la que empezó su historia, y buena parte de ellos lamenta que hoy en día pertenezca a Ucrania y no a Rusia, y que se haya convertido en la capital de otro Estado. En la imagen, la reconstruida Puerta Dorada de Kiev, principal entrada a la fortificación levantada en el siglo

xi

.

Las expediciones comerciales varegas se realizaban entre la primavera y el otoño, pues en invierno la mayor parte de ríos y territorios que atravesaban estas rutas estaban cubiertos por el hielo y, más allá de Constantinopla, llegaban hasta el lejano califato abasí de Bagdad. En los tramos terrestres entre un río y otro, los comerciantes no solo trasladaban a tierra las mercancías, sino también las barcas. Viajaban en grupos numerosos para defenderse mejor de las emboscadas y, gracias al hallazgo de tumbas femeninas varegas en Rusia, se sabe que estos grupos eran mixtos y que los comerciantes varegos viajaban acompañados por sus familias. Además del ámbar, también comerciaban con pieles, joyas, vidrio y objetos de bronce o de astas de venado.

Según la Crónica de los primeros orígenes, Kiev fue conquistada por los varegos en el año 882: «Y se sentó Oleg, el príncipe, en Kiev, y dijo Oleg: “Que sea esta la madre de las ciudades rusas”». De ahí el dicho ruso según el cual «Moscú es el corazón de Rusia; San Petersburgo, su cabeza; pero Kiev es la madre».

La ciudad había sido fundada algún tiempo atrás por tres hermanos (Kii, Scek y Choriv), quienes decidieron fortificar una pequeña colina a orillas del río Dniéper que permitía controlar las estepas circundantes. La Crónica muestra gran interés por subrayar que los gobernantes de la ciudad derrotados por Oleg no eran del clan de Rúrik.

Oleg unificó los principados de Nóvgorod y Kiev y exigió tributo a otras tribus eslavas de la zona, empezando por los polianos. Bajo su gobierno, la Rus de Kiev extendió sus dominios desde el lago Ladoga hasta el mar Negro, los cursos del Volga, el Dviná occidental y el Don. Sin embargo, la aparición en el año 915 de los pechenegos, nómadas de origen turco especialmente belicosos y feroces, supuso un freno a esta etapa de expansión. Por otro lado, las relaciones con los bizantinos se fueron tensando por las diversas tentativas de asedio a Constantinopla que Oleg y sus sucesores protagonizaron a lo largo de los siglos x y xi (en los años 907, 941, 944 y 1043).

A la muerte del príncipe Oleg (912), la Rus de Kiev era ya un poderoso Estado que controlaba las rutas del ámbar en su totalidad, desde el Báltico hasta el Imperio bizantino, con el que mantenía relaciones comerciales y diplomáticas de igual a igual. Incluso, a finales del siglo x, la presencia de varegos en Constantinopla había trascendido el ámbito de lo comercial y la protección de la vida del emperador bizantino se había encomendado a una guardia personal de 6000 mercenarios kievitas que se mantuvo hasta el siglo xiv.

Guardia varega de Constantinopla en una miniatura de la Crónica de Juan Escilitzes (siglo

xii

), cuyo manuscrito se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Los varegos constituían el sector social dominante en la política, pero el Estado continuaba siendo mayoritariamente eslavo. En principio, el heredero era el primogénito del príncipe (el gran príncipe o veliki knyaz), ahora bien, aunque este heredaba la mayor parte de los territorios, sus hermanos menores también recibían un pequeño territorio sobre el cual ejercer su poder. Estas prácticas resultaron fuente de todo tipo de querellas sucesorias y de asesinatos políticos guiados por el objetivo de ocupar el puesto de gran príncipe.

La cristianización de Rusia

Las relaciones políticas y comerciales entre Kiev y Constantinopla se vieron condicionadas, no obstante, por la diferencia de credo religioso, pues los kievitas no eran cristianos, sino paganos. Su conversión interesaba especialmente al emperador bizantino, pues la cristianización de varegos y eslavos le permitiría un mayor grado de intervención en los asuntos internos de la Rus de Kiev, al someterlos a la primacía del patriarca de Constantinopla, un cargo que estaba férreamente controlado por el monarca bizantino.

La primera noticia sobre la conversión al cristianismo de un gobernante kievita tuvo lugar entre 955 y 957, cuando la regente Olga, una princesa escandinava originaria de Pskov que ejercía la regencia en nombre de su hijo Sviatoslav (r. 964-972), viajó a Constantinopla y, una vez allí, se hizo bautizar apadrinada por el emperador Constantino VII Porfirogéneta. Ahora bien, para evitar caer bajo el control del patriarca ortodoxo y para no rendir vasallaje a los bizantinos, Olga envió una embajada a Occidente, al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, pidiendo que le enviara misioneros. Muchos de estos murieron asesinados en el trayecto, por lo que el proyecto de Olga no llegó a buen puerto.

La conversión oficial del Estado kievita no se produjo hasta los tiempos de Vladimiro I (r. 980-1015), hijo de Sviatoslav, quien tuvo que hacerse cristiano para poder casarse con la princesa bizantina Ana Porfirogéneta (988) y, de esta manera, fraguar una alianza con Bizancio que obligara a este último a intervenir como aliado militar en las guerras de los kievitas. En un principio, el monarca bizantino se negó a las pretensiones matrimoniales de Vladimiro, pues nunca antes una princesa bizantina había sido entregada en matrimonio a

un extranjero. Ahora bien, cuando el pretendiente conquistó una serie de plazas en el mar Negro desde las cuales era posible lanzar un ataque a Constantinopla, todas las objeciones desaparecieron. Para mantener la independencia religiosa, el príncipe ruso decidió que los evangelizadores de su Estado procedieran del Imperio búlgaro, otro territorio independiente en la periferia de Bizancio que continuamente amenazaba la seguridad de las fronteras bizantinas en los Balcanes, y donde también se profesaba la fe ortodoxa. Más adelante, en 1037, se estableció en Kiev un metropolitano (o arzobispo) para los kievitas, aunque dependiente del patriarca de Constantinopla. Otra vía por la que la corte de Kiev, desde ese momento, intentó mantener su independencia con respecto a Bizancio fue la matrimonial, por lo que resultaron frecuentes los enlaces de sus príncipes con consortes procedentes de los reinos de habla latina.

Los siglos xi y xii fueron trascendentales en la consolidación del cristianismo ortodoxo en Kiev. De hecho, el príncipe Mstislav el Grande (r. 1125-1132) fue canonizado por la iglesia local en contra del parecer del patriarca bizantino, un indicio más de que la Iglesia era un pilar de la autonomía del principado. En este sentido, la Iglesia era beneficiaria de una gran cantidad de tierras, con el fin de contar con medios para la asistencia a los pobres.

En aquella época, el clero se hallaba integrado por dos tipos de sacerdotes: los monjes, que vivían en conventos y dedicaban su tiempo a la formación y el estudio, y los popes (término derivado del griego pappás, «padre»), que se hallaban a cargo de las parroquias, apenas tenían estudios y estaban obligados a casarse, aunque solo se les permitía un único matrimonio. Debían dejarse crecer la barba y vestir siempre una sotana negra. En la época comunista, el nombre de «pope» adquirió connotaciones peyorativas porque la propaganda del régimen los tildaba de lacayos del feudalismo y del capitalismo. Popov («hijo de un pope») es un apellido bastante frecuente en Rusia.

A la muerte de Vladimiro I (1015) se abrió una crisis sucesoria protagonizada por las luchas fratricidas entre los diversos pretendientes, que desembocaron en la coronación de Yaroslav I el Sabio (r. 1019-1054), hijo de Vladimiro I y de Ana Porfirogéneta. Tomando como modelo al Imperio bizantino, su gobierno se caracterizó por una intensa actividad en todos los campos que condujo a la Rus de Kiev a su apogeo político; de hecho, en la historia rusa, se considera a este monarca el émulo de Carlomagno. En primer lugar, para atenuar la influencia bizantina en los asuntos de su principado, Yaroslav casó a su hermana con el duque de Polonia, a su hijo con una princesa bizantina y a sus hijas con los reyes de Francia y de Hungría. En lo religioso, nombró a un monje eslavo como metropolitano de Kiev, poniendo fin así a la tradición bizantina de nombrar prelados griegos para dicha sede. En lo militar, amplió sus territorios a costa de los polianos, los estonios y los bizantinos y, sobre todo, obtuvo una victoria decisiva contra los pechenegos, instalados en la península de Crimea y en las estepas al norte del mar Negro y el mar Caspio. Como consecuencia, estos pueblos jamás volverían a constituir una amenaza para sus dominios. Por último, a él se le atribuye el primero de los códigos legales rusos y se le considera un gran mecenas de las artes, pues patrocinó la construcción, en Kiev, de diversos monasterios, escuelas e, incluso, una biblioteca. Por todo ello, a su muerte (1054) la Rus de Kiev no tenía rival.

Sus sucesores mantuvieron por un tiempo la hegemonía del principado. Sin embargo, a partir de mediados del siglo xii, se abrió una época de decadencia durante la cual muchos de los territorios sometidos a su poder renunciaron al vasallaje kievita y, además, los comerciantes varegos perdieron el monopolio de la ruta del ámbar. De hecho, el epicentro del poder se desplazó más al norte, desde Kiev hasta la ciudad de Vladímir, sede del principado de Vladímir-Súzdal, que vivió su momento de esplendor bajo Vsévolod III (r. 1176-1212), príncipe que llegó a tener como tributarios a otros principados más pequeños e insignificantes políticamente. A principios del siglo xiii, los principados rusos eran unos cincuenta, y en el siglo siguiente la cifra se elevó hasta, aproximadamente, doscientos cincuenta.

La sumisión a los mongoles

Después de siglos temiendo el ataque de suecos, polacos, eslavos o bizantinos, el verdadero azote de Rusia llegó de Oriente y estuvo protagonizado por los mongoles (o tártaros), una confederación de tribus de la zona del río Amur que en el siglo xii se hallaban asentadas en Mongolia. Este pueblo llevaba un modo de vida nómada, que alternaba el pastoreo con el perfeccionamiento de sus habilidades como jinetes, una actividad en la que eran consumados maestros.

En 1194, Temujin obtuvo el liderazgo sobre todas estas tribus y tomó el nombre de Gengis Kan («el fuerte»). Bajo su caudillaje, los mongoles se lanzaron a la conquista de Asia y, en poco tiempo, sometieron a China y a una buena parte de Asia Central.

En 1222, dos de sus generales se dirigieron hacia el Cáucaso y se enfrentaron a la experimentada caballería georgiana, del reino de Georgia, el principal Estado en la zona del Cáucaso. Tras una serie de batallas de suerte cambiante para cada uno de los dos bandos, los mongoles lograron imponerse. Desde allí, se dirigieron hacia el norte y se enfrentaron a los cumanos (también conocidos como polovtsianos o kipchakos), una confederación de pueblos turcos emparentados con los pechenegos que estaban asentados en el mar Negro, en la cuenca del Volga, desde el año 1061. Los príncipes rusos fueron advertidos por los generales mongoles para que no acudieran en ayuda de los cumanos pero, desoyendo sus consejos, reunieron un ejército de 80 000 soldados. Tras unos cuantos días de tácticas dilatorias destinadas a que los rusos ganaran confianza, los mongoles llevaron a cabo su ataque a orillas del río Kalka (31 de mayo de 1223). El enfrentamiento duró tres días y los rusos

sufrieron una aplastante derrota, aunque esta careció de consecuencias para ellos, pues los mongoles no tenían planes para esas tierras tan alejadas de las suyas por lo que, una vez se vieron vencedores, montaron sobre sus caballos y se marcharon. Los rusos, de hecho, no sabían contra quién habían combatido ni de dónde procedían, tal como se desprende de la Crónica de Nóvgorod, del siglo xv, en la cual se dice de ellos: «El mismo año aparecieron unos pueblos de los que nadie sabía con certeza quiénes eran ni de dónde venían, ni qué lengua hablaban, ni de qué tribu eran ni cuál su confesión». Tras este primer contacto, los mongoles renunciaron a una expansión por las estepas rusas durante los trece años siguientes, pero no se olvidaron de ese proyecto, tan solo lo aparcaron.

Mientras tanto, el líder mongol Gengis Kan murió en 1227 dejando un dominio que abarcaba desde Corea hasta el mar Caspio, pasando por China, Mongolia, Afganistán y Persia. Sin embargo, la unidad territorial no logró subsistir a su muerte, pues el difunto había decidido dividir su Imperio entre sus cuatro hijos. Ahora bien, como su primogénito ya había fallecido, el kanato de la Horda de Oro, con capital en Sarai (en el tramo inferior del Volga), pasó a manos de los hijos del primogénito, es decir, de Batú Kan y Orda, nietos de Gengis Kan.

En el otoño de 1236, Batú Kan (r. 1227-1255) decidió volver a invadir Occidente. El cabecilla mongol en persona se puso al mando de un ejército que invadió Rusia desde el mar Caspio y fue tomando una a una todas las sedes de los principados rusos: Riazán, Kolomna, Moscú, Súzdal y Vladímir. Tan solo Nóvgorod se salvó de la violencia de un asedio a cambio de jurar vasallaje y pagar parias. Entre marzo de 1239 y finales de 1240, otras capitales rusas, como Pereiaslav, Chernígov y Kiev, y la región de Galitzia cayeron también en manos mongolas en el contexto de una campaña cuyos objetivos finales fueron Polonia y Hungría. Si los rusos sucumbieron tan fácilmente a un ejército invasor muy alejado de sus bases, se debió, sin lugar a dudas, a la desunión de los principados de la antigua Rus de Kiev y a las disputas internas que dividían a muchos

de estos estados y los mantenían en continuo enfrentamiento.

Los mongoles controlaron de manera directa las regiones sudorientales de Rusia y Ucrania, el Cáucaso (Armenia, Georgia y Azerbaiyán) y toda la costa septentrional del mar Negro. El resto de principados del norte y del centro de Rusia (como fue el caso de Rostov, Nóvgorod, Kiev, Vladímir, Súzdal o Moscú) mantuvieron una más que teórica independencia a cambio del pago de tributos al kanato de la Horda de Oro. El kan se relacionaba con ellos a través de un gran príncipe, a quien nombraba como su representante ante el resto de principados. Los rusos guardaron mal recuerdo de la dominación mongola, aunque cabe reconocer que fueron menos bárbaros y destructores de lo que las fuentes rusas se esforzaron por subrayar. Pues, por ejemplo, interesados en mejorar el sistema de cobro de los impuestos y de reclutamiento de levas para el ejército, hay que atribuir a los mongoles el mérito de haber llevado a cabo el primer censo de población de la historia rusa.

En 1246 el gran príncipe elegido como interlocutor ante el kan de la Horda de Oro fue Alejandro Nevski, quien ya era príncipe de Nóvgorod y de Kiev desde 1236. Tenía unos veinticinco años y se había hecho famoso por sus victorias contra los suecos (1240), como la del río Nevá (de ahí el sobrenombre de «Nevski»), y contra los caballeros teutónicos (1242) en el lago Peipus, cuando estos intentaban expandirse hacia el territorio ruso con el objetivo de ampliar el yugo católico. Por este motivo, Alejandro acabó siendo canonizado por la Iglesia rusa en 1547, que vio en él un baluarte de la ortodoxia eslava. De ahí, también, que en los relatos que se consagraron a estas victorias ocuparan un lugar preeminente las oraciones, las apariciones de los santos Boris y Gleb y todo un variado repertorio de intervenciones divinas.

Alejandro Nevski es un santo del calendario ruso, canonizado en 1547. Se le rememora en dos ocasiones a lo largo del año: el 30 de

agosto (llegada de sus reliquias a San Petersburgo) y el 23 de noviembre (el día de su entierro, su fiesta oficial).

Poco más se sabe de su reinado, pues el precio que tuvo que pagar para contener la expansión de los occidentales fue la alianza con los mongoles, quienes le ayudaron en sus campañas a cambio de su total sumisión. Por ello, las fuentes de épocas posteriores prefirieron guardar silencio sobre otros aspectos de su reinado, más comprometidos por su acercamiento a la Horda de Oro.

Con todo, cabe reconocer que también la Iglesia ortodoxa de aquellos tiempos transigió en esta política de colaboración con los mongoles. Estos se mostraban muy tolerantes en materia de religión y no solo eran partidarios de la libertad de culto sino que, además, habían eximido a las iglesias rusas y a sus clérigos del pago de impuestos. Por otro lado, aunque los kanes de la Horda de Oro eran musulmanes, habían consentido en la creación de una sede episcopal en su capital, Sarai. Los suecos y los teutónicos, en cambio, representaban los intereses del papado romano, cuyo líder en aquellos momentos, Inocencio IV (p. 1243-1254), ambicionaba someter a su dictado a la cristiandad oriental e, incluso, se carteaba con los líderes mongoles en un vano intento por lograr su conversión al cristianismo.

«Quien con una espada venga a nosotros, por la espada morirá»

Tras conseguir sus victorias sobre suecos y teutónicos, Alejandro Nevski pronunció una frase que, parafraseando un versículo del Evangelio según San Mateo (26:52), decía: «Quien con una espada venga a nosotros, por la espada morirá». Esta cita se ha convertido

en el lema de los patriotas rusos y, fuera de Rusia, se ha popularizado gracias a la película Alexander Nevsky (1938), de S. M. Eisenstein y D. Vasilyev. En ella, el actor que encarna al príncipe ruso exclama: «¡Dile a todos en las tierras extranjeras que Rusia vive! Aquellos que vengan a nosotros en paz serán bienvenidos como invitados. Pero quienes vengan a nosotros con una espada en la mano, ¡morirán por la espada! ¡Es así como Rusia se mantiene en pie y se mantendrá en pie por siempre!».

Con todo, a pesar del entendimiento de los próceres laicos y religiosos rusos con los mongoles, el pueblo se mostraba más reacio a colaborar con los invasores, quienes, a menudo, lo convertían en víctima de sus abusos. Fueron los campesinos quienes mantuvieron viva la idea de una identidad y una conciencia nacional rusas, sobre todo gracias a la colaboración de los monasterios, que se destacaron como impulsores de un movimiento de recuperación de la independencia nacional que exigía la expulsión de los invasores mongoles.

Tras la muerte de Alejandro Nevski, los principados rusos entraron en un nuevo período de decadencia. Durante un tiempo, la autoridad de referencia en Rusia fue el gran príncipe de Vladímir-Súzdal. Sin embargo, su autoridad sobre el resto de estados de la Rus era nominal y solo reconocida, aunque no siempre, por los territorios septentrionales.

Entre 1238 y 1328, catorce príncipes se sentaron en el trono de aquella ciudad, un indicio de la inestabilidad política en el seno del principado. Además, la mayoría de ellos fallecieron de muerte no natural, como consecuencia de las intrigas de sus propios parientes. Por todo ello, en el siglo xiv, la hegemonía de Vladímir-Súzdal se hallaba en crisis y el nuevo contexto político había permitido el ascenso del principado de Moscú. En 1325, cuando Iván I Kalita (r. 1325-1340) ascendió al trono moscovita, esta ciudad se había

convertido ya en un centro político de referencia entre los principados rusos del norte.

Como hemos visto, a nivel político, la Rusia medieval era un mosaico de principados, algunos de los cuales estaban sometidos directamente a los mongoles y otros mantenían su autonomía a cambio de un tributo. Todos estos príncipes estaban en pugna entre sí, pues aspiraban a convertirse en el Estado hegemónico que se impusiera sobre los demás. En paralelo, la sumisión a los mongoles iba incentivando el nacimiento de un fuerte sentimiento nacionalista, cimentado en la identidad eslava. En este contexto, Moscú se hizo con el liderazgo e inició la forja del Imperio.

El sueño imperial y la creación del zarato

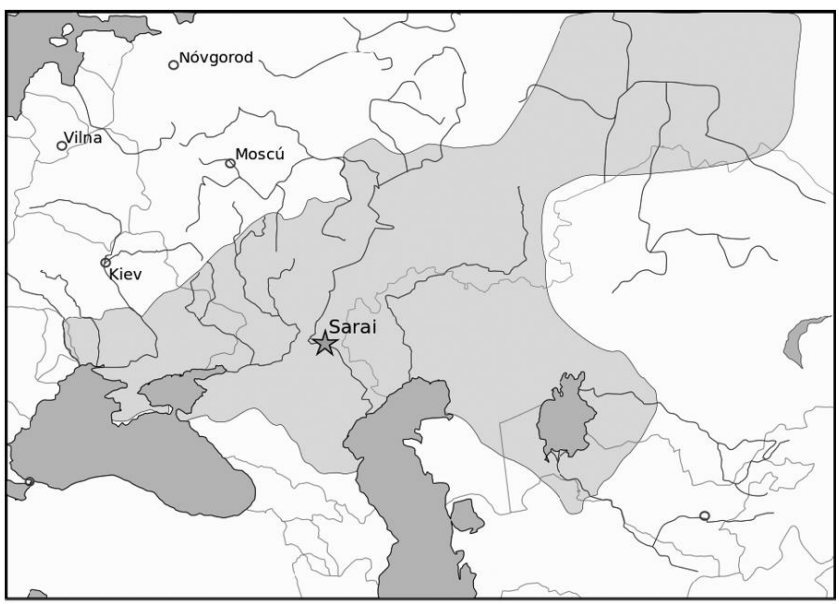
~ 1325-1613 ~

La primera mención de Moscú data de 1147, cuando Yuri Dolgoruki, gran príncipe de Vladímir-Súzdal, invitó a su pariente, el príncipe de Nóvgorod, a un banquete en dicha ciudad. Poco después, en 1156, este mismo príncipe mandó fortificar el lugar y construyó allí su primera fortaleza (kremlin), tras valorar que Moscú se hallaba estratégicamente enclavada en una red fluvial que la conecta con el Volga y el mar Caspio. En 1237 y de nuevo en 1293, la ciudad fue objeto del saqueo y el ataque de los mongoles. Sin embargo, tras esos trágicos acontecimientos Moscú siguió creciendo y, gracias a su prosperidad comercial, se convirtió en una de las principales metrópolis rusas.

El principal de los soberanos moscovitas del período fue Iván I Kalita. Nieto de Alejandro Nevski, fue el primero en llamarse a sí mismo «príncipe de Moscú y de toda Rusia» (1328), aunque con el consentimiento de los mongoles de la Horda de Oro, cuyo kan le concedió el título de gran duque. Fue también en esa época cuando la sede metropolitana rusa, que estaba en Vladímir, fue trasladada a Moscú. Poco antes de morir, el metropolitano profetizó el liderazgo de esta nueva sede sobre todos los pueblos rusos exclamando: «Dios te bendecirá y te colocará más alto que todos los príncipes; y extenderá la gloria de esta ciudad más que la de ninguna otra. Tu descendencia conservará este lugar por los siglos de los siglos y la mano del Altísimo se abatirá sobre vuestros enemigos».

El kanato de la Horda de Oro

El kanato de la Horda de Oro (1237-1502) fue la herencia que recogió Batú Kan, a la muerte de su abuelo Gengis Kan, quien le legó el sector noroeste de su Imperio. Tenía su capital en Sarai, en el curso inferior del Volga, y todos los principados rusos acataron su vasallaje, como mínimo, hasta la batalla de Kulikovo (1380). Llegó a su apogeo en tiempos de Uzbeg (r. 1312-1341), kan que se convirtió al islam y cuyos dominios se extendían desde Siberia hasta el Danubio y, por el sur, hasta Persia, el Cáucaso y el mar Negro. Tras la campaña de Tamerlán (1395), la Horda de Oro inició su declive político y se fragmentó en un mosaico de kanatos como los de Crimea (1430), Kazán (1436) y Astracán (1466), algunos de los cuales acabaron bajo soberanía turca.



Territorio ocupado por la Horda de Oro en el siglo

xiv

.

El gran ducado de Moscú y la victoria de Kulikovo

Entre los motivos que se han aducido para explicar el ascenso de Moscú cabría destacar dos especialmente. En primer lugar, su ubicación geográfica: una encrucijada de caminos y vías fluviales rodeada de bosques y relativamente apartada de las vías utilizadas por los mongoles para llevar a cabo sus incursiones. En segundo lugar, la decisión de Iván I Kalita de imponer el derecho de primogenitura en contra de la costumbre de repartir los estados entre todos los hijos varones del príncipe.

En tiempos de los sucesores de este príncipe, la hegemonía moscovita sobre el resto de principados continuó vigente, aunque siempre era discutida por alguno de sus homólogos. Por ejemplo, el soberano de Tver llegó a poner sitio a Moscú (1368), pero tras el fracaso de esta tentativa y después de sufrir unos cuantos reveses militares acabó reconociendo la soberanía del gran duque de Moscovia (1375).

Por otra parte, los sucesores de Iván I Kalita también se mostraron cada vez más reacios a la colaboración con los mongoles, dedicando sus esfuerzos bélicos a trabajar para conseguir la independencia. De entre todos, el más activo fue el gran duque Dimitri (r. 1359-1389), quien consiguió una aplastante victoria sobre los mongoles en Kulikovo (1380), a orillas del Don (de ahí su sobrenombre de «Donskói», «vencedor en el Don»). Este éxito había sido precedido por toda una serie de episodios bélicos en los que unas veces habían vencido los rusos y otras, los mongoles. Independientemente de los resultados, estas batallas habían permitido a los rusos adquirir un mayor conocimiento de las tácticas militares de los mongoles,

aspecto que les resultó de gran utilidad en el campo de Kulikovo.

La contienda tuvo lugar el 8 de septiembre de 1380, en la confluencia del Don y el Nepriavda. Dimitri acudió con el apoyo de los principados de Tver, Súzdal, Nizhni Nóvgorod, Smolensk, Rostov, Yaroslavl, Múrom, Pólotsk y Belozersk. Sus enemigos constituían una coalición liderada por el general mongol Mamái, cuya fama de brutalidad era tal que en Rusia aún se usa la expresión «como si hubiera pasado Mamái» para describir un gran estrago. El ejército de la Horda de Oro se completó con destacamentos enviados por el gran duque de Lituania, con los contingentes de las colonias genovesas del mar Negro y con los efectivos militares de algunos principados rusos que preferían el yugo de los mongoles al de Moscú, como fue el caso de Riazán. La batalla empezó con el combate singular entre los campeones de cada ejército, siendo el representante ruso quien obtuvo la victoria, aunque quedó muy malherido. Ya en plena batalla, con el fin de distraer la atención del enemigo, Dimitri se disfrazó de soldado, y fue sustituido por un noble que sacrificó su vida ocupando su lugar. Mamái utilizó su caballería para hacer retroceder a los infantes rusos más de un kilómetro. Ahora bien, como los mongoles luchaban de cara al sol, cuando este empezó a caer sus soldados vieron limitada su capacidad visual. Fue entonces cuando Dimitri hizo salir a la caballería de reserva que tenía escondida en los bosques circundantes y aplastó al ejército de sus enemigos.

Aunque los mongoles se vengaron de la derrota saqueando Moscú dos años más tarde, la victoria de Kulikovo se considera el inicio de la decadencia de la hegemonía de los mongoles en Rusia. A partir de ese momento, los mongoles dejaron de ser vistos como unos aliados útiles frente al expansionismo católico occidental y pasaron a ser considerados como enemigos que intentaban evitar el surgimiento y el desarrollo de Rusia como país. Así pues, Kulikovo consolidó el movimiento independentista que pretendía reunir las tres Rusias surgidas al amparo de la dominación mongola: la Gran Rusia (al norte, en los Urales, con capital en Nóvgorod), la Pequeña Rusia (Kiev, pronto denominada Ukrajina, es decir, «tierra de

frontera») y la Rusia Blanca (o Bielorrusia, es decir, las tierras al oeste, en torno al río Prípiat y el Dviná occidental). Los príncipes de Moscú aspiraban a unificar estas tres Rusias y someterlas a su jurisdicción.

Tras el fallecimiento de Dimitri (1389), las iniciativas expansionistas de Moscú entraron en una fase de retroceso por la ineficiencia de sus gobernantes e, incluso, en 1391, este principado se convirtió en el objetivo de una expedición del líder uzbeco Tamerlán, emir de Samarcanda (r. 1370-1405). Tamerlán fue un belicoso general de origen turco-mongol que se consideraba a sí mismo como el heredero de Gengis Kan. Sus treinta y cinco años de reinado estuvieron dedicados a campañas militares en Asia Central y, especialmente, en Oriente Próximo, donde conquistó todo el territorio de Irán y parte del de Irak. Con ello, este emir entró en conflicto con el kan de la Horda de Oro, Tokhtamish (1380-1395).

Con esta enemistad como telón de fondo, Tamerlán decidió invadir Moscovia (1391) con 100 000 soldados. Tras saquear e incendiar Riazán, se dirigió hacia Moscú. Cuentan las leyendas rusas que los moscovitas rezaron a su icono más antiguo y milagroso, el de Nuestra Señora de Kazán, y que, en consecuencia, la Virgen se apareció ante el general invasor al frente de un ejército celestial y le ordenó regresar a sus dominios, cosa que aquel hizo. En realidad, su retirada se debió a un motivo muy distinto: Tamerlán no pretendía conquistar esas tierras, sino saquearlas, y debió de comprender que el esfuerzo no valía la pena y que, además, se estaba alejando demasiado de su corte, siempre propensa a las conjuras y usurpaciones. En 1395, Tokh-tamish fue derrotado de manera aplastante en la batalla del río Terek y perdió su trono. A partir de esa fecha, la Horda de Oro entró en un período de decadencia y se fragmentó en un mosaico de kanatos.

Un poco más tarde, en 1410, polacos y lituanos, ahora aliados de los rusos, derrotaron a los caballeros teutónicos en la batalla de

Tannenberg (también conocida como Grunwald), con lo que el peligro del avance de los germánicos hacia Rusia quedó conjurado para siempre. Sin embargo, en ese frente, la amenaza de los alemanes tan solo fue sustituida por la de polacos y lituanos, dos naciones que, en el año 1413, unieron sus coronas.

En el ámbito religioso, fue también en este período cuando en Rusia se adoptó el eslavo eclesiástico como lengua de la Iglesia ortodoxa, asimismo escrito con el alfabeto cirílico; todavía hoy es la lengua usada en las ceremonias culturales, mientras que la población emplea el ruso moderno, introducido en los siglos xvii y xviii. Por otra parte, la sede metropolitana de Moscú llevaba vacante desde 1431 y el patriarca de Constantinopla no había designado un sucesor. El asunto se resolvió en 1448, cuando un concilio de obispos rusos designó a Jonás, obispo de Riazán, como su sucesor en la sede moscovita. Con este proceder, la Iglesia rusa se convirtió en autocéfala e independiente de Bizancio.

El apogeo de Moscovia: Iván III y Basilio III

En 1448 el gran duque de Moscovia Basilio II (r. 1425-1462) nombró sucesor a su hijo Iván y le asoció al trono sin sentirse obligado a solicitar el consentimiento de la Horda de Oro. Además, también empezó a utilizar el título de gosudar, que sería la traducción al eslavo de la palabra «emperador», y acabó de someter a los principados más reacios a aceptar la hegemonía moscovita, como Tver, Nóvgorod o Riazán. No obstante, los monarcas que colocaron las bases para la creación del zarato que más tarde consolidaría Iván IV fueron Iván III el Grande (r. 1462-1505) y Basilio III (r. 1505-1533).

El reinado de Iván III coincidió con un período de anexiones territoriales, de consolidación de la autocracia moscovita y de la sumisión del resto de principados rusos. Tanto él como su hijo Basilio III consiguieron la reunificación de las tres Rusias y las pusieron bajo su liderazgo (unión reconocida oficialmente en 1522, tras la tregua con los lituanos, como se verá a continuación). Para conseguir estos objetivos, ambos monarcas utilizaron cuantos medios estaban a su alcance: la guerra, las presiones sobre los nobles, las alianzas matrimoniales y la diplomacia internacional (estableciendo alianzas no solo con diversos kanatos mongoles, sino también con los emperadores Habsburgo de Viena). En relación con el kanato de la Horda de Oro, el príncipe Iván III consiguió una nueva derrota mongola en la batalla del río Ugra (8 de octubre de 1480) que supuso el episodio final del vasallaje ruso a los kanes mongoles. Aunque, sin duda, el mayor hito de este período fue la anexión de Nóvgorod (1478) por Iván III, a pesar de que ello planteó conflictos con los lituanos, aliados comerciales de los vencidos.

Así pues, en la primera mitad del siglo xvi, el principado de Moscovia controlaba ya tres millones de kilómetros cuadrados e incluía los antiguos estados independientes del norte y este de Rusia (principalmente Nóvgorod, Viatka, Pskov, Riazán y Tver). El gran enemigo del momento, el gran ducado de Lituania, fue neutralizado por la vía militar. Tras una serie de derrotas que se zanjaron con el tratado de 1494, Lituania reconoció al soberano moscovita el título de gosudar de todas las Rusias y aceptó renunciar a sus aspiraciones sobre las tierras rusas. Más definitiva aún resultó la tregua de 1522, gracias a la cual Basilio III consiguió establecer el trazado de la frontera ruso-lituana, que estuvo vigente durante el resto del siglo. El kanato de Crimea amenazaba con convertirse en el nuevo adversario que acechaba a sus puertas, pero aún no suponía un peligro real.

No debe extrañarnos tampoco que fuera durante el reinado de estos dos grandes duques cuando se empezó a fraguar la idea de una sucesión moscovita al liderazgo que el Imperio bizantino había ejercido sobre los estados de Europa Oriental, una posición política y religiosa que estaba vacante desde la conquista otomana de Constantinopla, en 1453. Las pretensiones bizantinas se moldearon en torno al concepto de «Tercera Roma», que apareció en tiempos de Iván III y fue ampliamente desarrollado por Basilio III. Este monarca creía legitimadas sus aspiraciones a la Corona bizantina por el hecho de que era hijo de la princesa bizantina Sofía Paleólogo.

Las pretensiones rusas a la sucesión del Imperio bizantino también se concretaron en la sustitución del título eslavo de gosudar por el de «zar», una simple transcripción fonética del latín Caesar que los rusos ya utilizaban para referirse tanto al emperador bizantino como al kan de la Horda de Oro. Fue a partir de Iván III cuando este epíteto apareció de manera frecuente en los documentos de la cancillería, especialmente en los referidos a sus relaciones diplomáticas con el Imperio de los Habsburgo, cuyo soberano

estaba muy interesado en encontrar aliados que le ayudaran a mantener bajo control al Estado polaco-lituano. Iván III se atrevió incluso a adoptar como emblema el águila bicéfala de los emperadores bizantinos. De esta manera, Moscovia no solo logró imponerse en Rusia, sino que, además, consiguió que su Estado fuera reconocido como igual por los emperadores austríacos. Con Iván III, pues, estamos en los preámbulos del zarato ruso, aunque tradicionalmente se considera que este fue fundado por Iván IV el Terrible, el primer gobernante ruso en hacerse llamar zar (1547).

La autocracia de los monarcas rusos resultaba chocante a los viajeros occidentales que visitaban Rusia, tal como refleja el testimonio del diplomático imperial Segismundo de Herberstein: «Por el poder que ejerce sobre sus súbditos supera fácilmente a todos los monarcas del mundo [...]. Su poder se aplica tanto al clero como a los laicos y dispone a su gusto y sin el menor obstáculo de la vida y de los bienes de todos».

El poder de los boyardos y de la Iglesia en la Rusia medieval

En la Edad Media, Rusia era un país organizado en clave feudal, aunque con características algo diferentes a las del feudalismo occidental. Por ello, la principal característica de la Rusia medieval fue el predominio político de la nobleza boyarda, en torno a la cual giraban múltiples aspectos de la vida social y económica del país.

Cada uno de los principados de la Rus estaba dividido, a nivel interno, en un mosaico de señoríos en manos de los nobles. Ellos eran los cabecillas de los grandes clanes familiares de cada principado y, en Rusia, recibían la denominación de «boyardos». El vínculo entre el boyardo y su príncipe era sobre todo militar y se manifestaba a través de una ceremonia parecida a la del juramento de vasallaje en Occidente. Los boyardos ocupaban los altos cargos del Estado y formaban el consejo del príncipe, que se denominaba Duma.

Moneda de Iván V y Pedro I (en el anverso) y de la regente Sofía (en el reverso) en que muestran los símbolos de la monarquía

bizantina, principalmente el águila bicéfala.

A cambio de sus servicios, los nobles recibían las tierras que constituían su señorío y vivían de los recursos que estas producían. Con las cosechas, mantenían tanto su tropa personal como su séquito de servidores, que podía ser muy numeroso (1500 personas o más). En el seno de sus feudos eran los encargados de recaudar los impuestos y de administrar justicia, dos ámbitos en los que acostumbraban mostrar comportamientos abusivos y venales.

Su género de vida se caracterizaba por el lujo ostentoso y, desde el siglo xviii, por unas costumbres cada vez más costosas, pues por imitación de la corte, ellos también adoptaron los usos de la nobleza europea, tales como la indumentaria, el uso de pelucas o el rasurado de las barbas. Especialmente suntuosos resultaban sus banquetes, pues la dieta de un boyardo era muy diferente a la del plebeyo y se reconocía por un consumo inmoderado de carne y de bebidas alcohólicas.

Los boyardos eran libres de asumir vasallos propios entregando parte de sus posesiones a terceros, con lo que en Rusia se había generalizado la práctica de la subinfeudación, es decir, el arrendamiento a terceros de los feudos concedidos por el zar a sus boyardos. Los campesinos que cultivaban las tierras feudales estaban obligados a prestar servicios a sus señores y, de hecho, debían acudir a su llamada cuando el príncipe les ordenaba movilizar un ejército para combatir en las guerras. En la época medieval, resultaba poco habitual que un príncipe actuara con violencia contra uno de sus boyardos. Ahora bien, con la imposición del zarato y la acentuación de la autocracia imperial, especialmente a partir de los tiempos de Iván IV el Terrible, la ejecución de boyardos se convirtió en algo mucho más frecuente.

En comparación con la miserable existencia de los plebeyos, el modo de vida de la nobleza boyarda se caracteriza por todo tipo de lujo y excesos, tal como reproduce el cuadro Una boda boyarda (1883), de Konstantín Makovski, ambientado en el siglo

xvi

o en el

xvii

.

El otro gran sector privilegiado de la sociedad rusa medieval fue el eclesiástico. La Iglesia era uno de los pilares sobre los cuales se había constituido la identidad rusa durante el proceso de independencia de los mongoles. Se hallaba organizada en torno al metropolitano de Moscú, del cual dependían quince obispos, tres de los cuales (los de Nóvgorod, Rostov y Súzdal) tenían rango arzobispal. Si hasta 1448 el metropolitano moscovita era nombrado por el patriarca de Constantinopla, a partir de esa fecha la Iglesia rusa se declaró acéfala y su primado era elegido por sus propios miembros. Cada obispado poseía una gran cantidad de tierras que le

permitían un amplio margen de influencia tanto en la economía como en la política del país. Sin embargo, a medida que la autocracia imperial se fue consolidando, la autonomía de la Iglesia rusa se vio limitada por la injerencia de los zares.

Por otro lado, durante el reinado de Iván III, las aspiraciones universalistas de la Corona rusa fraguaron un concepto nuevo y muy original, el de «Tercera Roma», plasmado en una profecía que el monje Filoteo envió por carta a Basilio III (1511): «La Iglesia de la Antigua Roma cayó por causa de la herejía apolinarista, mientras que la segunda Roma ha sido destruida por el hacha de los sarracenos. [Se refiere al Imperio romano, que cae en el año 476 a manos de los bárbaros, y al Imperio bizantino, que cae en 1453 a manos de los otomanos.] Pero esta tercera Roma, la Iglesia Universal apostólica, bajo tu poderosa autoridad, irradia la fe ortodoxa cristiana hasta los confines del mundo, más brillantemente que el sol [...]. En todo el universo tú eres el único Caesar ["zar"] de los cristianos [...]. Escúchame, ¡oh piadoso zar!, todos los reinos cristianos han convergido en ti. Dos Romas han caído. La tercera es sólida, y no habrá una cuarta». Estas palabras conocieron una amplia difusión en toda Rusia, y hasta el reinado de Pedro I el Grande (1682-1721), se recitaban durante la ceremonia de coronación de los zares.

Por su parte, el pueblo llevaba un género de vida dedicado principalmente a la agricultura, siendo el centeno, el trigo, la cebada, el mijo y la avena los cultivos más importantes. La tierra se cultivaba siguiendo un sistema de rotación trienal. Un tercio de la tierra se dedicaba a los cereales de invierno (centeno), otro tercio a los cereales de primavera (avena) y el resto, a otros tipos de cereales o leguminosas. Los campos de cultivo estaban protegidos con cercas que, una vez realizada la cosecha, se quitaban para que los animales pudieran alimentarse con los rastrojos y abonar el suelo con el estiércol. Con todo, la regeneración de la tierra cultivada entre una cosecha y otra también exigía la práctica del barbecho y, por ello, los campos recién cosechados se dejaban descansar durante un año. Desde la caída de la Rus de Kiev, el

comercio de larga distancia se había interrumpido, forzando a sus habitantes a un modo de vida mucho más local, centrado en torno a la parroquia del lugar, que constituía la referencia para la administración de las circunscripciones rurales. La invasión de los mongoles también privó a los rusos de parte de sus territorios y forzó una serie de migraciones que se dirigieron hacia los principados que habían quedado al margen de la conquista. En consecuencia, en esos territorios se hizo necesario proceder a una deforestación de las zonas boscosas con el fin de aumentar la superficie cultivable.

El comercio regional continuó existiendo, pero sirviéndose, sobre todo, del río Moscova, lo cual contribuyó de manera muy especial al ascenso de Moscú. En lo referente al tráfico comercial por el Don y el Volga, este estuvo controlado hasta finales del siglo xiv por la Horda de Oro, que mostró gran preocupación por garantizar en ellos la seguridad de la navegación. A través de estos cursos fluviales los mongoles intensificaron las relaciones comerciales con el mar Negro, donde los genoveses habían instalado colonias que se mantuvieron hasta finales del siglo xv, cuando fueron conquistadas por los otomanos. Otra ciudad-Estado italiana interesada en el comercio del mar Negro fue Venecia, cuyos mercaderes también mantenían emporios comerciales en Crimea —una de esas familias venecianas, la de los Polo, se hizo famosa por abrir para Occidente la ruta entre Asia Menor y el Imperio chino de Kublai Kan (1260-1271).

Entre los productos con los que los rusos comerciaban, los más importantes fueron las conservas de pescado, las pieles y la sal. Una parte de la sal se producía en las regiones litorales del mar Negro y el mar de Azov, donde se extraía del agua marina, mientras que el resto procedía de las salinas del norte y el noreste del país, principalmente de la región de Arcángel. La sal rusa era muy apreciada en Europa y se exportaba a numerosos países.

Iván IV el Terrible, primer zar de todas las Rusias

El legado político-ideológico de Iván III y Basilio III fue recogido por Iván IV, monarca que se sentía limitado por la pequeñez de su título de gran duque de Moscovia y se creía preparado para dar un paso más y declararse emperador de todas las Rusias. Tradicionalmente, a Iván IV se le ha atribuido un carácter «terrible» (en ruso, grozny), que lo impulsó a cometer los más atroces crímenes. Siglos después, otro de los grandes carniceros de la historia rusa, Iósif Stalin, lo consideró todo un ejemplo que emular. No obstante, cabe señalar que esta mala fama ha ensombrecido otros aspectos más positivos del reinado de Iván IV, que duró medio siglo y convirtió a Rusia en un Estado moderno dotado de instituciones parecidas a las del resto de reinos europeos contemporáneos.

Iván IV subió al trono en 1533, con tan solo tres años, como sucesor de Basilio III, su padre. La regencia fue asumida por su madre, Elena Glinskaia, dotada de una gran inteligencia y de una personalidad muy activa y enérgica, a la que se impuso un consejo de siete boyardos, más interesados en recuperar el poder perdido como clase en los reinados precedentes que en el buen gobierno del país. Elena eliminó a todos los parientes que podían representar una alternativa a la coronación del joven Iván IV acusándolos de conspiración, unos cargos que a veces eran totalmente infundados. En lo militar, la regente llevó a cabo campañas para incorporar nuevos territorios a Rusia a costa de los kanatos del mar Negro y de los lituanos, a los que derrotó.

En 1538, Elena murió, seguramente envenenada por la facción rival

en la corte, y ello dio pie a un período de hostilidades entre los diversos regentes al que tan solo puso fin la entronización, meramente nominal, de Iván, con trece años (1543). El nuevo monarca trató de imponerse sobre el consejo de regencia proporcionando ya claros indicios de su futuro epíteto, pues ordenó que el jefe de los regentes fuera condenado a morir devorado por sus perros de caza. Poco después, en 1546, mandó decapitar en su presencia a los demás regentes de cuya fidelidad sospechaba.

En 1547, Iván IV tenía diecisiete años y decidió asumir el poder. Para ello, se hizo coronar por Macario, el metropolitano de Moscú, como «zar» ruso (retomando así el ya mencionado título de Caesar de los antiguos emperadores romanos). Se trataba de un hecho con consecuencias evidentes en el plano ideológico pues, al investirse con la autoridad de aquellos antiguos soberanos, afirmaba que su poder no se hallaba sometido a ninguna autoridad terrenal. Por ello, esa fecha se considera la del nacimiento del Imperio ruso (también denominado «zarato»).

Para legitimar estas pretensiones, Iván IV escribió al patriarca de Constantinopla solicitando que lo invistiera como heredero de los emperadores bizantinos. La investidura se hizo esperar, pero finalmente llegó en 1561, después de que el zar ruso hubiera realizado diversas donaciones y tras varias promesas incumplidas por parte del patriarca bizantino. Las aspiraciones imperiales de Rusia recibieron cierto reconocimiento a nivel europeo cuando, en 1556, el primer embajador del zarato enviado a Europa volvió a Moscú con una carta de María Tudor y del príncipe Felipe (futuro Felipe II de España) en la que ambos monarcas se dirigían al zar atribuyéndole el título de «Augusto emperador».

A la hora de casarse, Iván IV no encontró demasiadas candidatas, pues las cortes europeas no hallaban ningún aliciente para enviar a sus princesas a la corte de la gélida Moscú. Por ello, el zar no tuvo más remedio que casarse con una noble rusa, Anastasia,

perteneciente a una familia de la vieja nobleza boyarda, los Zajarin-Kochkin, de la cual descienden los Romanov. La boda se celebró en febrero de 1547, unos meses antes de que un fuego devastador carbonizara Moscú, de manera que este incidente fue tomado por muchos como un presagio de lo que sería el reinado del joven zar. En aquellos tiempos, vivían en Moscú unos cien mil habitantes y algunos de ellos, cinco días después del siniestro, asaltaron el Kremlin y asesinaron a un tío de Iván IV a quien el pueblo acusaba de practicar la magia negra y ser el responsable de la catástrofe. El monarca se vio obligado a huir y pactó con los rebeldes un acto público de contrición, durante el cual prometió que la única preocupación de su reinado sería la de favorecer el bienestar del pueblo.

Es así como la historiografía rusa justifica el inicio de una época de reformas institucionales mediante las cuales el zar, con tan solo diecisiete años, buscó modernizar la vieja Rusia medieval desarrollando unas estrategias parecidas a las de los príncipes renacentistas italianos de la época. Para proceder con mayor libertad, el zar apartó de su lado a los representantes de la vieja nobleza boyarda y se rodeó de un equipo de consejeros de mentalidad más abierta. Aquellos historiadores que, cegados por la crueldad de Iván IV, se niegan a aceptar su iniciativa en estas reformas atribuyen las mismas a este grupo de colaboradores y consideran que el monarca se limitó a estampar su firma en los documentos que el consejo generaba. No obstante, cabe señalar que la modernización del país no resulta incompatible con la consolidación de la autocracia del monarca, idea fundamental en la concepción del ejercicio del poder imperial durante todo el zarato ruso.

Sus reformas se agruparon en cuatro ámbitos: judicial, administrativo, militar y eclesiástico. En lo referente al plano judicial, se publicó un nuevo código (Sudébnik, 1550) que, sin introducir cambios de especial relevancia, mejoraba el promulgado por Iván III en 1497. En él se definían con mayor precisión las infracciones y las sanciones y se perseguía con mayor inquina la

corrupción. Además, este código también supuso un robustecimiento de la autoridad imperial al recortar el poder de los boyardos, apostando por el apoyo popular a la monarquía.

En lo referente a la administración, se propició el desgaste de la autoridad de los nobles por dos vías. En primer lugar, se facilitó el desarrollo de un verdadero poder local que permitiera la elección de los representantes locales directamente por los habitantes de cada municipio —hasta entonces venían dictados por los nobles boyardos, es decir, desde arriba—. En segundo lugar, se fortalecía a la administración central creando una especie de ministerios (en ruso, izby o también prikazy). Entre las funciones atribuidas a estos departamentos destacan la de recibir y estudiar la documentación enviada a la corte desde las provincias, el servicio de correos, la dirección de los asuntos militares, el catastro de propiedades o la oficina de asuntos exteriores. Esta primera configuración de la cancillería imperial se mantuvo hasta los tiempos de Pedro I el Grande, responsable de una profunda reforma en su organización y funcionamiento.

En el aspecto militar, Iván IV apostó por un ejército permanente y profesional en el que la caballería boyarda continuó siendo la fuerza de ataque predominante. Ahora bien, el monarca diseñó estrategias para hacerla más efectiva, por ejemplo, regulando el orden de prelación, así como las jerarquías, entre los jefes militares. Como complemento, el zar añadió a su ejército seis destacamentos de mosqueteros (streltsy) que, con el tiempo, asumieron las funciones de cuerpo de guardia del palacio y de policía. Sus integrantes eran hombres libres que entraban en el servicio militar de manera vitalicia. Además, el zar también escogió a un millar de jóvenes pertenecientes a la baja nobleza a los que privilegió cediéndoles tierras en los alrededores de Moscú a cambio de estar siempre disponibles para acudir a filas con sus hombres tan pronto como fueran convocados. Por último, Iván IV aumentó la producción de cañones de las fábricas moscovitas para poder prescindir así de su importación desde el extranjero.

En el ámbito eclesiástico, el zar patrocinó una reforma religiosa que se concretó en la reunión del concilio de los Cien Capítulos (1551). El sínodo dedicó una cuidadosa atención a reglamentar todo tipo de circunstancias de la vida religiosa de la Iglesia ortodoxa —tanto en su vertiente litúrgica como en la disciplinaria— y revisó el santoral ruso para expurgarlo de aquellos santos que existían oficiosamente por la mera proclamación popular. Preocupado por el incremento descontrolado del patrimonio eclesiástico, el zar limitó tanto la adquisición de tierras por los monasterios como los legados testamentarios de los boyardos a favor de la Iglesia y, de hecho, promulgó un edicto (en ruso, ucase) por el cual debían confiscarse todas las propiedades de los obispados y monasterios que habían sido adquiridas por herencia de las familias boyardas desde los tiempos de Basilio III. Por último, el zar abolió la exención de impuestos de la que se había beneficiado desde los tiempos de los mongoles la Iglesia rusa.

En Rusia, la abundancia de bosques permitió que la mayor parte de los edificios, tanto civiles como oficiales, emplearan grandes cantidades de madera en su construcción. En el Moscú del siglo

xvii

tan solo había unas doscientas casas de piedra, de ahí que los incendios no solo resultaran muy frecuentes sino también devastadores.

En política exterior, Iván IV centró su atención en los kanatos mongoles que habían surgido de la desintegración de la Horda de Oro, responsables de reiteradas incursiones en las tierras fronterizas del zarato ruso. Por orden de proximidad a Moscú, estos eran Kazán (al este de Moscú, en el curso medio del Volga), Astracán (cerca del mar Caspio, en el delta del Volga) y Crimea (en el mar Negro). Técnicamente, las tierras ocupadas por estos tres Estados nunca habían formado parte de la Rus de Kiev y, por lo tanto, no existía una razón de orden histórico para combatirlos. Sin embargo, la corte moscovita anhelaba su anexión por motivos estratégicos, pues como se ha comentado desde Kazán y Crimea se organizaban campañas de saqueo que devastaban el territorio ruso fronterizo y obtenían gran cantidad de prisioneros que eran vendidos en el mercado de esclavos.

Además, para Iván IV no solo se trataba de poner coto a estas incursiones, sino que también se buscaba poner a prueba la eficiencia de sus reformas militares. Así pues, teniendo en cuenta que el más frágil de los tres kanatos era el de Kazán y que en su seno existía ya una facción prorrusa integrada por un conjunto de tribus que no eran de origen mongol, Iván IV y el metropolitano moscovita presentaron la conquista de este Estado como una especie de cruzada cuyo éxito reportaría la paz y la seguridad a todos los rusos. Tras diversos fracasos militares y una vez agotada la vía diplomática, Kazán fue asaltada en 1552 y cayó en manos del zarato, aunque aún fueron necesarios cinco años de campañas para lograr reducir todos los focos de resistencia.

Una vez eliminado Kazán, el zar vio factible la conquista del kanato de Astracán, a pesar de que formalmente se trataba de un protectorado ruso cuyo kan era designado con el beneplácito del zar y le rendía vasallaje. No obstante, la alianza con Crimea y la tentativa de sacudirse el yugo ruso convencieron a Iván IV de la necesidad de ejercer un control directo sobre estas tierras. La rápida ocupación de las tropas moscovitas no dio pie a que Crimea pudiera enviar refuerzos, y Astracán cayó sin oposición armada (1554), aunque tardaron dos años en conquistar totalmente los territorios del kanato. Con la anexión de Kazán y Astracán, el zarato no solo aumentó de manera notable sus territorios, sino que, sobre todo, amplió su base étnica: de un Imperio que gobernaba sobre los eslavos de las tres Rusias se pasó a un Estado multiétnico.

En agradecimiento por la conquista del kanato de Astracán (1554), Iván IV ordenó la edificación de la catedral de San Basilio, que con sus cúpulas multicolores es una de las estampas más famosas de la

Plaza Roja de Moscú.

El kanato de Crimea, el más poderoso de los tres y aliado del Gran Turco —es decir, el Imperio otomano—, le pareció a Iván IV imposible de conquistar y, de esta manera, logró mantener su independencia hasta los tiempos de Catalina II. El zar prefirió reorientar sus objetivos militares hacia Livonia. El territorio livonio se correspondía, más o menos, con los países actuales de Estonia y Letonia, y estaba compuesto por una federación de obispados, ciudades libres y posesiones de los caballeros teutónicos, que eran quienes ejercían el predominio militar en la zona. Sin embargo, el rey de Polonia y Lituania también ambicionaba anexionarse Livonia, por lo que cualquier intervención rusa en la zona podía provocar una respuesta armada por parte de este monarca. Desoyendo las advertencias de sus consejeros, Iván IV envió sus tropas a la conquista de Livonia y consiguió una salida al Báltico a través de Narva (1558). Como curiosidad, el general de las tropas enviadas en esta campaña fue Sha Alí, el penúltimo kan kazaní, quien también había participado en los diversos asedios rusos que precedieron a la caída de Kazán. Tras la conquista de Pólotsk (1563) —uno de los principados históricos de la Rus de Kiev—, la ofensiva rusa se paralizó, al tener que atender a la seguridad de las tierras del zarato, amenazadas por una ofensiva del kan de Crimea, que había llegado hasta Riazán, a tan solo 200 kilómetros de Moscú.

Otro de los aspectos relevantes de la política exterior durante la primera fase del reinado de Iván IV fue la apertura hacia Europa occidental. Después de que llegaran a Moscú (1553) los supervivientes de una expedición comercial inglesa que buscaba una ruta marítima alternativa hacia Asia siguiendo la costa norte europea, el zar decidió conceder a los ingleses el derecho a comerciar en el territorio del zarato e inició contactos diplomáticos con la corte de Londres. Fue así como surgió la Muscovy Company, con representación en Moscú y en Jolmogory (en la desembocadura del Dviná), compañía que hasta 1698 se ocupó en régimen de monopolio de las relaciones comerciales entre Rusia e Inglaterra.

Posteriormente, la Muscovy Company continuó importando productos rusos en Europa hasta la Revolución rusa de 1917.

La época del terror (1564-1584)

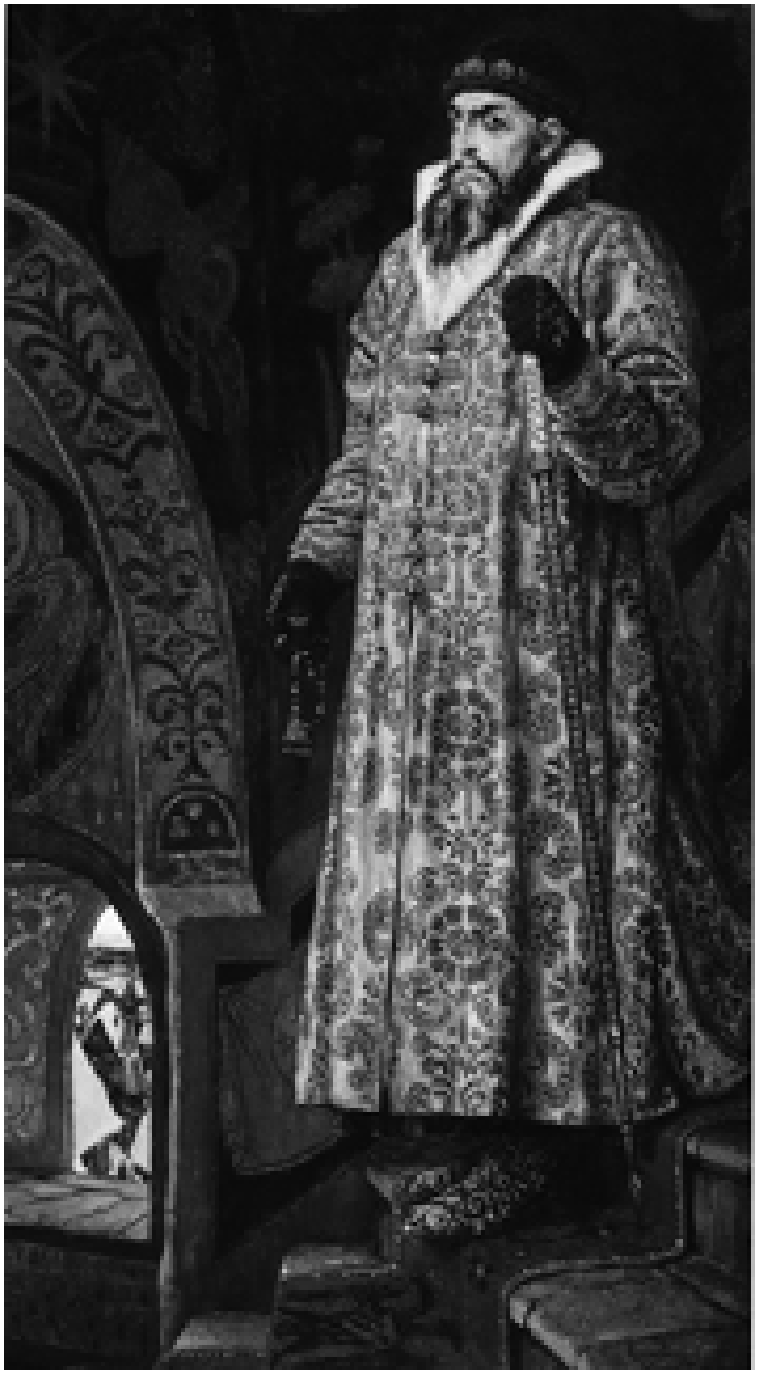
Todo empezó a cambiar a partir de 1564, momento en que se inició un período de ataques contra los boyardos y los consejeros del zar que las fuentes rusas denominan opríchnina. Tiempo atrás (1553), Iván IV, sintiéndose morir, había pedido a los boyardos que juraran aceptar a su hijo Dimitri, todavía bebé, como heredero. Al principio, algunos nobles se mostraron reacios porque temían un nuevo y turbulento período de regencia, pero acabaron claudicando ante las presiones del monarca agonizante. Finalmente, Iván IV se restableció de su enfermedad, pero ya había tomado buena nota de la deslealtad de sus fieles.

Desde entonces, el zar empezó a desconfiar de todos sus consejeros y, muy especialmente, de la nobleza boyarda. En este contexto, la zarina Anastasia, que se había convertido en su principal colaboradora y consejera, murió en 1560 víctima de unas fiebres. Iván IV quedó tan destrozado por esta pérdida que ya nunca volvió a ser el mismo. Sin demasiadas pruebas, condenó a sus dos principales consejeros políticos acusándoles de haberla asesinado y, de esta manera, se abrió un nuevo y largo episodio de casi veinte años en la biografía del zar, caracterizado por la irracionalidad, la arbitrariedad, el terror y una sádica crueldad. Los boyardos que pudieron huyeron a Lituania para escapar de una muerte casi segura.

Esta época de terror se inició el 3 de diciembre de 1564, cuando el zar abandonó Moscú junto con toda su familia, huyendo de las traiciones de los boyardos, los gobernadores, el clero y los miembros de su séquito. Su nueva corte se instaló en el pabellón de caza del palacio Aleksandrovskaia Sloboda, a unos 90 kilómetros de

Moscú; en ese momento, Iván IV estuvo a punto de abdicar. Tras un mes en aquel retiro, los nobles y el clero le pidieron que regresara a Moscú. Con el fin de convencerlo, le dieron carta blanca para castigar a quienes considerara que habían actuado en contra de los intereses imperiales, unas condiciones que satisficieron al zar. Su primera medida nada más volver fue establecer la opríchnina mediante un decreto en que se atribuía una parte del país y la ponía bajo su control directo, excluyéndola de la administración general, de manera que él pudiera actuar en ella sin rendir cuentas a nadie. La circunscripción delimitada por el zar no era compacta, sino que se hallaba integrada por una serie de ciudades y territorios, además de un tercio del área de Moscovia.

A continuación, constituyó un ejército de 1000 soldados (opríchniki) —una cifra rápidamente ampliada a 6000— que vestían de negro, montaban sobre caballos negros y llevaban colgando de la silla una cabeza de perro y una escoba (en alusión a sus tareas de morder y barrer a los boyardos). Recibían las órdenes de castigo del zar y las ejecutaban con el mayor grado de violencia posible, tal como ejemplifican tanto la matanza de los habitantes de Nóvgorod (algunas fuentes hablan de unos 60 000 muertos en sus cinco semanas de duración) como el resto de matanzas acaecidas en Pskov y en otras ciudades del país. El monarca llegó a solicitar a sus favoritos que mataran a alguno de sus familiares como prueba de la devoción hacia su persona. El estamento eclesiástico tampoco se salvó de los actos de violencia, pues el metropolitano moscovita Filipo acabó estrangulado en la cárcel por haber pedido públicamente la supresión de la opríchnina, y el arzobispo de Nóvgorod fue depuesto y encerrado en un monasterio, donde falleció al cabo de poco. De hecho, ni los opríchniki mismos se vieron a salvo de las purgas periódicas que el emperador llevó a cabo entre sus filas.



La crueldad de los últimos años del gobierno de Iván IV ha sido la característica que más se ha asociado a su reinado. En la imagen, retrato imaginario de Víktor Vasnetsov (1897) de la Galería Tretiakov de Moscú.

Indicios por excelencia del alto grado de paranoia alcanzado por Iván IV en esos años fueron la petición de asilo, y también de mano, a Isabel I de Inglaterra (1567); la negativa a defender Moscú ante un ataque de las tropas del kanato de Crimea (1571); sus siete efímeros matrimonios tras el fallecimiento de Anastasia; y, sobre todo, su responsabilidad en la trágica muerte de su hijo Iván (1581), en el contexto de una trifulca familiar.

Finalmente, en 1572, Iván IV decidió suprimir la opríchnina. Sin embargo, su capacidad de gobierno no mejoró en los doce años que se sucedieron hasta su muerte. En política exterior, presentó su candidatura al trono de Polonia-Lituania para poder recuperar Kiev, que en aquellos tiempos estaba en manos de este reino rival; el proyecto no prosperó por la mala fama que Iván IV se había ganado en Rusia. El nuevo rey de Polonia-Lituania, Esteban Báthory, príncipe de Transilvania, se alió con los suecos e infligió una serie de derrotas a los rusos que les obligaron a renunciar a Narva, Pólotsk y buena parte de las conquistas de Iván IV en Livonia. La tregua firmada en 1582 devolvió las fronteras a los tiempos anteriores a estas campañas del zarato, con lo que Rusia perdió su salida al Báltico.

Por las mismas fechas, el zar decidió abrir un nuevo frente a las ambiciones imperialistas de los rusos: las estepas de Siberia. Estas fueron colonizadas gracias a la iniciativa privada de la familia Stróganov, aunque Iván IV firmó un acuerdo con sus miembros por el que se reservaba los derechos sobre las minas de plomo, cobre y plata que pudieran descubrirse en esos territorios. Para facilitar la conquista, los Stróganov contrataron un destacamento de 1500 cosacos (soldados rusos) dirigidos por Yermak Timoféyevich y,

gracias a su ayuda, conquistaron Sibir (1582), capital del kanato homónimo y de cuyo nombre se deriva el de Siberia.

Dos años más tarde (1584), Iván IV murió; dejó una Rusia mucho más débil que al inicio de su reinado y completamente arruinada por las depredaciones de los opríchniki. Su heredero, Teodoro I (r. 1584-1598), fue incapaz de solucionar los problemas derivados de tan caótico reinado y, a su muerte, sin descendencia, la Casa de Rúrik llegó a su fin. El único éxito del reinado de Teodoro I fue obtener del patriarca de Constantinopla que la sede metropolitana de Moscú gozara también de la condición de patriarcado (1589), de manera que ambos jerarcas eclesiásticos pasaron a encontrarse al mismo nivel jerárquico.

Los Tiempos Turbulentos

Los años que median desde la muerte de Teodoro I (1598) hasta la entronización de la dinastía Romanov (1613) acentuaron la decadencia política y militar a que Rusia se había visto sometida por causa del ineficaz gobierno de sus zares, que estuvieron a punto de echar por tierra los éxitos conseguidos por el zarato en la primera mitad del siglo xvi. Este período, denominado los «Tiempos Turbulentos», se inició con la entronización de Borís Godunov (r. 1598-1605), el hermano de la esposa de Teodoro I y principal ministro de este zar. Su reinado supuso un período de calma en comparación con el de sus predecesores más inmediatos. Sin embargo, su ascenso al trono por elección puso momentáneamente en entredicho el principio de la designación divina del ocupante del trono imperial, hasta entonces por derecho de primogenitura entre los miembros de la Casa de Rúrik. Los incompetentes sucesores de Borís Godunov en el trono ruso dieron pie al evidente caos por el que atravesó el zarato en el primer decenio del siglo xvii. En primer lugar, Dimitri I el Falso (r. 1605-1606), un monje oportunista que se hizo pasar por el hijo homónimo de Iván IV y que reinó con el apoyo de los suecos y del nuncio papal en Polonia. En segundo lugar, Basilio IV (r. 1606-1610), descendiente de Rúrik por la línea Shuiski, que solo fue reconocido como zar por Moscú y su periferia más inmediata, tuvo que hacer frente a las pretensiones de un segundo falso Dimitri y acabó sus días tonsurado y recluido en un monasterio. Y, por último, Vladislao Vasa, hijo del rey de Polonia y Lituania, un niño de tan solo quince años que se convirtió en zar como consecuencia de un acuerdo con un reducido sector de la nobleza boyarda, aunque realmente nunca llegó a gobernar en Rusia.

Por otra parte, la economía de este período también contribuyó a acentuar la sensación de crisis, pues se vio afectada por una serie de

pertinaces sequías entre 1601 y 1603, acompañadas de hambrunas y todo tipo de enfermedades que solo en Moscú causaron 100 000 muertos.

Los Romanov y la Rusia de Pedro el Grande

~ 1613-1725 ~

A inicios de 1613, ante el caos político imperante en Rusia tras la muerte de Basilio IV, que había permitido la entronización como zar del príncipe sueco Vladislao Vasa, en Moscú se reunió la Asamblea de la Tierra (Zemski Sobor), integrada por unos 500 representantes de todas las clases sociales, para elegir a un zar que fuera de origen ruso. Tras declinar las candidaturas de los representantes extranjeros, los allí reunidos decidieron escoger a un notable ruso, Miguel Romanov (r. 1613-1645), de dieciséis años, hijo del patriarca ruso Filareto, quien en aquel momento estaba prisionero en Polonia. Nacido Teodoro Romanov, Filareto era boyardo, estaba emparentado con la familia imperial —pues era primo de Teodoro I, de quien llegó a ser tutor—, y era descendiente de Anastasia, la primera esposa de Iván IV el Terrible. De joven, se había distinguido como diplomático y por su servicio en las armas. Cuando Borís Godunov fue elegido zar, forzó a Teodoro Romanov a ingresar en un monasterio, tras lo cual este adoptó el nombre de Filareto. Una vez fallecido Borís, fue nombrado obispo de Rostov (1605) y, años más tarde, patriarca de Moscú (1609). Tras su cautiverio en Polonia hasta 1619, volvería a Rusia y se convertiría en el poder en la sombra durante el reinado de su hijo. Filareto fue el primero de una larga saga de regentes que gobernaron en la Rusia del siglo xvii para paliar el hecho de que los cinco primeros Romanov llegaran al trono siendo aún menores.

Retrato del patriarca Filareto realizado por Nicanor Leontievich (1821-1877). Filareto, padre del primer zar Romanov, ejerció el poder en la sombra.

Por su parte, el futuro zar era una persona sin relevancia pública

que llevaba una vida muy discreta en un convento, en Kostroma, donde su madre profesaba como monja. Miguel fue coronado el 21 de julio de 1613, un acontecimiento que puso fin a los «Tiempos Turbulentos».

Los primeros pasos de la dinastía Romanov

La reconstrucción del país se presentaba como una tarea ardua, por lo que el primer objetivo de Miguel Romanov fue apoyarse en los boyardos mucho más de lo que lo habían hecho sus predecesores. Se trataba de hallar colaboración para el restablecimiento del orden interior del país (que incluía la eliminación de un segundo falso Dimitri) y en la lucha contra el bandolerismo en los caminos. Así pues, a la espera del retorno de su padre, el joven monarca se apoyó en miembros del clan Romanov y de familias afines. Los otros puntales del reinado fueron la Duma y la Asamblea de la Tierra.

El joven zar se ocupó ante todo de la paz exterior. En primer lugar, firmó una paz con Suecia (Paz de Stolbo, 1617) mediante la cual renunciaba, de nuevo, a las conquistas que habían proporcionado a Rusia una salida al Báltico a cambio de que los suecos devolvieran Nóvgorod y algunas otras plazas rusas que se hallaban en sus manos. En segundo lugar, Miguel Romanov se ocupó de Polonia suscribiendo el Armisticio de Deulino (1618), por el cual Rusia cedió Smolensk y otros territorios fronterizos a cambio de la liberación de prisioneros. Entre estos estaba Filareto, a quien su hijo cedió el gobierno al instante, devolviéndole el patriarcado y otorgándole el título de Gran Soberano (1619). Sin embargo, padre e hijo guardaron las formas y las leyes, y los documentos que se redactaban llevaban el nombre de ambos. De ahí que muchos historiadores se refieran a este período como el «régimen de Filareto», una breve época que acabó en 1633 con el fallecimiento del padre del zar.

En política interior, para paliar la ruina total del Estado, Filareto

decidió recaudar más impuestos, pero la maquinaria de recaudación no contaba con suficiente personal y, además, el pueblo no tenía dinero, por lo que el plan fracasó. Entonces, la corte decidió estimular el consumo de alcohol, ya que este producto era un monopolio del zar.

Otro de los hechos remarcables del reinado del primer Romanov fue la alianza del zarato con los cosacos del río Don, quienes a partir de este momento desempeñaron un papel importante en la expansión militar del Imperio ruso. Etimológicamente, «cosaco» proviene del turco kazak, que se traduce como «aventurero» u «hombre que vive en libertad». Para unos, son descendientes de los mongoles asentados en las cuencas bajas del Don, el Dniéper, el Volga y otros ríos de la zona. Para otros, proceden de los turcos. Con todo, también hay quien piensa que son rusos que se establecieron en la zona con el objetivo de luchar contra los mongoles al margen de cualquier estado, viviendo en libertad de la pesca y de la caza. Cada banda de cosacos estaba bajo el control de un «atamán» (una deformación de hauptmann, palabra alemana que significa «capitán»). Su actividad militar se dirigió, fundamentalmente, contra el Imperio otomano, pues ellos eran ortodoxos.

En la foto, tres cosacos que emigraron a Nueva York entre 1890 y 1914 en busca de mejor vida, mientras esperan en la isla de Ellis la tramitación de sus papeles para entrar en Estados Unidos.

Teóricamente, estaban sometidos a Polonia, pero servían a otros Estados a cambio de ciertos privilegios. A veces, los hijos de los boyardos empobrecidos también decidían unirse a bandas de cosacos buscando una mayor fortuna, o al menos un medio de supervivencia. Para ingresar en las comunidades cosacas solo se exigía la práctica de la fe ortodoxa.

Los textos documentan su existencia, por primera vez, en 1444,

cuando protagonizaron la defensa de Riazán ante los mongoles. A partir del siglo xvii, se integraron en el ejército imperial ruso como fuerzas de élite y tuvieron un gran protagonismo en las guerras del zarato.

Al principio, los zares se resistieron a las ofertas de los cosacos, pues no querían agravar los conflictos con los reyes de Polonia, sus señores naturales, al menos en un plano teórico. Por ello cuando, en 1637, los cosacos conquistaron Azov y se la regalaron a Miguel, este ordenó que se la devolvieran a los otomanos para evitar entrar en conflicto tanto con los polacos como con los turcos.

Uno de los ejes de la expansión fue Siberia (el territorio que se extiende hacia el este más allá de los Urales). Los viajes de exploración de ingleses y holandeses permitieron mejorar el conocimiento de aquellas tierras y llegaron hasta los mares de Kara y Láptev. En tiempos del zar Miguel se fundaron nuevas colonias siberianas: Krasnoyarsk, en el Yenisei (1628), y Yakutsk, en el Lena (1630), que se sumaron a las fundaciones de sus predecesores: Novojolmogory (más tarde, Arcángel), en la desembocadura del Dviná septentrional (1584); y Obdorsk, en el Obi (1595). Para poblar estas zonas se trasladó a 400 000 campesinos rusos y, en 1621, Siberia recibió a su primer obispo. Gracias a estos nuevos territorios, Rusia pudo desarrollar una nueva y floreciente industria: la del comercio de pieles. Sin embargo, la expansión siberiana planteó un nuevo problema: la definición de la frontera con el Imperio chino, que se fijó en el río Amur.

Miguel murió en 1645, dejando como heredero a su hijo Alejo (r. 1645-1676), de dieciséis años, los mismos que tenía el difunto zar cuando fue elegido. El largo reinado de Alejo se recordó como un período apacible, aunque fue una época muy convulsa. En diversas ciudades se produjeron revueltas urbanas provocadas por la subida de los impuestos o por la exportación de grano durante las malas cosechas, como las desencadenadas en Moscú por las tasas sobre la

sal (1648) o por haber alterado el metal de las monedas (1663). Además, Stenka Razin, jefe de los cosacos del Don, lideró una revuelta campesina de gran alcance contra el poder de la nobleza y de la burocracia imperial, reivindicando la igualdad y el fin de los privilegios de clase (1670-1671).

En política exterior, el ejército ruso sufrió numerosas derrotas, aunque logró sacarle partido a las pocas victorias, especialmente la anexión a Rusia de Ucrania (incluida Kiev), que estaba bajo control cosaco, y la devolución de Smolensk por parte de Polonia. Estos éxitos militares fueron resultado del estrechamiento de relaciones entre rusos y cosacos, pues los cosacos del Dniéper abandonaron su lealtad a Polonia y se la ofrecieron a Moscú. La corte moscovita, temerosa de la reacción polaca, primero les dio largas aunque les prometió intervenir en caso de que los polacos emprendieran represalias contra los ortodoxos de su territorio. Pero estos cosacos controlaban una parte importante de Ucrania así que, finalmente, Moscú acabó aceptando su sumisión con el fin de recobrar el control sobre la Pequeña Rusia (1654). Fue a partir del Tratado de Andrusovo (1667) cuando los rusos pudieron recuperar Kiev de manera efectiva.

Con todo, la mayor parte de sus decisiones políticas se encaminaron a reinstaurar el nivel de autocracia imperial existente en los últimos tiempos de la Casa de Rúrik. En primer lugar, el zar impulsó una reforma de los ritos y de los textos eclesiásticos en colaboración con el patriarca Nikón con el fin de recuperar la sumisión vigente en otros tiempos de la Iglesia al Estado. Entre 1652 y 1666, ambos dirigentes promocionaron una serie de iniciativas que pretendían eliminar las desviaciones que se habían producido entre la liturgia rusa y la griega, pues ni el zar ni el patriarca querían una Iglesia rusa diferente de la del resto de iglesias eslavas ortodoxas. El principal escollo para los cambios consistió en que se habían detectado incontables divergencias entre los textos litúrgicos rusos y los griegos, por lo que el patriarca patrocinó una revisión de dichos libros que supuso unas 400 páginas de correcciones. Aunque, en términos generales, las correcciones fueron aceptadas, hubo un

sector de la Iglesia, liderado por el arcipreste Avvakum Petrov, que se negó, lo que condujo al denominado cisma de los Viejos Creyentes. Un sínodo de 1666 los declaró fuera de la ley y sus partidarios empezaron a ser objeto de persecución, especialmente sus líderes. Por eso, el arcipreste fue ejecutado en 1682. Con todo, un censo de población de inicios del siglo xx estableció que un 10 % de la población rusa seguía fiel a los ritos antiguos. En 1971, el patriarcado de Moscú retiró los anatemas contra ellos. Entre las prácticas que caracterizan a los Viejos Creyentes se destacan la de hacer la señal de la cruz con dos dedos (los griegos usan tres) o practicar el canto monódico (frente al polifónico de los griegos), además de que existen otras pequeñas diferencias en el ritual de la ofrenda eucarística.

Durante el reinado de Alejo también resultó de gran importancia la publicación de un nuevo código legal, conocido como Ulozhenie, que estuvo vigente en Rusia hasta 1835 y que definía la relación entre los diferentes tipos de súbditos con el Estado. Así, por ejemplo, mientras que por un lado se vinculaba a los campesinos (mujik) a la tierra que trabajaban, por el otro, se acababa con la exención de impuestos de la que se beneficiaba la nobleza boyarda.

Además, en el plano económico, Alejo permitió que cada vez fueran más los mercaderes europeos que se instalaban en Rusia, atrayéndolos con grandes ventajas comerciales y privilegios que incomodaron a los burgueses del país.

A la muerte de Alejo, se proclamó a Teodoro III (r. 1676-1682), que apenas tenía catorce años. Sin embargo, el nuevo monarca era enfermizo y sentía poca inclinación por las tareas de gobierno, de ahí que fueran los parientes de su madre, los Miloslavsky, quienes ejercieron realmente el poder. Su gobierno fue débil tanto a nivel interno como externo. Así, el zar no solo acabó cediendo al Imperio otomano las tierras del curso inferior del Dniéper, sino que también se comprometió a pagar parias al kan de Crimea (1681), territorio

mongol que era independiente del zarato.

El correinado de Iván V y Pedro I

La muerte de Teodoro III sin hijos propios dio pie a un problema sucesorio que se arregló gracias a las actividades del patriarca Joaquín y a las intrigas de la corte. Los dos posibles herederos eran su hermano Iván, de dieciséis años y salud enfermiza, y su hermanastro Pedro, de diez años y constitución más robusta. Por cuarta vez desde los tiempos del primer Romanov, el candidato a zar volvía a ser menor de edad.

Los boyardos y el pueblo se sentían más inclinados por Pedro, pero las hijas de Teodoro III, mucho más capaces que su hermano Iván, mediaron en el asunto, sobre todo Sofía, de veinticinco años. Esta consiguió el apoyo de los soldados y llevó a cabo una gran purga entre los partidarios de Pedro y la familia de su madre, Natalia Naryshkina. Ante la presión de los militares, la Duma aceptó que hubiera dos zares, por orden de prelación: Iván V (r. 1682-1696) y Pedro I (r. 1682-1725), pero bajo la regencia de Sofía, quien se hizo llamar «gran soberana, princesa pía y gran duquesa Sofía Alekséievna». Con anterioridad a ella, la historia rusa tan solo recordaba a dos mujeres que hubieran actuado como regentes de Rusia: Olga de Kiev (madre de Sviatoslav) y Elena Glinskaia (madre de Iván IV el Terrible). A partir de entonces, y hasta la muerte de Catalina II, el gobierno de las mujeres sería una característica del zarato ruso y, sobre todo, llevaría a Rusia a sus cotas más altas de poder y de prestigio internacional.

Durante la regencia, Sofía se propuso solucionar los problemas de orden interno que habían afectado a la estabilidad de los reinados precedentes. Así, en el plano religioso, tuvo lugar un debate público que confirmó el carácter herético de los Viejos Creyentes y justificó

un nuevo período de represión.

En el ámbito militar, gracias a la influencia de su amante y ministro, el príncipe Vasili Golitsin, hombre culto y apasionado de los avances culturales occidentales, el ejército fue modernizado siguiendo criterios de efectividad militar en contra del sistema de precedencias de Iván IV el Terrible que había regido hasta el momento.

En política exterior, Rusia vivió un período de paz con Suecia y, en relación con Polonia, se propició la paz a cambio de formar una coalición contra los turcos, pues estos habían sitiado Viena dos veces (en 1682 y 1683). En 1686, Rusia firmó con su archienemiga Polonia un tratado de paz perpetua y de alianza por el que esta cedió al zar definitivamente Kiev, Smolensk y los territorios al oeste del Dniéper a cambio de su ayuda militar contra el Imperio otomano y de una invasión de Crimea que Golitsin concretó en dos campañas que acabaron en un tremendo fracaso (en 1687 y 1689). Por último, Rusia trató de estrechar relaciones con China y, en 1689, se firmó el Tratado de Nérchinsk (redactado en latín, manchú, chino, mongol y ruso), por el que China se convirtió en el primer país en reconocer al zar como su igual y los rusos obtuvieron ventajas comerciales a cambio de renunciar a su política de colonización del río Amur.

La llegada de Pedro el Grande al poder

Durante los siete años de la regencia de Sofía (1682-1689), Pedro vivió apartado del poder. Se lo mantuvo fuera de Moscú, completamente alejado de la corte, excepto en aquellos momentos que exigía el protocolo. Para ocupar el tiempo libre mantuvo contactos con muchos extranjeros residentes en Rusia, quienes le enseñaron matemáticas, artillería, fortificaciones y navegación, las únicas disciplinas por las que mostraba interés. Entre sus formadores destacaron el escocés Paul Menzies, especialista en estrategias militares, y el holandés Franz Timmerman, quien lo formó en matemáticas y lo ilustró sobre artillería. Además, Pedro I también se preocupó por aprender latín, holandés, italiano y francés. Otro holandés, Cristián Brandt, lo instruyó en temas navales.

En 1689, Pedro I se casó, siguiendo instrucciones de su madre, con Eudoxia Lopujiná, de la baja nobleza rusa, con lo que a los ojos de su pueblo el joven zar ya estaba preparado para gobernar. Temerosa de perder su regencia, Sofía intentó un golpe de Estado y Pedro I la depuso y la encerró en un convento de por vida. La nueva regente fue Natalia, la madre del zar, quien se rodeó de sus familiares. Así, mientras estos demostraban su incapacidad para llevar el buen gobierno, el monarca se dedicaba a celebrar fiestas, emborracharse y vivir aventuras sexuales. A la muerte del metropolitano Joaquín, Pedro I intentó imponer a Marcelo, metropolitano de Pskov, pues hablaba latín, francés e italiano y podía brindar un buen apoyo a sus reformas occidentalizadoras. Sin embargo, la regente y sus parientes desconfiaron del candidato y nombraron al metropolitano de Kazán.

Fue tras la muerte de su madre, en 1694, cuando Pedro I, con veintidós años, asumió el poder. En 1696, Iván V falleció también, lo que dejó el camino completamente libre a Pedro I para acometer su tan esperado plan de modernización y occidentalización de Rusia. Con todo, su afición por la marina en los años precedentes explica que su primer acto de gobierno consistiera en intentar una victoria naval contra el Imperio otomano conquistando la plaza de Azov, en el mar homónimo. Tras varios intentos y un asedio de meses, la ciudad cayó en manos rusas (1696). Con ocasión de este cerco, Pedro pronunció una de las frases más famosas de su reinado: «Conforme al mandamiento de Dios a nuestro padre Adán, estamos comiendo el pan con el sudor de nuestra frente». Para mejorar la efectividad de la recién creada flota rusa, el zar no solo hizo trasladarse a Rusia a carpinteros navales de diversos países extranjeros, sino que además envió a Occidente a jóvenes rusos, para que se formaran en las principales potencias marítimas.

El viaje de Pedro a Occidente

Pedro I también decidió embarcarse en un viaje de aprendizaje por Europa que lo llevó a visitar las principales cortes europeas (1697-1698). Oficialmente, se trataba de una embajada encabezada por prestigiosos diplomáticos rusos, pero, en realidad, el objetivo de la comitiva era conocer cómo eran y cómo funcionaban los países más modernos de Occidente. De ahí que el zar decidiera viajar de incógnito, bajo el nombre de Piotr Mijailov, y con rango de capitán. Con todo, Pedro no siempre mantuvo su anonimato, pues también le interesó entrevistarse con otros monarcas y personalidades de cada reino para reactivar el proyecto de una alianza contra los turcos. De ahí que su viaje incluyera a tres de los Estados más abiertamente hostiles al Gran Turco: Venecia, Austria y Polonia.

En 1698, Pedro I se encontraba en Inglaterra y, para halagar al rey Guillermo III, encargó este retrato a Godfrey Kneller. En la pintura, el zar se esfuerza por ofrecer una imagen de modernidad portando una armadura de estilo occidental.

Las estancias más largas las llevó a cabo en Inglaterra y en Holanda. Este último era el país que más admiraba, sobre todo por sus astilleros. El soberano neerlandés agradeció los seis meses de estadía cediéndole su mejor embarcación, el Transport Royal, que acababa de salir de las atarazanas reales. Según el escritor y filósofo francés Voltaire (1694-1778), España y Francia quedaron fuera de su agenda, pues no veía en estos dos países ningún indicio de progreso técnico: «Solo Francia y España no entraban en absoluto en sus planes. España, porque esas artes que él buscaba estaban allí muy descuidadas; y Francia, porque, seguramente, allí se reinaba con demasiado fasto, y la altanería de Luis XIV, que había sorprendido a tantos potentados, se acomodaba mal a la simplicidad que él quería dar a su viaje […]. Era una cosa inaudita en la historia del mundo: un rey de veinticinco años que abandona sus reinos para mejor reinar».

Sin embargo, a finales de julio de 1698, mientras estaba en Viena, le llegaron noticias sobre una revuelta de mosqueteros reales (streltsy) en Moscú, por lo que tuvo que regresar anticipadamente a su país. La represión dio pie a una auténtica matanza que costó la vida a unos 1200 streltsy y también fue aprovechada por Pedro I para deshacerse de sus opositores políticos, entre los cuales figuraba su esposa, que fue obligada a ingresar en un convento. Durante los años siguientes, el zar tuvo diversas amantes hasta que, en 1712, se casó con Marta Skavronska, una campesina originaria de Livonia que ya había sido la amante de importantes prohombres de la corte rusa y que pasaría a la historia como Catalina I.

El inicio de las reformas y el período de guerras

Fue a partir de 1698 cuando Pedro I, cansado del conservadurismo de la corte moscovita, decidió acometer reformas que pretendían modernizar el país e iniciar una serie de guerras que le permitieran acercarse más a Europa. Por todo ello, el zar sería conocido con el epíteto de «el Grande».

Entre sus primeras medidas, decretó impuestos para quienes no se afeitasen la barba y no se vistieran según las modas occidentales. Igualmente, hizo adoptar los usos del calendario europeo, según los cuales, el año empezaba el 1 de enero en lugar del 1 de septiembre, como hasta entonces, y, además, impuso la era de la natividad de Cristo (el año 0 occidental), en vez de la tradicional datación «desde los orígenes del mundo». Así pues, el año 7028 del calendario ruso pasó a ser el 1700 d. C. En relación con todo ello, también introdujo en Rusia la tradición alemana de decorar el árbol de Navidad.

En lo referente a las guerras, Pedro I condujo campañas victoriosas en todos sus frentes, comenzando por la Gran Guerra del Norte (1700-1721) contra los suecos, cuya finalidad era lograr una salida al Báltico. En un primer momento, los rusos sufrieron una importante derrota en Narva, pero poco después Pedro I conquistó la desembocadura del Nevá, lo cual le permitió fundar la fortaleza insular de San Pedro y San Pablo (primer núcleo de la futura San Petersburgo) y la de Kronstadt (1703). A lo largo de este complejo conflicto, las tropas rusas sufrieron aplastantes derrotas que se alternaron con victorias, como la de Poltava (1709).

Unos meses antes de la batalla, en la primavera de 1709, los suecos, principalmente por falta de suministros, desistieron de asediar Moscú y en su retirada sitiaron Poltava, al este de Kiev. En julio, un ejército ruso de 50 000 soldados, que duplicaba los efectivos suecos, llegó al lugar y el 8 de julio plantó cara al invasor. Los suecos no pudieron ser dirigidos por su rey, pues estaba herido. Utilizando el fuego de artillería y gracias a la superioridad numérica de sus tropas, Pedro I logró detener el avance de la infantería enemiga y dividir sus efectivos, al tiempo que el ataque de la caballería desbarató las líneas suecas. Unos 7500 soldados suecos murieron en el conflicto y otros 16 000 cayeron prisioneros. La mayor parte fueron enviados a las minas de los Urales.

Tras la batalla de Poltava, la potencia militar sueca quedó prácticamente anulada. Por ello, finalmente, en 1721 se firmó la Paz de Nystadt, que obligó a Suecia, un reino que en aquel entonces tenía fronteras mucho más amplias que las actuales, a entregar algunos de los territorios bajo su dominio, como fue el caso de Estonia, Livonia y toda la costa báltica desde Riga hasta Víborg; si bien Suecia pudo conservar Finlandia. Más tarde, Pedro I arregló sus conflictos con el resto de potencias implicadas en esta guerra, a saber, Hannover, Prusia y Dinamarca. Y es que, tras Poltava, Rusia había demostrado ser una potencia militar que había que tener en cuenta y empezó a ser vista por las monarquías europeas como un aliado deseable con el que merecía la pena concertar matrimonios de Estado. A nivel interno, después de Nystadt, la Duma concedió a Pedro I los títulos de Grande, Padre de la Patria e Imperator (es decir, «emperador») de todas las Rusias. Inglaterra y Austria no reconocieron estos títulos hasta 1742, y Francia y España, hasta 1745.

En el frente oriental, Pedro I continuó con la expansión en Asia Central, por ejemplo, en el Cáucaso, con el propósito de liberar Armenia, Georgia y Azerbaiyán del dominio de los safávidas iraníes y encontrar una ruta al comercio ruso hacia la India. Aunque el objetivo no se cumplió del todo, cayeron en sus manos las ciudades de Derbent, Shirvan, Mazandarán, Bakú y Astrabad. Asimismo,

Pedro I intentó establecer un protectorado sobre los kanatos uzbecos de Jivá y Bujará, pero la expedición militar enviada a tal fin acabó en fracaso. Ahora bien, a nivel comercial, los rusos consiguieron ventajas en las transacciones con los persas —especialmente, la compra de seda iraní—. Por último, en la costa del Pacífico, el zarato inició la conversión de Ojostk en puerto comercial y naval con vistas a establecer relaciones comerciales con Japón y a servir de base de operaciones para las exploraciones de Vitus Bering (1725-1730 y 1738-1741) —marino danés empleado por los rusos— que permitieron el descubrimiento del estrecho que lleva su nombre.

En lo referente a la guerra contra Turquía, Pedro I se ilusionó con el proyecto de conquistar Kerch, fortaleza marítima que controlaba la unión del mar de Azov con el mar Negro. Sin embargo, a pesar de los síntomas de agotamiento que mostraba el Imperio otomano, Rusia no consiguió el apoyo de los Habsburgo, ni de Polonia ni de Venecia, quienes en 1699 firmaron una paz con el Gran Turco. Ante este panorama, Pedro I se creyó incapaz de luchar solo contra los otomanos y desistió de ello.

Las grandes reformas

Mientras luchaba por ampliar y consolidar las fronteras de Rusia, Pedro I también impulsó las reformas que, según su parecer, debían modernizar Rusia y que afectaron a diversos ámbitos: militar, administrativo, religioso, económico y cultural. En el aspecto militar, creó dos regimientos de élite para su guardia y aumentó los efectivos de todas las armas. Al mismo tiempo, mejoró el sistema de levas obligando a que cada grupo de veinte familias proporcionara un infante apto para la milicia y a que cada agrupación de ochenta contribuyera con un caballero. Además, engrosó las filas de la milicia con tropas irregulares de cosacos y soldados de origen extranjero.

Para instruir a un ejército tan heterogéneo se promulgó un manual militar (Ustav voinskii), en cuya redacción el zar participó activamente (1716) y se crearon escuelas específicas para formar a los oficiales y a los regimientos más técnicos (como los de artillería o ingenieros). Otra de las grandes reformas militares de Pedro I consistió en la creación de una marina de guerra —que los ingleses consideraron tan poderosa como la suya—, a la que dotó de una sólida industria de construcción naval, así como de buenos puertos. Asimismo, se publicó un código naval (Morskoi Ustav) que se ocupaba de los aspectos organizativos y reguladores de la armada.

En el sector administrativo, la principal reforma afectó a la Duma, que fue despojada de competencias a favor del consejo privado del zar, integrado por las personas de confianza del monarca. A continuación, creó un Senado que constaba de nueve miembros y tenía numerosas competencias, que incluían controlar la administración central y provincial y satisfacer las necesidades del

ejército y de la armada. De él dependían los diez colegios (según la reforma de 1723), como se denominó a los departamentos del gobierno imperial. Las funciones de los ministerios preexistentes se distribuyeron entre ellos, siendo los tres más importantes Guerra, Marina y Asuntos Exteriores. En lo referente a la administración territorial, Pedro I copió la idea de las provincias (gubernii) dividiendo el país en ocho, una cifra que fue creciendo en años posteriores hasta llegar a cincuenta. Todo ello se completó con la publicación de una regulación general para los cuerpos de la administración y de una tabla de rangos que establecía un sistema de promoción, tanto civil como militar, por méritos propios, y ajeno a las conexiones familiares o al rango social de cada individuo.

«Tenemos necesidad de Europa durante algunos años…»

A finales de su reinado, Pedro I el Grande confesó a uno de sus consejeros, Andréi Osterman, uno de sus pensamientos más famosos: «Tenemos necesidad de Europa durante algunos años, pero después deberemos volverle la espalda». Y es que, en realidad, el paquete de reformas implantado por Pedro I tenía como objetivo principal modernizar el país y acercarlo a Europa, pero sin que ello pusiera en peligro la autocracia imperial. Para muchos investigadores, el zar no estaba tan interesado en los avances culturales de Occidente como en importar a Rusia la tecnología occidental. Así lo pondría de manifiesto el envío de jóvenes rusos a diferentes países europeos para que aprendieran todas aquellas técnicas que podían resultar útiles al desarrollo ruso.

Estatua de Pedro I el Grande ubicada en un lugar público de San Petersburgo y conocida popularmente como el «Zar Carpintero», en recuerdo de su pasión por la técnica y, en especial, por la marina.

Con relación a los asuntos eclesiásticos, creó nuevas tasas para el patrimonio de la Iglesia y limitó su extensión. Además, ordenó que todos los monasterios y obispados enviaran a la corte sus ingresos, una parte de los cuales les retornaría a su discreción en concepto de subsidio; este sistema se instauró en 1701, pero se derogó en 1711.

En otro orden de cosas, el zar abolió el patriarcado de Moscú y lo sustituyó por el Santo Sínodo (1718), bajo control de un funcionario laico o procurador general, aunque el zar se constituyó como su juez supremo. Con ello, Pedro I pudo ejercer un férreo control sobre la jerarquía de la Iglesia ortodoxa, tal como puso de manifiesto la publicación de una nueva regulación eclesiástica (1721). No obstante, el monarca se preocupó de la formación del clero fundando escuelas eclesiásticas y estableció subvenciones para paliar la pobreza de los popes.

En lo económico, el coste de las grandes gestas militares y los gastos derivados de las medidas de modernización del país obligaron al zarato a establecer monopolios sobre productos vitales —como el acero— y a imponer tasas a cuanto se le ocurrió. De este modo, a finales de su reinado, la carga fiscal sobre sus súbditos se había quintuplicado en relación con los tiempos inmediatamente anteriores a su llegada al trono. Por otro lado, tras la victoria de Poltava, el zar inició una campaña liberalizadora que permitió el libre comercio en el interior del país a personas de cualquier rango. En consonancia con esta nueva orientación de la economía, en 1716 se abandonó el régimen de monopolios y el Estado cedió algunas de sus fábricas a la iniciativa privada —ya fuera un particular o una compañía—, aunque reservándose el derecho a confiscarlas en caso de gestión negligente.

En el plano cultural, el zar fundó instituciones educativas dedicadas a divulgar los conocimientos asociados a las disciplinas que estaban modernizando el país. Entre otras, cabe señalar la Escuela de Matemáticas y Navegación (1701), la Academia Naval (1715), la Escuela de Ingeniería (1712), la Escuela Médica (1715) o la Escuela de Minas (1715). Con todo, el hito más importante en este sector fue la creación de la Academia de Ciencias (1718), formada por los departamentos de matemáticas, física, historia y bellas artes.

Al inicio de este período reformista, Pedro I contó con la

colaboración de numerosos occidentales. Sin embargo, a medida que el zarato fue disponiendo de rusos competentes en esas mismas materias, los extranjeros empezaron a ser desplazados de los cargos de responsabilidad.

La fundación de San Petersburgo

El 27 de mayo de 1703, Pedro I puso la primera piedra de San Petersburgo al decidir la construcción de la fortaleza de San Pedro y San Pablo en una isla próxima a la desembocadura del Nevá. Según una leyenda, el zar y sus acompañantes estaban paseando en barco por el delta de este río inspeccionando diversos islotes cuando, al llegar a la costa de la isla Zaiachi (o «de los conejos»), advirtió que un águila volaba por encima de él, alta en el cielo. Teniendo en cuenta que el águila bicéfala era uno de los símbolos del poder de los zares (una herencia del Imperio bizantino), ello fue interpretado como un signo de buen augurio y el monarca ordenó erigir allí dicha fortaleza. Ahora bien, mitos aparte, el emplazamiento resultaba de gran importancia estratégica, pues permitía bloquear la entrada al Nevá de cualquier flota enemiga.

En la imagen, el contorno de la fortaleza de San Pedro y San Pablo, próxima a la desembocadura del Nevá.

El zar supervisó personalmente su planificación y construcción, pues deseaba convertirla en una ciudad al estilo europeo. En 1713, Pedro decidió trasladar allí la capitalidad del zarato, con la intención de que constituyera una especie de ventana hacia Europa. El primero de los edificios construidos en San Petersburgo fue de carácter defensivo: la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Una primera construcción se levantó en el plazo de un año, pues básicamente se empleó madera. En 1706, sin embargo, este material fue sustituido por piedra y se dotó al edificio de su actual planta hexagonal. En el pasado, no solo funcionó como fortaleza militar, sino también como cárcel para presos políticos, siendo conocida como la «Bastilla rusa». Allí sufrieron sus rigores Dostoyevski, Gorki, Bakunin, Trotski o el yugoslavo Tito, y fue allí también donde el 25 de octubre de 1917 empezó la Revolución rusa cuando, a las nueve de la noche, una guarnición que se había pasado al bando bolchevique inició el bombardeo del Palacio de Invierno.

Ocupando una parte importante del recinto militar, también se alzó en la isla la catedral de San Pedro y San Pablo (1712-1733), cuya torre del reloj tiene una altura de 122,5 metros. Se construyó como mausoleo imperial de la Casa Romanov, por lo que en su interior se encuentran las tumbas de los zares desde Pedro I hasta Alejandro III (r. 1881-1894), con solo dos excepciones: Pedro II e Iván VI. En 1988 se sepultaron también los restos de Nicolás II (r. 1894-1917) y su familia.

Sin embargo, en la actualidad, San Petersburgo es famosa por los suntuosos palacios que zares y zarinas elevaron allí y en sus alrededores para servir de escenario a los fastos del zarato. Pedro I mandó construir un palacio privado de dos plantas y dimensiones

modestas, al estilo de las casas de los ricos comerciantes burgueses de los Países Bajos. Conocido popularmente como la «Cabaña de Pedro el Grande», fue construido entre 1710 y 1714 por el arquitecto Domenico Trezzini y se decoró con frisos de estuco, obra de Andreas Schlüter, que glosan las victorias militares rusas en la Gran Guerra del Norte (1700-1721). Este palacio fue el primer edificio privado construido en Rusia que contó con agua corriente y con un sistema de calefacción central mediante estufas. Hasta entonces, los rusos sacaban el agua de los pozos y se calentaban con chimeneas. Una de las estancias más conocidas es el estudio de Pedro I, situado en la planta baja del palacio, donde el zar trabajaba en sus proyectos técnicos.

En las afueras de San Petersburgo, Pedro I inició la costumbre de construir grandes y suntuosas residencias palaciegas, caracterizadas por la profusión de dorados. Destacan, por su magnificencia, el impresionante conjunto arquitectónico de Peterhof, cuyos palacios y fuentes pretendían eclipsar al mismo Versalles, o el palacio de caza de estilo sueco que regaló a su esposa Catalina, y que más tarde Isabel transformó en el lujoso Tsárskoye Seló.

El impresionante conjunto arquitectónico de Peterhof, a las afueras de San Petersburgo, pretendía eclipsar al mismo palacio de Versalles.

En lo que a las casas particulares se refiere, el zar ordenó que se proyectaran a la manera europea, alineadas frente a la acera y sin los tradicionales jardines en la parte delantera característicos de la arquitectura rusa precedente. Además, su construcción debía seguir determinados diseños arquitectónicos, según la clase social de sus ocupantes, que obedecían a las modas europeas del momento, especialmente la italiana.

Con relación a las construcciones públicas, la más significativa fue el palacio de los Doce Colegios (1722-1744), el mayor edificio realizado en aquellos tiempos en San Petersburgo, diseñado por Domenico Trezzini y Theodor Schwertfeger. Se componía de doce edificios yuxtapuestos, de ladrillo rojo y tres plantas de altura, que

ocupaban una superficie enorme (400 metros cuadrados). Fue concebido como sede de las instituciones políticas del Imperio ruso: el Senado, el Santo Sínodo y los diez ministerios (Comercio, Recaudación de Impuestos, Asuntos Exteriores, Justicia, Desembolsos, Control financiero, Guerra, Marina, Minería e Industria).

Pedro I construyó también un edificio de gran belleza para el Almirantazgo, un departamento de la marina cuyos astilleros estuvieron en uso hasta principios del siglo xix y donde el zar participaba personalmente en el diseño y construcción de los buques de la flota del Báltico. El bosque que había en torno fue parcialmente talado para construir un camino que uniera este edificio con el monasterio de Alejandro Nevski. Con el tiempo, esta vía se consolidó, dando lugar a la actual avenida Nevski (Nevski Prospekt), la calle más importante y larga de la ciudad. De hecho, frente al edificio del Almirantazgo se encuentra el conocido «Tridente Nevski», una encrucijada de donde parten las tres principales avenidas de la ciudad: la ya mencionada Nevski Prospekt, la Gorojovaya Ulitsa y la Voznesenski Prospekt.

El zar introdujo también algunas costumbres populares en el ritmo diario de la ciudad, como la de disparar el cañón de la fortaleza de San Pedro y San Pablo todos los días al mediodía. Por todo ello, incluso en la actualidad, numerosos habitantes de la ciudad dos veces al año, el 27 de mayo (fecha de la fundación de San Petersburgo) y el 9 de julio (cumpleaños del zar Pedro), colocan flores sobre su tumba en la catedral de San Pedro y San Pablo.

Los detractores de las reformas petrinas

Los primeros en oponerse a sus reformas fueron los mosqueteros (streltsy) de la guardia de palacio, pero tras las revueltas de 1698 y 1705 este cuerpo fue suprimido. Los cosacos también proporcionaron quebraderos de cabeza al zarato, pues durante el reinado de Pedro I se produjeron dos motines encabezados por algunos de sus líderes. Por un lado, estos estaban molestos por la política impositiva del zar y, por el otro, se mostraban descontentos por las continuas intromisiones del gobierno, que había convertido a los atamanes de los cosacos en simples ejecutores de la voluntad del zar.

Otro de los sectores más reacios a la modernización de Rusia fueron los sacerdotes. Uno de ellos fue un monje de nombre Abraham, perteneciente a uno de los monasterios más prestigiosos del entorno moscovita, quien dirigió una carta al zar que contenía duras críticas. Como represalia, Pedro I le envió desterrado a un centro monástico alejado. También mandó ejecutar a Grishka Talitski, un estudiante kievita, y a Vaarlam Levin, un monje de Penza, que predicaban el fin del mundo y calificaban al zar de «Anticristo». E incluso se planteó perseguir a los Viejos Creyentes, a los que acabó tolerando a cambio del pago de una tasa.

Con todo, la oposición más férrea surgió del seno mismo de la familia imperial, concretamente de su primogénito Alejo. El hijo del zar (o zarévich) fue educado por parientes de Pedro I y un círculo de sacerdotes, quienes enemistaron a padre e hijo hasta el punto de que muchos de los detractores de la política imperial de modernización empezaron a soñar con que Alejo, una vez zar, restauraría el viejo orden. En 1716, para evitar participar en la

Guerra del Norte contra Suecia, el zarévich huyó a Viena y pasó dos años intentando conseguir infructuosamente el apoyo de los Habsburgo para derrocar a su padre. En 1718 regresó a Moscú, donde se lo obligó a renunciar a sus derechos dinásticos. Sin embargo, ante el temor de que un sector de la corte le ayudara a recuperar el trono, Pedro I ordenó que fuera juzgado ante un tribunal, que lo halló culpable de conspiración y lo condenó a muerte ese mismo año.

Pedro I murió el 8 de febrero de 1725, a causa de una gangrena. Sus últimos años de vida resultaron un poco sombríos, tal como testimonia una carta del embajador sajón de 1723 cuyo texto reza, quizás exagerando un poco: «Compadezco de todo corazón al monarca, puesto que no puede encontrar un solo súbdito leal, dejando aparte a los dos extranjeros que llevan las riendas del Imperio, esto es, Yaguzinskii y Osterman». Y es que, además del desgaste que le supusieron las reformas en sí, el coste de ponerlas en práctica sumado al de las guerras y al de la construcción de San Petersburgo habían dejado al país sumido en la más absoluta pobreza.

El esplendor del zarato: las zarinas Isabel y Catalina II

~ 1725-1801 ~

Al morir Pedro I, por expreso deseo de este, la sucesión recayó en su esposa Catalina I (r. 1725-1727), pues en 1722 había publicado un ucase por el cual el monarca podía designar a su sucesor según su voluntad y con independencia del derecho de primogenitura. Con ello, el difunto zar decidió negar los derechos de su nieto Pedro (hijo del zarévich Alejo), que era aún pequeño, y de sus propias hijas Isabel y Ana Petrovna, nacidas de la relación premarital con Catalina y, por lo tanto, consideradas bastardas a ojos de los boyardos y de la Iglesia ortodoxa. Del mismo modo, tampoco tomó en consideración a las hijas de su hermanastro Iván V.

Catalina y sus sucesores más inmediatos no tuvieron reinados duraderos ni demasiado brillantes: Catalina I reinó entre 1725 y 1727; Pedro II (hijo del zarévich Alejo), entre 1727 y 1730; Ana Ivanovna (hija de Iván V), entre 1730 y 1740; y, finalmente, Iván VI (bisnieto de Iván V), entre 1740 y 1741. Así pues, en tan solo dieciséis años, hubo cuatro zares en el trono ruso, dos de los cuales fueron mujeres.

Catalina I continuó la línea política de su marido, y aunque realmente se preocupó poco del gobierno, que dejó todo en manos del consejero principal del zar: Alexander Menshikov. Pedro II (r. 1727-1730) subió al trono con tan solo doce años y la primera decisión de su reinado fue el retorno de la capitalidad a Moscú (1728), proyecto que no prosperó a causa de la muerte del zar por varicela. Entonces, los boyardos ofrecieron el trono a una de las tres hijas de Iván: Ana Ivanovna (r. 1730-1740), viuda del duque de

Curlandia, a quien creían fácil de controlar. Así pues, como condición para su ascenso, le hicieron firmar un documento que establecía una serie de limitaciones a la autocracia imperial e instituía una monarquía parlamentaria. Ahora bien, una vez elevada al trono imperial y con el apoyo del ejército, la zarina envió al exilio a los cabecillas de los boyardos y anuló el documento. Su heredero fue Iván VI (r. 1740-1741) —el hijo de su sobrina, Ana Leopoldovna—, que llegó al trono con tan solo nueve meses. Esta rápida sucesión de reinados con poco calado histórico tuvo como principal consecuencia una pérdida de prestigio para el zarato en el ámbito internacional.

El reinado de Isabel

Ante la perspectiva de una regencia tan larga, Isabel, la hija de Pedro I, empezó a intrigar para ocupar el trono de su padre, aunque al principio pareció mostrarse bastante dubitativa a la hora de tomar una decisión tan trascendental. Finalmente, y temiendo que la ingresaran en un convento, Isabel se presentó en los cuarteles del regimiento de la guardia imperial y obtuvo el juramento de fidelidad de las tropas que se hallaban presentes. Desde allí, los soldados tomaron el Palacio de Invierno y la regente Ana Leopoldovna se rindió sin oposición. Iván VI pasó el resto de sus días yendo de prisión en prisión, hasta su muerte, en 1764, dos años después de la de Isabel. Todos los que ayudaron a Isabel a llegar al trono recibieron grandes honores, prebendas y hasta títulos de nobleza hereditarios. Además, Isabel, más amante de la cultura y de la civilización francesa que la regente —muy inclinada hacia el mundo germánico—, contó con el discreto apoyo de Francia.

La nueva zarina (r. 1741-1762) se preocupó un poco más que sus antecesores de los asuntos de gobierno, pero continuó la tradición de dedicar más atención a las fiestas y a sus favoritos que a la gestión del zarato. Los bailes y mascaradas se sucedían en la corte, entre otras muchas extravagancias. Se ha dicho que Isabel tenía 15 000 vestidos y millares de pares de zapatos y que llegaba a cambiarse de ropa hasta seis veces al día. En realidad, los favoritos de la zarina eran quienes dirigían los asuntos de Estado.

A nivel de política interior, la zarina mantuvo las reformas implantadas por su padre, Pedro I, y acometió otras nuevas en consonancia con ese espíritu. Entre ellas, destaca la consolidación de los privilegios de las clases poderosas, lo cual conllevó el

deterioro del género de vida de los mujik, que eran quienes pagaban los impuestos, frente a la nobleza, el clero y otros grupos sociales urbanos, que estaban exentos de ellos. El abuso llegó hasta el punto de que cien contribuyentes mantenían a quince privilegiados exentos de las cargas impositivas.

En el exterior, la participación del zarato en la política europea se intensificó, ya que desde los tiempos de Pedro I el Grande la corte de San Petersburgo había ido adquiriendo un protagonismo cada vez más relevante en el tablero de juego europeo. La zarina siguió las tendencias de su padre de convertirse en enemiga de los países limítrofes (principalmente Suecia, Polonia y Turquía) y en la aliada de los vecinos de estos. Tradicionalmente, la aliada de Rusia en Occidente había sido Gran Bretaña, pero ahora los monarcas ingleses también ocupaban el trono de Hannover, en Alemania, y ello les reportó nuevos intereses comerciales en los mares del norte europeo que debían defender frente al expansionismo ruso. Rusia desconfiaba ahora de sus antiguos aliados, especialmente desde que, en tiempos de Catalina I, se fraguara una alianza entre Gran Bretaña, Suecia, Francia, Prusia y Dinamarca conocida como Unión de Hannover (formalizada en 1727).

En el frente del Báltico, Isabel rechazó una incursión sueca dirigida a recuperar parte de las tierras perdidas en la Paz de Nystadt de 1721 y, por el Tratado de Abo (1743), obtuvo una porción de Finlandia y tres fortalezas suecas gracias a las cuales se mejoró el sistema de defensa de los accesos a San Petersburgo.

En lo relativo a Alemania, las relaciones entre el zarato y el Imperio de los Habsburgo se vieron reforzadas por su común interés en hacer frente al expansionismo otomano en Europa y en frenar el ascenso de Prusia, reino que tenía claras intenciones de arrebatar a los Habsburgo el liderazgo del Sacro Imperio Romano Germánico. Con todo, Isabel defendió ante la católica corte de Viena su derecho a proteger a las iglesias ortodoxas de Croacia, Transilvania y otras

regiones del Imperio austríaco, con lo que surgieron fricciones entre ambos Estados, pues los zares rusos, al reivindicar ser los herederos de los emperadores bizantinos ortodoxos, habían asumido la protección de todas las iglesias ortodoxas. Frente a Prusia, Isabel entró en la guerra de los Siete Años (1756-1763) para frenar la invasión prusiana de Sajonia. En este conflicto, cada uno de los países coaligados tenía sus propios intereses y Prusia, aliada de Portugal y Gran Bretaña, buscaba expansionarse por Silesia y Pomerania. Estos objetivos militares amenazaban el mapa político ya existente, con lo que Suecia, Rusia y Austria establecieron una alianza antiprusiana. Los rusos llegaron a amenazar Königsberg (Prusia Oriental) y tomaron Berlín (1760), sin embargo, la muerte de la zarina y la subida al trono del germanófilo Pedro III supuso la salida de Rusia de la contienda y la salvación de Prusia.

Con relación a Asia, Isabel también continuó la política de afirmación de la presencia rusa en Asia Central y las regiones más orientales. Sin embargo, la dinastía manchú que reinaba en China frenó la expansión del zarato más allá de los límites que se habían establecido en tiempos de Iván IV.

Las dificultades y los temores por su vida durante los reinados que habían precedido al suyo convirtieron a Isabel en una persona paranoica y tendente a ver conspiraciones un tanto inconsistentes. Sin embargo, las fuentes la describen como muy simpática, amante de la cultura, bastante activa y dotada de las aptitudes de gobierno de su padre, por lo que actuó con acierto en muchas de sus decisiones políticas, a pesar de que siempre estuvo asistida por un grupo de consejeros, la mayoría de los cuales eran extranjeros (principalmente, alemanes).

La zarina subvencionó importantes y costosas construcciones en San Petersburgo, como fue el caso de la renovación del Palacio de Invierno y, sobre todo, el Palacio de Verano en Tsárskoye Seló, con sus soberbios jardines de diseño italiano. La decoración se hizo con

los materiales más lujosos y las pinturas se encargaron a los artistas de mayor renombre, casi siempre extranjeros.

Preocupada por su sucesión, rápidamente se dio cuenta de que su heredero, Pedro, fruto del matrimonio de su hermana Ana Petrovna con un duque alemán, no era el más adecuado para sucederla, pues en él se hacía patente una aguda germanofilia y un desdén por las costumbres rusas. Isabel buscó entonces un matrimonio que permitiera a Pedro ser más aceptado por los rusos, siendo la elegida Sofía Federica Augusta de Anhalt-Zerbst, una princesa alemana de quince años (1744).

Sofía se tomó con tanto entusiasmo su matrimonio que aprendió el ruso, se convirtió a la Iglesia ortodoxa (adoptando el nombre de Catalina Alekséievna, en honor a la madre de la zarina) y se mostró una apasionada amante de la historia y de las tradiciones de su nueva patria. El matrimonio tuvo lugar el 21 de agosto de 1745, pero los contrayentes no lograron constituir una pareja feliz y pronto llevaron vidas separadas. Pedro tenía un carácter difícil, despreciaba todo lo ruso y adoraba todo lo alemán. Aun así, Catalina se quedó embarazada y dio a luz al futuro Pablo I (posteriormente se atribuirá la paternidad a su amante, Sergio Saltikov). En los años finales del reinado de Isabel, la pareja tenía ya sus respectivos amantes oficiales y ambos hacían pública ostentación de ello. La de Pedro era Isabel Vorontsova, sobrina del vicecanciller, y el de Catalina, un aristócrata polaco, Estanislao Poniatowski, futuro monarca de Polonia (r. 1764-1795), con quien tuvo una niña (1758).

La usurpación del trono

Al morir Isabel, ascendió al trono Pedro III (1762), tal como esta había previsto, pero Catalina era la favorita del ejército y de la Iglesia, dos instituciones ofendidas por la germanofilia del nuevo zar, cuya primera decisión fue devolver a Federico II de Prusia los territorios de su país ocupados por los rusos, al tiempo que le ofrecía un acuerdo de paz y amistad eternas. Además, el nuevo zar pretendía dotar a la guardia de uniformes alemanes, pidió a los sacerdotes rusos que se afeitaran la barba y se vistieran como el clero protestante y confiscó un buen número de las tierras de la Iglesia ortodoxa.

A pesar de la armonía conyugal que trasluce este retrato de Pedro y Catalina, pintado por Georg Christoph Grooth (1745), mientras aún vivía Isabel, el matrimonio era profundamente infeliz.

Por todo ello, su reinado fue breve: tan solo duró del 5 de enero al 28 de junio de 1762. Consciente de que Pedro pensaba repudiarla, casarse con Isabel Vorontsova y excluir de la sucesión a Pablo por ilegítimo, Catalina fraguó un golpe de Estado que la llevó al poder, de nuevo con la ayuda de los militares y, como había hecho su predecesora, Isabel. Pedro III aceptó los hechos y solo pidió conservar cuatro cosas: su instrumento preferido (un contrabajo), su perro favorito, a su paje de color y a su amante, Isabel Vorontsova.

Catalina solo le concedió las tres primeras. El zar fue puesto bajo custodia y, al cabo de muy poco, murió en circunstancias tan extrañas que, durante toda su vida, el futuro Pablo I, su hijo, siempre creyó que Catalina había mandado que lo mataran.

«¡No he nacido para los rusos, no les convengo!»

Pedro III, heredero y sucesor de Isabel, se llamaba en realidad Carlos Pedro Ulrich de Holstein-Gottorp, y era un príncipe alemán hijo de Ana Petrovna, hermana de Isabel, y de Carlos Federico, duque de Holstein, uno de los muchos estados en que se hallaba dividida Alemania antes de la reunificación del siglo

xix

liderada por Prusia. Al ser designado heredero por su tía, Pedro se trasladó a San Petersburgo, pero no demostró simpatías hacia las costumbres de sus futuros súbditos. Pedro se obstinó en hablar alemán únicamente y no se dignó aprender ruso y, además, se empeñó en vestir los uniformes militares de Holstein. Por ello, no resultaba extraño oírle decir a quien le prestara oídos: «¡No he nacido para los rusos, no les convengo!».

Catalina II la Grande y el apogeo del Imperio

Catalina podría haber subido al trono como regente de su hijo Pablo; sin embargo, a nadie agradaba la perspectiva de una larga regencia. Y así, sin que corriera ni una sola gota de sangre Romanov por sus venas, la esposa del destronado Pedro III no halló impedimento alguno para ser coronada zarina de todas las Rusias. El reinado de Catalina II (1762-1796) fue bastante largo y, al menos durante una buena parte del mismo, se cimentó sobre los principios de la Ilustración, siempre y cuando estos no debilitaran la autocracia imperial. Y es que Catalina, de joven, fue una ávida lectora de los escritores de la Ilustración francesa, especialmente de Montesquieu, Diderot y Voltaire. Una vez convertida en zarina, empezó a cartearse con este último, ganándose fama de soberana ilustrada, y también acudió a paliar los apuros económicos de Diderot.

Desde los inicios, la zarina intentó hacerse perdonar la usurpación con medidas populistas, por ejemplo, una reducción de los impuestos de productos básicos, como la sal. A los boyardos, la zarina les concedió numerosos privilegios, en perjuicio de otras clases sociales, para garantizar su fidelidad. Por lo que se refiere al clero, revocó el ucase de su marido, que había confiscado las tierras de los obispados y los monasterios. Sin embargo, ante la protesta de los nobles, que habían recibido esas tierras y ahora debían renunciar a ellas, se volvió a decretar su incautación a favor del Estado (1764). Entonces, Catalina no solo cerró la mitad de los monasterios en Rusia (unos 500), sino que también clausuró las escuelas fundadas por Pedro I el Grande, dejando empobrecido al clero y sin posibilidades de conseguir una adecuada formación. El obispo de Rostov sería el único en plantar cara a estas medidas, por lo que fue exiliado por el Santo Sínodo a Reval, donde falleció como

consecuencia de la falta de alimento y de las bajas temperaturas.

En términos históricos, su reinado ha sido considerado una sucesión de cinco años apacibles (1762-1768), que permitieron reponerse de los conflictos bélicos de épocas precedentes; siete años de guerras exteriores (1768-1774), coincidentes con diversas revueltas —sobre todo, la de Pugachov, como se verá en breve—; doce años de paz (1774-1786) para asimilar los territorios conquistados, y nueve años (1787-1796) caracterizados por los enfrentamientos contra sus vecinos —principalmente, Turquía y Polonia—. Catalina II, a diferencia del resto de mujeres que gobernaron Rusia anteriormente, nunca dejó el poder en manos de sus amantes. Aunque los colmó de honores y de privilegios, no permitió que influyeran en sus decisiones políticas. También es más que probable que Catalina II decidiera no volver a casarse, precisamente para no perder el control directo del poder.

Entre las principales medidas políticas de su reinado cabe señalar la Comisión Legislativa, que inició sus tareas en 1767 y tenía por misión actualizar el ordenamiento jurídico ruso. La zarina redactó unas largas instrucciones para sus miembros que reflejaban sus lecturas ilustradas, como El espíritu de las leyes, de Montesquieu. Si bien este escrito sirvió a Catalina II para defender la autocracia imperial haciendo suya la famosa máxima del ilustrado francés «todo para el pueblo, pero sin el pueblo», el documento evitaba hablar de otras cuestiones más espinosas, como la división de poderes.

La primera guerra contra Turquía (1768-1774) ofreció a Catalina II una excusa para clausurar los trabajos de la Comisión Legislativa. Las victorias obtenidas por los rusos permitieron la firma del Tratado de Küçük Kaynarca, por el cual el zarato obtuvo dos puertos en el mar Negro. De esta manera se consiguió, por primera vez en la historia rusa, la tan ansiada salida a este mar. Con ello, además, Catalina II pudo estrechar el cerco sobre el kanato de

Crimea, lo que constituiría un paso previo a una no muy lejana anexión.

Hacia el final del conflicto con los otomanos, estalló la revuelta de Yemelián Pugachov (1773), un cosaco que se hizo pasar por Pedro III y se puso al frente de un grupo de compañeros de armas que se habían amotinado en los Urales molestos por el excesivo celo de los inspectores del zarato. Al grupo inicial se unieron otros sectores descontentos con el régimen, principalmente campesinos fugitivos, de ahí que la revuelta adquiriera tintes de rebelión campesina. Traicionado por sus codiciosos soldados a cambio de una sustanciosa recompensa, Pugachov fue decapitado en Moscú (1775) y las cenizas de su cuerpo fueron esparcidas al viento.

Durante los doce años siguientes (1774-1786), caracterizados por la paz del interior del país y en las fronteras, Catalina II acometió una nueva fase de reformas que la zarina misma atribuyó a su «manía legislativa». Como resultado, surgieron todo un conjunto de regulaciones, tales como el Código de la Navegación Comercial (1781), el Código de la Sal (1781), la Ordenanza Policial (1782), la Carta de la Nobleza (1785) y la de las Ciudades (1785), y el Estatuto sobre la Educación Nacional (1786). Sin embargo, en muchos de estos textos ya no se mostró tan entusiasta con los ideales ilustrados y parecía haberse adaptado a las peculiaridades de la sociedad rusa.

En relación con los aspectos administrativos, la zarina optó por un modelo de burocratización de la cancillería y acometió una política de descentralización que mejoró la administración provincial, al tiempo que reducía el tamaño de las provincias para hacerlas más gobernables.

En 1781, a mediados de su reinado, Catalina II ya había fundado 144 ciudades, firmado 30 tratados, obtenido 78 victorias y promulgado 123 edictos para mejorar las condiciones de vida de los plebeyos. En la imagen, el retrato que le pintó Fiodor-Rokotov (c. 1770).

En el ámbito económico, a pesar del desarrollo del comercio que se dio en sus tiempos, el gasto militar y el mantenimiento de la corte no se cubrían con los ingresos obtenidos de la recaudación de impuestos. Para subsanar esta diferencia, el zarato recurrió a los préstamos del extranjero y a acuñar más moneda, lo cual no hizo sino provocar el alza de los precios.

Los últimos años de su reinado se vieron influidos por su desilusión ante el triunfo de la Revolución francesa. Desde entonces, Catalina II fue cerrándose ante todo lo francés, se alejó de sus corresponsales ilustrados y prohibió las obras de Voltaire. Llegó incluso a ordenar que fueran retirados del Hermitage, palacio que acogía la colección privada de obras de arte de los zares rusos, todos los bustos de los pensadores ilustrados que ella misma había mandado colocar. Al enterarse de la ejecución de Luis XVI, Catalina II rompió relaciones diplomáticas con Francia y se aproximó a Gran Bretaña. Ella, que había depuesto a un zar, no podía perdonar que el pueblo francés hubiera ejecutado a su rey.

Las grandes anexiones: Polonia y Crimea

Los principales hitos militares de su reinado fueron la conquista de Crimea y el reparto de Polonia. En relación con este último país, Catalina II aceptó sin reparos la propuesta de Federico II de Prusia para repartirse aquel reino junto con Austria, cuya emperatriz, María Teresa, mostraba ciertos escrúpulos. Con ello el zarato demostró cierta amplitud de miras, pues hasta esa fecha Rusia había visto cualquier intento de anexionarse Polonia como una afrenta, al considerar a este reino vecino como integrante de su zona de influencia. Este primer reparto se produjo en 1772 y Catalina II obtuvo la Livonia inferior y amplios territorios del norte y el oeste de Bielorrusia. El zarato ruso se vio compensado de esta manera por la negativa de Prusia y Austria a que Moldavia y Valaquia pasaran a manos rusas, tal como los gobernantes de dichos principados habían solicitado.

En relación con Turquía, Catalina II y sus consejeros habían diseñado el denominado «proyecto griego», consistente en expulsar a los turcos del territorio europeo, es decir, los Balcanes, y en restablecer el Imperio bizantino en la persona de Constantino, nieto de la zarina nacido de Pablo en 1779, y cuyo nombre había sido especialmente elegido para la ocasión. Como compensación, los Habsburgo debían recibir Albania, Serbia, Dalmacia, Bosnia y Herzegovina.

El primer paso de ese proyecto se concretó en la ofensiva sobre el kanato de Crimea. Así, en 1783, un ejército ruso de 70 000 efectivos invadió dicho Estado y lo conquistó sin mucha resistencia. La rusificación del país se encargó al nuevo gobernador ruso, Gregorio Potemkin, el favorito de la zarina, cuya primera misión

fue preparar el viaje a Crimea de Catalina II, quien llegó acompañada por representantes de las potencias occidentales. Según una leyenda forjada en la época, para impresionar a la zarina, Potemkin había mandado colocar decorados inmensos en las poblaciones por las que debía pasar la comitiva imperial con la intención de crear verdaderos pueblos fantasma. Al parecer, el difusor de estos infundios fue un diplomático alemán que con sus escritos llegó a consolidar en su país la expresión «pueblos de Potemkin», que los alemanes aún utilizan como analogía para indicar que algo es falso. Además, Potemkin llevó a gran cantidad de campesinos rusos y fundó Sebastopol como base de la flota rusa en el mar Negro. Gracias a ello, los rusos pudieron acceder al Mediterráneo sin necesidad de que su flota del Báltico circunvalara todo el norte europeo y se aprovisionara en las bases navales británicas.

La segunda guerra contra Turquía se reanudó en 1789, cuando Rusia ocupó Moldavia y consiguió algunas victorias en tierras búlgaras (1791). Para controlar estos nuevos territorios, Catalina II fundó Odesa (1792-1793), en las orillas ucranianas del mar Negro, entre los ríos Bug y Dniéster. Su nombre conmemoraba el de la antigua colonia griega de Odesos, que había existido en la zona en los tiempos antiguos.

Tras el fin de esta guerra, Catalina II ordenó a sus oficiales la invasión de Polonia puesto que, en 1791, los polacos habían redactado un texto en el que optaban por una monarquía constitucional y hereditaria. Escandalizada por esta extensión del modelo de la Revolución francesa, Catalina II tomó la decisión de hacer desaparecer a los polacos del mapa político europeo. En este segundo reparto de Polonia, únicamente entre Rusia y Prusia (1793), al zarato le correspondieron 250 000 kilómetros cuadrados de territorios polacos, ucranianos y rutenos al este del río Bug. La recientemente aprobada Constitución fue abolida.

Los polacos se sublevaron contra esta ocupación liderados por Tadeusz Kosciuszko (1794). Prusianos y rusos derrotaron al rebelde y la ciudad de Varsovia, tomada al asalto, fue destruida. A continuación, Federico Guillermo II y Catalina II invitaron a Austria a repartirse lo que quedaba de Polonia (1795). Rusia obtuvo Lituania, Curlandia y la Bielorrusia occidental. Las nuevas adquisiciones reportaron al zarato dos millones de nuevos súbditos y un control más amplio de las costas del Báltico, que incluían el golfo de Riga.

Otros hechos notables de la política exterior de Catalina II fueron la colonización de Alaska (1784); el protectorado sobre el reino cristiano de Georgia, en el Cáucaso (1783); la expedición militar enviada a Japón, para forzar que este Imperio abriera sus puertas al comercio con extranjeros (1792-1793), y la alianza de ayuda mutua con Gran Bretaña (1795).

Muerte de Catalina II y reinado de Pablo

Los últimos años de la vida de la zarina fueron más conservadores que las primeras décadas de gobierno y se encaminaron a reforzar la autocracia del zarato. Además, Catalina II quedó tan vivamente impresionada por el éxito de la Revolución francesa y por la ejecución de Luis XVI, que se dedicó a reprimir el pensamiento ilustrado llegado de Francia y llegó a ordenar, incluso, que regresaran todos los rusos que estaban estudiando en París y en Estrasburgo.

A su muerte, Rusia gobernaba un Imperio muy extenso con 36 millones de súbditos y se había transformado en un país capaz de competir con sus vecinos europeos enlas esferas militar, política y diplomática. Sin embargo, aunque la élite rusa se había convertido en una de las más cultas de Europa, la administración provincial se hallaba en manos de unos pocos estratos sociales cuidadosamente delimitados que no estaban tan bien formados.

Al igual que había sucedido bajo el gobierno de los grandes reformistas de la historia rusa, Iván IV el Terrible y Pedro I el Grande, el país estaba arruinado. La deuda del zarato era astronómica y, además, la política de devaluación de la moneda no había ayudado a la recuperación del país.

Tal fue la herencia que recibió el hijo de Catalina II, Pablo (r. 1796-1801), la de un Imperio con los pies de barro. Además, el nuevo zar había sido apartado del poder por su madre, quien no le había confiado tarea de gobierno alguna en vida. Se llegó a decir incluso que la zarina planeaba desheredarle a favor de Alejandro, el

primogénito de Pablo. Sin lugar a dudas, este contexto explica por qué uno de los primeros ucases de Pablo I ordenaba el restablecimiento de la ley de primogenitura en la sucesión imperial (1797).

«Soy una autócrata, ese es mi oficio»

Según dicen sus biógrafos, cuando Catalina II la Grande se hallaba en su lecho de muerte, no encontró muchos motivos de arrepentimiento mientras repasaba mentalmente los principales hechos de su reinado, sino que a modo de justificación, exclamó: «Soy una autócrata, ese es mi oficio. El buen Dios me perdonará, pues ese es el suyo». Y es que, a pesar de sus devaneos con el pensamiento ilustrado, Catalina II era consciente de que el despotismo imperial era la única estrategia que podía permitir al zarato mantener el control sobre unos territorios tan amplios y tan étnicamente diversificados. Sin la autocracia, el país habría sucumbido a las ambiciones de la nobleza boyarda y de la Iglesia ortodoxa y no habría mantenido su integridad territorial. De ahí que sus títulos como emperatriz fueran los de «zarina y autócrata de todas las Rusias».

En política interior, se le atribuye todo un conjunto de iniciativas tendentes a dar marcha atrás a varias de las reformas maternas, y en el plano financiero, afrontó con entusiasmo la crisis económica retirando del mercado diversos millones de rublos y estableciendo el valor del billete de rublo en un rublo de plata, es decir, apreciando la moneda.

En política exterior, los éxitos militares de Napoleón I le

preocuparon lo suficiente para emprender una guerra contra la Francia revolucionaria liderando una alianza con Gran Bretaña, Austria, Nápoles, Portugal y Turquía (1799). Las disensiones entre Pablo I y el resto de aliados acabaron provocando que el zar, en 1801, iniciara relaciones con Bonaparte, entonces primer cónsul de la República. Otros hechos relevantes de su reinado fueron la anexión definitiva al zarato del reino de Georgia, en el Cáucaso, y el afianzamiento de la presencia rusa en Alaska, región a la que el zar dotó de su primer gobernador (1799).

No obstante, la personalidad del monarca era compleja e impredecible y, a pesar de ciertas actuaciones meritorias, no estaba especialmente dotado para las tareas de gobierno. Por ello, en 1801, el zar acabó sus días víctima de una conjura palatina de la que su hijo y heredero, Alejandro I, era conocedor, aunque ni participó ni la alentó.

Sociedad y economía en el apogeo del Imperio

Entre los reinados de Pedro I y Catalina II la sociedad rusa era eminentemente rural. Según un censo de 1724, tan solo el 3 % de la población del zarato vivía en las ciudades. Y la situación no mejoró a lo largo del siglo xviii, pues las cifras de 1796 revelan que este porcentaje apenas se había alterado (4,1 %). Nobleza y clero aparte, la población rural se distribuía de manera bastante paritaria entre dos categorías: la del siervo y la del campesino rural.

El siervo era un individuo totalmente privado de libertad para decidir por sí mismo. Su posición se deterioró entre los reinados de Pedro I y Pablo I, de manera que todos los aspectos de su vida quedaron completamente a merced de la voluntad de sus dueños, sin que existiera posibilidad alguna de que el siervo buscara amparo en terceros o en el propio Estado. Los había que se dedicaban al cultivo de las tierras de su amo, mientras que otros se empleaban en el servicio doméstico. A medida que los nobles adoptaron una forma de vida más lujosa, la necesidad de criados aumentó y estos se diversificaron (guardias de seguridad, artistas, poetas, músicos, danzarines, pedagogos, etcétera).

El campesino rural o mujik vivía de manera bastante parecida a los siervos, pues su estatuto de libertad no establecía demasiadas diferencias con estos. Los campesinos estaban sometidos a los abusos de los nobles por vínculos que los ataban a la tierra que trabajaban a perpetuidad, tanto a ellos como a sus descendientes. Con todo, legalmente, se les consideraba hombres libres con derecho a acumular un peculio, con el que subvenir a sus necesidades, pues las del esclavo le eran procuradas por su amo.

La vida de un mujik era tan precaria que la mayor parte de ellos no podían subsistir con los ingresos derivados de sus labores agrícolas, especialmente en las regiones menos fértiles del zarato. Así pues, en invierno, en torno a una cuarta parte de los campesinos se veía obligada a abandonar sus lugares habituales de residencia para trabajar en algún tipo de ocupación estacional, como la de carpinteros, pintores de casas, empleados en la construcción, etcétera.

Otra de las opciones consistía en combinar el trabajo agrícola con alguna actividad artesanal, como la producción de utensilios de hierro o de madera, así como la fabricación de artículos de cuero. Tan solo de esta manera podían reunir el dinero suficiente con el que pagar a su señor, abonar los impuestos y alimentar a los suyos. Las míseras condiciones de su vida explicarían por qué, en el siglo xviii, fueron bastante frecuentes las revueltas campesinas y por qué líderes rebeldes como Pugachov hallaron tanto apoyo en este segmento social.

La nobleza constituía el 1 % de la población, pero era el sector dirigente del país. A medida que el siglo xviii fue avanzando, sus obligaciones de servicio al Estado —tanto en la administración como en el ejército— se vieron disminuidas hasta que, finalmente, fueron abolidas.

Entonces los boyardos dedicaron mayor atención a la explotación de sus patrimonios y buscaron ampliar su base de recursos, por ejemplo, con el desarrollo de actividades industriales. El Banco de Préstamos del Estado, establecido por Catalina II (1786), tenía como principal objetivo apoyar económicamente al mantenimiento de la nobleza empobrecida. Su tren de vida era bastante costoso, pues la aristocracia fue el sector social que más se volcó en la adopción de las costumbres y los modos de vida occidentales, tal

como había hecho la corte.

Mientras los boyardos nadaban en la abundancia económica y contaban con la confianza del zarato ocupando cargos en la administración y en el ejército, el clero entró en un lento proceso de decadencia.

Los monjes, los popes y sus familias constituían otro 1 % de la población y, desde que se produjo la secularización del patrimonio eclesiástico por Catalina II (1764), la Iglesia pasó a recibir un subsidio anual de 450 000 rublos, que venía a representar un tercio de la cantidad que producían las tierras de la Iglesia. Para compensar su economía y conseguir ingresos adicionales, los monjes y sacerdotes tuvieron que desarrollar estrategias para incentivar la generosidad de sus empobrecidos fieles, tales como el culto a los iconos milagrosos.

El término «icono» procede del griego (eikón) y hace referencia a un cuadro pintado sobre una tabla que representa un evento o un personaje relevante de la historia del cristianismo. Los fieles ortodoxos los besan con fervor, pero los iconos solo sirven para que los fieles puedan rezar ante ellos, pues no pueden ser adorados como si si se tratara de imágenes santas con poderes.

Los más famosos acostumbran tener una gran antigüedad y el aura de milagrosos. Uno de los ejemplos más conocidos es el de Nuestra Señora de Kazán, realizado en Constantinopla entre los siglos ix y xii. De allí pasó a Kazán, donde desapareció con ocasión de la conquista mongola de la ciudad (1438). Según la leyenda, reapareció en 1579, cuando la Virgen se mostró ante una niña de la ciudad y le señaló el lugar en que se hallaba escondido el icono.

En la imagen, una de las copias más antiguas del icono de Nuestra Señora de Kazán, la de la catedral de la Epifaníade Elojovo, en Moscú (siglo

xvi

).

En el plano económico, el zarato del siglo xviii, es decir, entre los reinados de Pedro I y Catalina II, vivió una época de gran expansionismo territorial y demográfico. Gracias a ello, se incorporaron a Rusia amplios territorios de Polonia y de la Europa báltica que tenían una economía mucho más desarrollada. En cuanto a las conquistas en el sur, estas aportaron la mayor cantidad de tierra fértil que el zarato había sido capaz de anexionar en los siglos precedentes. Todo ello favoreció la expansión de la agricultura en estas zonas.

De hecho, la agricultura era la principal actividad económica en Rusia, aunque no resultaba muy productiva, pues sus técnicas de cultivo eran muy primitivas y la mano de obra esclava no estaba demasiado cualificada. La modernización de las tareas agrícolas tuvo lugar a finales del siglo xviii, pero se produjo muy lentamente.

En cambio, sí que progresó más rápido el proceso de industrialización. Si bien a la muerte de Pedro I el Grande existían unas 250 fábricas, a finales del siglo xviii ya eran unas 1200 —o incluso unas 3000, según los cálculos más optimistas—. Se calcula que entre unos 100 000 y 225 000 rusos estaban ocupados en este sector. Las industrias más importantes eran la minera y la de explotación de los metales, que se convirtieron en las líderes de sus respectivos sectores a nivel europeo. Los principales centros metalíferos estaban en la zona de los Urales. La industria textil también floreció en Moscú y en las provincias circundantes, mientras que en San Petersburgo no estaba tan extendida.

En relación con el comercio, este también creció extraordinariamente a lo largo del siglo xviii. En el interior, los dinamizadores de las transacciones comerciales fueron la derogación de los aranceles internos promulgada por la zarina Isabel (1753), la construcción de nuevos canales para conectar la red fluvial que riega las estepas rusas y, sobre todo, el aceleramiento de la vida económica derivado de la integración de

nuevos territorios al zarato. De esta manera, los excedentes agrícolas del sur podían ser cambiados por los diversos tipos de manufacturas del norte. Además, para dinamizar el comercio interno se organizaban ferias, siendo la más famosa la de San Macario, cerca de Nizhni Nóvgorod, a orillas del Volga.

Moscú era el principal centro de comercio, mientras que San Petersburgo era el puerto con más tráfico comercial. Otra de las zonas que participaba activamente en el desarrollo mercantil del zarato fue Siberia, donde la venta de pieles constituía la principal actividad y existían importantes núcleos comerciales, tales como Tobolsk, Tomsk y Irkutsk.

El comercio exterior se desarrolló especialmente en la segunda mitad del siglo xviii gracias a los puertos del Báltico, como San Petersburgo o Riga, que constituían las principales salidas para los productos exportados e importados por Rusia. Estos circuitos comerciales se ampliaron con la construcción de nuevos puertos en el mar Negro tras la conquista de Crimea, especialmente Odesa.

Los principales productos de importación rusos eran el vino, la fruta, el café, el azúcar y las vestimentas delicadas. Las exportaciones excedían en valor a las importaciones, pues a finales del siglo xviii aquellas suponían 43 millones de rublos frente a los 28 millones de estas últimas. Ello se debía a que el zarato vendía al extranjero productos de gran valor producidos por los propios rusos —como era el caso de los metales o los textiles— y, además, artículos de lujo que canalizaban a través de sus redes comerciales en Asia —como las pieles siberianas y las sedas de Persia, y las porcelanas de China—. A ese tipo de productos se añadía la madera, el cáñamo, el lino, los cereales y las telas para velas. Sin embargo, la mayor parte de estas transacciones no eran realizadas por comerciantes rusos, sino por agentes extranjeros —especialmente británicos y holandeses—. De ahí que, en 1766, se firmara un nuevo acuerdo comercial con Gran Bretaña que actualizaba el de 1734.

Con la muerte de Pablo I, se cerró el período más brillante de la historia rusa, iniciado por Pedro I el Grande y continuado por las zarinas Isabel y Catalina II, durante el cual el zarato acometió la tarea de modernización del país y de las estructuras de Estado, al estilo de las monarquías occidentales. El siglo siguiente, en cambio, supuso un freno a este proceso y se caracterizó por el conservadurismo y un ejercicio del poder con un marcado sesgo absolutista.

El declive de los Romanov

~ 1801-1917 ~

Si el siglo xviii fue una centuria de progreso y modernización para Rusia, a la que contribuyeron los zares y las zarinas de más fama y renombre de la historia rusa, el siglo siguiente se caracterizó por el conservadurismo y el nivel máximo de autocracia por parte de los últimos representantes de una dinastía ya agonizante: Alejandro I (r. 1801-1825), Nicolás I (r. 1825-1855), Alejandro II (r. 1855-1881), Alejandro III (r. 1881-1894) y Nicolás II (r. 1894-1917). Ninguno de ellos llegó a igualar el buen recuerdo dejado por sus predecesores. Por otra parte, estos reinados coincidieron con dos acontecimientos de gran impacto en la historia europea: la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y la Revolución rusa (1917). Sin embargo, estos conflictos, aunque se mencionan en este capítulo, no se han tratado por extenso, pues los dos temas que hemos priorizado son la decadencia del zarato y la lucha del proletariado urbano.

El gobierno reaccionario de los últimos Romanov

Alejandro I, hijo de Pablo y nieto de Catalina II, pretendió ser un monarca reformista según los deseos de su abuela, quien quiso hacer de él el prototipo de soberano ilustrado. Sin embargo, no llevó a cabo casi ninguno de sus proyectos, pues la presión de la nobleza le impidió culminarlos (como fue el caso del proyecto de abolición de la servidumbre). Anuló muchas de las medidas de su padre y devolvió su rango y posición a unas 12 000 personas que habían caído en desgracia ante él. Aunque estudió la manera de limitar la autocracia imperial partiendo del principio de que la ley debía estar por encima del monarca, ni él ni los consejeros de su círculo llegaron a concretar ninguna propuesta al respecto.

En lo referente a la política internacional, amplió los dominios rusos mediante la incorporación de Finlandia, convertida en un gran ducado autónomo que estuvo bajo dominio ruso hasta 1917. Además, continuó la política paterna de aproximación a Francia, pero el asesinato del duque de Enghien, el último de los príncipes Condé, por Napoleón, lo obligó a cortar las relaciones diplomáticas con París.

Las relaciones entre Alejandro I y Napoleón Bonaparte fueron ambivalentes y oscilaron entre la amistad y la rivalidad. Este último tenía proyectos en Alemania, el Mediterráneo y Oriente, y para poder concluirlos necesitaba la colaboración del zar. Sin embargo, la política expansionista de Napoleón en Europa rompió el equilibrio entre ambas potencias, lo que desembocó en una desconfianza mutua.

Alejandro I y Napoleón se reunieron en Tilsit y en Erfurt, donde acordaron un reparto de la Europa Oriental que resultó muy ventajoso para Rusia. No obstante, el deterioro de las relaciones entre ambos Estados acabó convenciendo a Napoleón de que debía ordenar la invasión de Rusia, que se inició en junio de 1812 y tuvo su punto culminante en la toma de Moscú. La táctica rusa de quemar la tierra por la que debían pasar los invasores para crearles problemas de abastecimiento y la llegada del invierno forzaron al ejército francés, derrotado y abatido, a abandonar el país. Los rusos recuerdan este conflicto con el nombre de «Guerra Patriótica».

Tras el Congreso de Viena (1814-1815), que reordenó el escenario europeo después del período napoleónico, Alejandro I patrocinó la creación de la Santa Alianza (1815), junto con Austria y Prusia, para contribuir a la defensa de los regímenes monárquicos frente a las revueltas liberales. Por otra parte, firmó con Persia el Tratado de Gulistán, por el que el zarato ganó el control sobre el mar Caspio (1813). Gran Bretaña, temerosa de que Rusia, desde el Cáucaso, se lanzara a la conquista de la India (que los británicos pretendían convertir en colonia), dedicó todos sus esfuerzos a evitarlo. Sus estrategias han sido definidas por la historiografía británica como el «Gran Juego», mientras que la rusa lo denomina el «Torneo de las Sombras».

Muerto sin descendencia Alejandro I, el nuevo zar fue su hermano Nicolás, tras la renuncia al trono de otro hermano mayor, Constantino, quien no sentía gran interés por reinar y, además, había contraído matrimonio morganático tiempo atrás. La confusión a que condujo este complicado proceso de sucesión, combinado con la oposición de Nicolás a aceptar el trono hasta que Constantino hiciera pública una renuncia oficial, permitió la revuelta de los decembristas (llamados así por haberse rebelado en diciembre). Principalmente, se trató de un levantamiento militar que pretendía instaurar en Rusia un régimen constitucional, pero el movimiento fue sofocado con gran violencia.

Una vez fue coronado Nicolás I (r. 1825-1855) como zar, se convirtió en prototipo de monarca autócrata. Su formación se había desarrollado, ante todo, en el ámbito militar y, por lo tanto, consideró que la tarea de gobernar el Imperio debía parecerse a la de dirigir un ejército. De ahí que su reinado, conservador y tradicionalista, se caracterizara por la represión de las ideas liberales. El monarca se negó a abolir la servidumbre de la gleba y permitió a la nobleza tratar a los campesinos como propiedades personales.

En política exterior, su reinado se caracterizó por una guerra ruso-turca (1826-1829), que le permitió incorporar las bocas del Danubio, Georgia y parte de Armenia, pero, por otro lado, perdió Sebastopol en la guerra de Crimea (1855-1856) frente a británicos, franceses y turcos. En el verano de 1829, Nicolás I había estado a un paso de conquistar Estambul. Sin embargo, tras valorar la oposición de las grandes potencias europeas y la sospecha de que la ocupación de la ciudad desencadenaría una gran coalición europea en contra del zarato ruso, Nicolás I desistió de su empeño. Otros conflictos militares de su reinado, aunque menores, fueron la revuelta de Polonia (1830) y una intervención en Hungría para salvar al Imperio de los Habsburgo (1849).

Su hijo y sucesor, Alejandro II (r. 1855-1881), se convirtió en zar en medio de la guerra de Crimea, un conflicto que demostró cuán obsoletos estaban las infraestructuras y el armamento del zarato. Pero este monarca no era amante de los temas bélicos y sí en cambio de las reformas radicales, tales como la emancipación de los siervos (1861); una nueva administración judicial basada en el modelo francés (1864), con un nuevo Código Penal y un sistema simplificado del procedimiento civil y penal; un régimen de gobierno local autónomo para los distritos rurales (1864) y las grandes ciudades (1870), con asambleas electivas que poseían un derecho fiscal limitado; la reorganización del ejército y de la armada (1874); y la supresión de la pena capital. No obstante, el

zar se abstuvo, como sus predecesores, de cualquier medida que limitara la autocracia imperial, como, por ejemplo, la creación de una asamblea representativa de todo el Imperio y de ahí que hubiera un grupo de descontentos políticos desengañados por el corto alcance de las medidas liberalizadoras.

En política exterior, el zarato ruso debió hacer frente a una nueva insurrección en Polonia (1863), vendió Alaska a Estados Unidos (1867) y protagonizó una nueva guerra contra Turquía (1877-1878), al término de la cual los otomanos consintieron en crear el Estado de la Gran Bulgaria, bajo la protección de Rusia. Sin embargo, y ante las presiones de las potencias europeas, las cláusulas fueron revisadas y se recortó notablemente la extensión geográfica de dicho Estado. Igualmente, se hicieron avances importantes en Asia Central, donde se logró conquistar parte de los kanatos de Kokand, Bujará y Jivá, con los cuales organizó la provincia de Turquestán (1867). El resto de los territorios de estos kanatos mantuvieron su independencia, aunque como protectorados rusos.

Los últimos años de su reinado se caracterizaron por el terrorismo. A los ojos de los descontentos con el régimen, la muerte del zar comportaría el hundimiento del zarato. De ahí que se produjeran actos de violencia política tales como el incendio del mercado Apraxia de San Petersburgo o el intento de asesinato del gran duque Constantino, a pesar de que se lo consideraba un liberal. Alejandro II aplicó entonces una política de represión contra los grupos revolucionarios que conllevó la emisión de gran cantidad de condenas a prisión, exilio o muerte. El monarca fue objeto de diversos atentados fallidos, especialmente en sus dos últimos años de vida. Al final, en marzo de 1881, los terroristas lograron su objetivo. Hoy en día, sobre el lugar de su muerte se alza uno de los edificios más emblemáticos de San Petersburgo: la iglesia del Salvador sobre la Sangre Derramada, famosa por sus cúpulas multicolores.

El sucesor del zar asesinado fue su hijo Alejandro III (r. 1881-1894), responsable de un nuevo período de reformas conservadoras. Al tener un hermano mayor, Nicolás, que murió inesperadamente, no estaba previsto que Alejandro llegara al trono, por lo que su formación en asuntos de Estado no era muy profunda. Temiendo ser asesinado, fortaleció el régimen autocrático, anuló muchas de las reformas liberales de su padre e impulsó tanto la policía secreta como el antisemitismo. Los judíos fueron responsabilizados por Alejandro III del asesinato de su padre y, por ello, el 15 de mayo de 1882, el zar promulgó una serie de medidas discriminatorias en su contra, conocidas como las «Leyes de mayo». Mediante ellas, se decretó la expulsión de los judíos de las zonas rurales y de las ciudades con menos de 10 000 habitantes y se limitó el número de judíos que podían dedicarse a la enseñanza secundaria y superior o ejercer determinadas profesiones. En los años siguientes, la política antisemita se endureció con la publicación de decretos de expulsión y de nuevas prohibiciones, como el derecho a votar en las elecciones municipales.

Su reinado también fue muy recordado por iniciar una tendencia de restricciones hacia las minorías étnicas y religiosas basándose en los principios de «ortodoxia, autocracia, nacionalismo» (1833). Sin embargo, durante su corto reinado, Rusia gozó de paz, de educación accesible y barata y de un gran progreso material e industrial (se construyeron dos terceras partes del Transiberiano, una red ferroviaria inaugurada en 1904 que recorría los 9289 kilómetros que separan Moscú de Vladivostok, en la costa del océano Pacífico, y que sirvió para mejorar las comunicaciones rusas con Siberia).

En lo referente a política exterior, se ha reprochado a este zar que adoptara un enfoque muy emocional en sus decisiones y que confiara demasiado en su propio juicio. Sin embargo, como sentía aversión por la guerra, su reinado fue bastante pacífico. En su época se culminó la expansión en Asia Central al apoderarse de Merv y Pendjeh, en Afganistán (1884). Temiendo que los rusos llegaran hasta la India, los británicos pactaron un reparto de Afganistán que bloqueó la expansión rusa hacia el valle del Indo.

El movimiento obrero y la difusión del comunismo

El desarrollo económico ruso del siglo xix comportó consecuencias en el ámbito social que el zarato no supo afrontar. Con la difusión del capitalismo, se afianzó la existencia de dos clases sociales nuevas: la burguesía y el proletariado urbano, de ideología comunista. El introductor de esta filosofía política en Rusia fue Gueorgui Plejánov, un seguidor de Karl Marx y ávido lector del documento fundacional del comunismo moderno: El capital: crítica de la economía política (1867-1894).

A pesar de que los campesinos continuaban siendo el grupo social más numeroso en Rusia, los proletarios se habían convertido en el sector social con mayor peso en las ciudades. En 1914, los operarios de fábrica eran ya tres millones, sobre una población total de 170 millones. Además, estaban estratégicamente concentrados en unas pocas ciudades —especialmente, Moscú y San Petersburgo—, lo que incrementaba su peso e influencia en la vida política del país.

Reunión de los trabajadores de la fábrica Putilov de San Petersburgo, la más productiva de todo el país. Cuando la empresa despidió a cuatro de sus operarios, los sindicalistas de San Petersburgo no solo exigieron su readmisión, sino que también organizaron huelgas solidarias en otras fábricas rusas (1905).

Cada fábrica empleaba entre 500 y 1000 trabajadores. Normalmente, procedían del mundo rural y eran campesinos que habían renunciado al trabajo del campo, y no resultaba inusual que muchos fueran menores de edad. Sus sueldos eran miserables y se les explotaba brutalmente haciéndoles trabajar muchas más horas de las permitidas, ya que, desde 1897, eran once y media en horario diurno y diez en el nocturno. Además, tampoco estaba permitido trabajar en domingo y en las festividades religiosas.

Para defender sus intereses, organizaban huelgas, algunas de las cuales fueron seguidas en todo el país, como la de 1897, que

consiguió la reducción de la jornada laboral. A los obreros no se les permitió crear sindicatos hasta 1906, y hasta 1912 no contaron con un verdadero seguro laboral que cubriera los accidentes en el trabajo.

En lo que se refiere a las clases burguesas, estas adquirieron una gran importancia como dinamizadoras de la vida política y económica del país, al tiempo que eran enérgicas defensoras de las reformas liberales que pusieran límites a la autocracia. Sin embargo, la revolución bolchevique no contó con los burgueses porque los consideraba impulsores del capitalismo.

Un tercer sector de descontentos era el de los campesinos, plurisecularmente empobrecidos y maltratados por los abusos de los nobles y del clero. El zar los consideraba la esencia del pueblo ruso y se compadecía de sus miserias, pero tampoco tomaba ninguna medida para subsanarlas. Veían en el zar a su padre y hasta los trágicos acontecimientos de 1905 no se rompió ese vínculo.

A finales del siglo xix, la oposición al zarato pasó de ser individualista a ser colectiva, mediante la organización de los primeros partidos políticos. Las universidades resultaron clave en este proceso de colectivización política. Destaca en este sentido el congreso «panruso» universitario (reunido clandestinamente en 1902), en el que los estudiantes se definieron como «vanguardia de la lucha por la libertad política».

«¡Proletarios de todos los países, uníos!»

Se trata de uno de los eslóganes soviéticos más famosos, también

conocido como: «Trabajadores del mundo, uníos». Su creadora fue Flora Tristán, escritora socialista francesa, en su libro La unión de los trabajadores (1843), aunque fueron Karl Max y Friedrich Engels quienes lo popularizaron al incluirlo en el Manifiesto comunista (1848). El lema alentaba a los proletarios a unirse en sindicatos para defender mejor sus intereses, para luchar contra el capitalismo y para alentar una conciencia de clase obrera universal por encima de las nacionalidades particulares.

Fueron dos los partidos políticos más importantes en este proceso: el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR, fundado en 1898), de orientación marxista, y el Partido Social-Revolucionario (PSR, creado en 1901), de tendencias socialdemócratas. Eran los herederos de las asociaciones clandestinas preexistentes y su técnica de combate consistía en la agitación de las masas con el fin de que adquirieran conciencia de clase y reivindicaran mejoras en sus condiciones de vida.

Nada más fundarse el POSDR, los nueve miembros asistentes al primer congreso fueron detenidos (1898), por lo que las actividades del partido prosiguieron en el extranjero (primero en Bélgica y luego en Gran Bretaña). Uno de los componentes del POSDR fue Vladímir Ilich Uliánov, más conocido como Lenin. En 1895 había constituido el partido político Unión de Lucha para la Emancipación de la Clase Obrera, que fue desmantelado por la policía de manera casi inmediata. Lenin pasó un largo tiempo en prisión y, entre 1897-1900, fue desterrado a Siberia, la pena más habitual con que las autoridades judiciales del zarato castigaban a los opositores al régimen, sobre todo, tras la ley de 1847 que penaba con el exilio y los trabajos forzados a quienes participaran en revueltas contra el Estado. Los condenados eran enviados a remotas colonias penales situadas en regiones solitarias y aisladas en las que llevaban un género de vida muy duro, pues la alimentación era escasa y las temperaturas eran extremas, sobre todo en invierno.

Los desterrados estaban obligados a trabajos forzados relacionados principalmente con la minería, la tala de bosques o la construcción de carreteras. Algunos de ellos lograron encontrar tiempo para escribir obras de propaganda política, como fue el caso de El desarrollo del capitalismo en Rusia (1899), de Lenin. Este tipo de pena continuó en la época soviética, e incluso se recurrió a ella con una mayor frecuencia todavía.

Una vez libre, Lenin decidió exiliarse al extranjero, y escogió Múnich, Londres y, sobre todo, Ginebra como sus lugares de residencia. En esta última ciudad, Lenin y otros exiliados rusos fundaron el diario Iskra (palabra rusa que puede traducirse como «La Chispa»), que era leído en Rusia clandestinamente (1900).

En 1903, en el segundo congreso del POSDR en Bruselas, las ideas de Lenin provocaron la escisión del partido entre bolcheviques y mencheviques. Los primeros constituían el grupo mayoritario y eran los fieles a las tesis comunistas radicales de Lenin (la revolución como vía para acabar con el zarato, la dictadura del proletariado, la alianza con el campesinado, la confiscación de la propiedad privada, el derecho de autodeterminación para las diversas naciones sometidas al zarato ruso y la preeminencia absoluta del partido). Los mencheviques conformaban el sector minoritario, dirigido por Yuli Mártov, y eran más moderados (no creían en la lucha armada).

Nicolás II y la Revolución rusa de 1917

~ 1917 ~

El último zar de Rusia, Nicolás II (r. 1894-1917), era hijo de Alejandro III y, como su padre, fue educado en una ideología profundamente conservadora y reaccionaria. Su formación como heredero se concentró en el ámbito militar, pero no le preparó para los grandes cambios que se estaban produciendo por toda Europa como consecuencia de la difusión de la industrialización y del capitalismo.

La represión como estrategia para reforzar la autocracia

Los biógrafos más críticos de Nicolás II lo describen como débil, manipulable, terco y poco sagaz. En opinión de Nicholas V. Riasanovsky, catedrático de la Universidad de Berkeley, nacido en la Manchuria rusa: «Un segundo Pedro el Grande podría, quizás, haber salvado a los Romanov y a la Rusia imperial: la hipótesis, en cualquier caso, no es absurda. Pero Nicolás II no era Pedro el Grande». Su esposa, Alejandra Fiódorovna (de soltera Alix de Hesse-Darmstadt), aunque criada en la corte liberal de la reina Victoria de Inglaterra, era tan reaccionaria o más que su marido, quien la convirtió en uno de sus principales consejeros políticos. Fue ella quien, buscando a alguien que pudiera sanar la hemofilia que sufría el zarévich Alekséi, introdujo en la corte al místico Rasputín, personaje odiado por casi todos pero que tuvo una extraordinaria influencia sobre la pareja imperial.

Grigori Rasputín nació en 1869, en Siberia, en el seno de una familia campesina muy numerosa. Pasó una temporada en un monasterio, donde llevó una vida de ermitaño y, gracias a su carisma personal, ganó fama como hombre santo y profeta. Quienes le conocieron en persona dejaron constancia de su «gran poder hipnótico».

Desde su sólida posición como consejero de la zarina y médico de la corte, intervino en asuntos políticos, decidiendo la suerte de muchos altos cargos del gobierno a través de la influencia que Alejandra tenía sobre su marido, como por ejemplo de la deposición del primer ministro Vladímir Kokovtsov en 1914.

A finales de diciembre de 1916, Rasputín fue asesinado por una conjura palatina en la que participaron dos miembros de la familia imperial. Primero intentaron envenenarle con cianuro, pero, al no surtir efecto, le dispararon varias veces y echaron su cuerpo al Nevá. En marzo de 1917, los revolucionarios violaron su tumba, quemaron el cuerpo y esparcieron sus cenizas.

Durante su reinado, Nicolás II consideró que debía imitar en todo la línea política de su padre y evitar cualquier tentativa de recortar la autocracia imperial. Así pues, con motivo de su ascenso al trono, proclamó: «Que todos sepan que, consagrando todas mis fuerzas al bien de mi pueblo, mantendré los principios de la autocracia de manera tan firme e inquebrantable como los mantuvo mi difunto e inolvidable padre». Con esta declaración, el zarato se proclamaba el Estado más absolutista de Europa, mientras que el resto de las monarquías estaban haciendo concesiones a los reformistas.

Su reinado es recordado por las matanzas indiscriminadas que se produjeron en determinados momentos desde el mismo día de la coronación, cuando la falta de medidas de seguridad conllevó la muerte de 1389 súbditos —otros 1301 resultaron heridos— por causa de una avalancha humana (este episodio se conoce como la «tragedia de Jodynka»). Con todo, Nicolás II tomó ocasionalmente algunas medidas que podrían calificarse de reformistas. Por ejemplo, cuando nació el zarévich, abolió los castigos corporales y perdonó los pagos atrasados de los campesinos.

En lo referente a la política exterior, el zar quiso emular la política de paz que había caracterizado al reinado de Alejandro III. De ahí que iniciara su gobierno con una propuesta de conferencia por la paz y el desarme. La reunión tuvo lugar en La Haya en 1899 y aunque no fue muy provechosa, se tomaron algunos acuerdos sobre la manera de conducir las guerras y se creó el Tribunal

Internacional de La Haya. Sin embargo, su antibelicismo era pura apariencia, pues Nicolás II se involucró en dos grandes conflictos que resultaron desafortunados para Rusia y que no hicieron sino ahondar el desafecto popular hacia el zarato: la guerra ruso-japonesa (1904-1905) y la Primera Guerra Mundial (1914-1918).

Los desaciertos militares de Nicolás II y el declive del zarato

En 1900, Rusia había ocupado la Manchuria china, una actuación que ofendió a los japoneses, quienes también ambicionaban el control de este territorio y de la colindante Corea. Cuando los japoneses reclamaron a la corte rusa la restitución del territorio (1904), el zar ni siquiera contestó. Entonces, Japón inició hostilidades simultaneando un ataque a la flota rusa de Port Arthur, mucho más anticuada y desfasada que la moderna armada nipona, y una campaña terrestre en Manchuria. El zar decidió enviar a la zona la flota del Báltico que, para llegar, debía circunvalar Europa, África y buena parte de Asia. Cuando, tras un viaje de varios meses de duración (desde octubre de 1904 a mayo de 1905), los barcos rusos arribaron a Port Arthur, esta plaza ya estaba en manos japonesas. La batalla naval subsiguiente significó la aniquilación de la flota rusa, lo cual obligó al zar a pedir un armisticio (Tratado de Portsmouth, 1905). Nicolás II hubo de renunciar a Manchuria, que se devolvió a China, y entregar a Japón Port Arthur y otros territorios de la zona, además de permitir el protectorado nipón sobre Corea.

Al tiempo que se luchaba en esta guerra, el país experimentaba un clima de gran crispación social. El 22 de enero de 1905 tuvo lugar otra matanza de civiles que se conoce como «Domingo Sangriento» (o también, «Revolución de 1905»). En ese día, una muchedumbre se dirigió al Palacio de Invierno, de manera pacífica, para presentar al zar una serie de demandas: sufragio universal y secreto, libertades civiles, responsabilidad de los ministros ante el pueblo, asamblea constituyente, igualdad ante la ley y mejoras para su vida laboral —por ejemplo, seguridad social, jornada de ocho horas o derecho a la huelga—. Sin embargo, la guardia de palacio acabó disparando contra los manifestantes y ocasionó unos 200 muertos y

unos 800 heridos. La confianza que la plebe rusa aún podía tener en su zar se perdió del todo aquella jornada. Ante las huelgas generales que se organizaron como protesta, Nicolás II decretó la ley marcial, que se aplicó con gran dureza en todo el país.

Aun así, el zar accedió a convocar elecciones para elegir una Duma, que ya no sería de boyardos sino de representantes políticos del país, mediante un sufragio bastante amplio, pero que era indirecto, desigual y discriminatorio. Nada más ser elegida, la nueva Duma presentó al zar una petición de reformas liberalizadoras que fueron totalmente desoídas y, setenta y tres días más tarde, el monarca disolvió la Duma y convocó nuevas elecciones.

El último error político de Nicolás II fue aprobar la movilización de agosto de 1914 que supuso la entrada de Rusia en la Primera Guerra Mundial, en el bando de Francia y Gran Bretaña, y en contra de tres gigantes: los imperios alemán, austríaco y otomano. Rusia utilizó como excusa para entrar en el conflicto su deber de proteger a Serbia, país eslavo y de confesión ortodoxa.

Al principio, el pueblo ruso participó con optimismo en la guerra, pero el zarato no contaba con recursos materiales y su única ventaja era una fuente inagotable de soldados. La falta de equipamientos y de armamento, así como la soberbia e incompetencia de los mandos militares, hicieron fracasar la invasión de Prusia, lo que ocasionó unas bajas que rondaron los 170 000 efectivos. Las victorias rusas en otros frentes también acabaron en desastre cuando se produjo el contraataque alemán, que costó al zarato la pérdida de Polonia, Curlandia, Lituania y casi toda Bielorrusia. En total, se calcula que los rusos perdieron la mitad de los quince millones de soldados que participaron en la guerra. Los alemanes intentaron conseguir que Rusia firmara una paz por separado, pero el zar se resistió, pues existían acuerdos secretos con sus aliados por los cuales se le había prometido el estrecho de los Dardanelos.

A nivel económico, la participación de Rusia en este conflicto produjo una inflación galopante, el aumento del desempleo y jornadas laborales larguísimas y mal pagadas. Una crisis semejante no podía ser resuelta sin grandes cambios sociales, sin embargo las estructuras del poder en la Rusia zarista se cimentaban aún en concepciones con grandes resabios feudales. Según rezaba el primer artículo de la Ley Fundamental del Imperio (1892): «El emperador de todas las Rusias es un monarca autócrata y su poder es ilimitado. Dios mismo ordena que su poder supremo sea obedecido». A ello se sumaba, además, el capitalismo liberal y salvaje que estaba caracterizando el desarrollo industrial ruso.

La abdicación de Nicolás II y el triunfo de los bolcheviques

Desde 1915, existía en Rusia una abierta hostilidad hacia la guerra mundial. Los nuevos reclutas se negaron a incorporarse a filas y los regimientos destinados al frente se amotinaron cada vez con más frecuencia.

En 1917, la situación estaba completamente fuera de control y el gobierno, obstinadamente incapaz de renunciar a la autocracia, se mostró impotente para dominarla. En consecuencia, el 28 de febrero en Moscú y el 1 de marzo en San Petersburgo, se produjo un gran alzamiento popular —conocido como «Revolución de Febrero»— que tomó las calles de dichas ciudades y al que se sumaron destacamentos del ejército. El 2 de marzo de 1917, el zar decidió abdicar en favor de su hermano, el gran duque Miguel, después de aceptar la idea de que el zarévich no tenía salud suficiente para asumir las tareas de gobierno. Sin embargo, el hermano del zar también decidió abdicar, con lo cual la dinastía de los Romanov llegó a un abrupto final (4 de marzo). Nicolás II y su familia fueron puestos bajo arresto domiciliario y enviados al exilio a la ciudad siberiana de Tobolsk por el gobierno provisional del presidente Aleksándr Kérenski, de tendencias mencheviques.

El nuevo gobierno, carente de programa y de toda autoridad, decidió continuar con la participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial y aplazar la reforma agraria hasta la elección de la asamblea constituyente, lo cual dio pie a nuevas protestas populares. Aprovechándose de este descontento, Lenin, acompañado por otros revolucionarios, dio por finalizado su exilio en Suiza y regresó a Rusia en un tren que le procuraron los

alemanes, pues su idea de retirar a Rusia de la guerra favorecía los intereses del Imperio alemán. El 3 de abril, nada más descender en la estación de Finlandia de Petrogrado, Lenin declaró traidor a Kérenski ante una multitud expectante de obreros y soldados, y proclamó las «Tesis de Abril». Estas se incluirían en su artículo Las tareas del proletariado en la presente revolución (7 de abril de 1917), publicado cuatro días después de su discurso en la estación de Finlandia. Las tesis definían la coyuntura política del momento como una transición entre una primera etapa burguesa y una segunda en la que el proletariado tomaría las riendas. Para favorecer este proceso, todo el poder debía ser transferido a los sóviets; el pueblo debía ser armado; la policía, el ejército y la burocracia tenían que abolirse; la propiedad privada debía confiscarse; y el control de la producción y la circulación de bienes tenían que entregarse al proletariado. En su opinión, la revolución solo podría triunfar si se producía la alianza entre el campesinado y el proletariado urbano, lo cual conduciría hacia una «dictadura democrática» conjunta.

La entrada de seis ministros socialistas en el gobierno de Kérenski no alivió la tensión y, el 3 de julio, los efectivos militares de la base de Kronstadt se rebelaron y pidieron a los sóviets que tomaran el poder. El 10 de octubre, en una reunión del Comité Central, se aceptó la propuesta de una insurrección armada y, el 16 de octubre, se creó el Comité Militar Revolucionario, presidido por León Trotski (1879-1940). Así pues, el 25 de octubre de 1917 del calendario ortodoxo ruso (correspondiente al 7 de noviembre del calendario occidental), los bolcheviques, liderados por Lenin, tomaron el Palacio de Invierno, sede del gobierno menchevique. El gobierno de transición de Kérenski fue abolido al grito de «Pan, paz y tierra», que resumía las principales preocupaciones del pueblo ruso: acabar con el hambre, salir de la guerra y acometer el reparto de tierras. Acto seguido, empezaron las negociaciones para que Rusia se retirara de la Primera Guerra Mundial.

Esta toma del poder por parte del proletariado de Petrogrado afín a los bolcheviques fue confirmada por el II Congreso de los Sóviets de

toda Rusia (25-27 de octubre de 1917). La victoria bolchevique fue replicada en Moscú y en el resto de ciudades importantes. Así se fundó la República Soviética, que rigió los destinos de Rusia desde 1917 hasta 1993. Con ello, se ponía fin a la Rusia de los zares, pero quedaba aún pendiente el espinoso asunto de qué hacer con Nicolás II y su familia, pues, mientras continuaran con vida, la esperanza de la restauración del zarato podía alimentar a los opositores del nuevo, y poco asentado, régimen.

«¡Viva la revolución de los obreros, soldados y campesinos!»

Tras la toma del Palacio de Invierno, Lenin redactó un texto mediante el cual daba a conocer la fundación de la República Soviética: «¡A los ciudadanos de Rusia! El gobierno provisional ha sido depuesto. El poder del Estado ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario, que es un órgano del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado y se encuentra al frente del proletariado y la guarnición de la capital. Los objetivos por los que ha luchado el pueblo (la propuesta inmediata de una paz democrática, la supresión de la propiedad agraria de los terratenientes, el control obrero de la producción y la constitución de un gobierno soviético) están asegurados. ¡Viva la revolución de los obreros, soldados y campesinos! El Comité Militar Revolucionario del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado. 25 de octubre de 1917, 10 de la mañana».

El fin de los Romanov

En abril de 1918, tras el triunfo de la Revolución rusa, Nicolás II, la zarina y los hijos del matrimonio habían sido trasladados a la ciudad rusa de Ekaterimburgo, en los Urales, donde la noche del 17 de julio de 1918 fueron asesinados. Al día siguiente, otros seis parientes directos del zar fueron eliminados en Alapáyevsk y, en 1919, se ejecutó a los cuatro últimos miembros de la dinastía que quedaban en poder de los bolcheviques. Un mes antes de la muerte de Nicolás II, el 13 de junio, el gran duque Miguel también había sido ejecutado en Perm, lugar al cual había sido desterrado.

Aun así, diversos miembros de la dinastía lograron escapar a la muerte. La viuda del gran duque Miguel y su hijo —Jorge, conde Brásov—, así como otros miembros de la familia Romanov consiguieron salir del país y se refugiaron en distintas cortes europeas. Tal fue el caso de Dagmar de Dinamarca, la esposa de Alejandro III, quien abandonó el país por Crimea una vez tuvo conocimiento de la muerte de sus dos hijos varones. En los años siguientes surgieron personajes que afirmaban ser alguno de los vástagos de Nicolás II y esgrimían una rocambolesca historia para explicar cómo habían sobrevivido a los disparos. Una de las más famosas fue la falsa Anastasia, encarnada por Anna Anderson, quien llegó a convencer a algunos miembros de la familia Romanov, que la aceptaron como pariente.

El surgimiento de la URSS

En la estabilización de la República Soviética tuvieron un gran protagonismo Lenin, por su talento e ingenio para controlar y enfervorizar a las masas, y Trotski, gran organizador y fundador del Ejército Rojo. Estas fuerzas armadas soviéticas estaban destinadas a combatir la «contrarrevolución blanca», movimiento de ideología prozarista que contaba con el apoyo efectivo de catorce Estados capitalistas, entre los cuales se contaban Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia y Japón. El Ejército Rojo llegó a tener más de cinco millones de soldados y consiguió imponerse sobre sus rivales tras expulsarlos de su última fortaleza en 1922. Las consecuencias de este conflicto fueron terribles: a los ocho millones de muertos se sumaron el hambre y las enfermedades que asolaron el país, así como la desestabilización total de la economía.

Lenin permitió a las diversas naciones que estaban bajo el poder del zarato que celebraran referéndums para decidir si querían continuar formando parte de Rusia. De esta manera, Finlandia, Polonia, Estonia, Letonia y Lituania consiguieron su independencia entre 1917 y 1919. El resto de regiones históricas constituyó la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS, 1922-1991).

Para revitalizar la economía rusa, entre 1921 y 1928 se implantó la Nueva Política Económica (NEP). Esta consistía en una serie de reformas que supusieron un retorno transitorio a la economía de mercado, el fortalecimiento de la pequeña y la mediana empresa y la incentivación de la inversión extranjera. Sin embargo, todas estas medidas quedaron abolidas en tiempos de Stalin al implantarse la planificación quinquenal, la nacionalización de la propiedad privada y la colectivización forzosa de los campesinos.

Lenin murió en 1924 a consecuencia de un ictus, y Trotski sucumbió víctima de las luchas por el poder con Iósif Stalin, pues en 1940 sería asesinado en México por Ramón Mercader, agente del dirigente ruso. A partir de 1923, y hasta 1953, Stalin dirigió los destinos del pueblo ruso con una política personalista, autoritaria y represiva. Sus estrategias de gobierno se basaron en el culto a su persona, lo que se manifestó en una total centralización autoritaria del Estado, en purgas políticas constantes y en el aislamiento internacional de Rusia.

Apéndices

Océano Glacial Ártico
Tierra de Francisco José
Tierra del Nordeste
Tierra del Norte
Islas de Nueva Siberia
Wrangel
Mar de Siberia Oriental
Mar de Bering
Anadyr
Nueva Zembla
Mar de Barents
Mar de Kara
Mar de Láptev
SUECIA
FINLANDIA
Mar Báltico
ESTONIA
LITUANIA
LIVONIA
POLONIA
GALITZIA
Kulikovo
Norvega
San Petersburgo
Arcángel
Jolmogory
Pustozersk
Pskov
Novgorod
Polotsk
Belozersk
Minsk
Smolensk
Tver
Yaroslavl
Rostov
Kolomna
Moscú
Chernigov
Murom
Riazan
Nizhni Novgorod
Kazan
Vladimir
Poltava
Kiev
Perekslav
Odesa
Sebastopol
Cáucaso
Azov
Sarai
Astracán
Mar Negro
Mar Caspio
IMPERIO OTOMANO
GRAN RUSIA
RUSIA BLANCA
PEQUEÑA RUSIA
Urales
Berezovo
Mangazei
Turujansk
Verjoyansk
Yakutsk
Ojotsk
Petropavlovsk
Mar de Ojotsk
SIBERIA
Tobolsk
Yeniseisk
Tomsk
Krasnoyarsk
Novosibirsk
Irkutsk
Nerchinsk
Sajalin
Islas Kuriles
Vladivostok
Mar del Japón
JAPÓN
COREA
TURKESTÁN
Mar de Aral
PERSIA
CHINA
Himalaya
LA EXPANSIÓN DEL IMPERIO RUSO (SIGLOS XV-XVIII)
Rusia en 1584
Adquisiciones 1584-1700
Adquisiciones 1700-1772
Adquisiciones 1772-1796
Área de la rebelión de Pugachov (1773-1774)
Batallas
400
800 km

EL IMPERIO RUSO DURANTE EL SIGLO XIX
Rusia en 1801
Adquisiciones de Alejandro I (1801-1825)
Adquisiciones de Nicolás I (1825-1855)
Adquisiciones de Alejandro II (1855-1881)
Adquisiciones de Alejandro III (1881-1894)
Trazado del Transiberiano a inicios del siglo XX
Océano Glacial Ártico
Tierra de Francisco José
Tierra del Nordeste
Tierra del Norte
Islas de Nueva Siberia
Wrangel
Mar de Siberia Oriental
Mar de Bering
Anadyr
Nueva Zembla
Mar de Barents
Mar de Kara
Mar de Láptev
FINLANDIA
Mar Báltico
ESTONIA
LITUANIA
LIVONIA
POLONIA
GALITZIA
Kulikovo
Narva
San Petersburgo
Pskov
Novgorod
Pólotsk
Belozersk
Minsk
Smolensk
Tver
Yaroslavl
Moscú
Kostov
Kolomna
Chernigov
Kiev
Riazan
Murom
Nizhni Novgorod
Kazan
Perm
Vladimir
Pereiaslav
Odesa
Poltava
Sebastopol
Azov
Sarai
Astracán
Mar Negro
Caucaso
IMPERIO OTOMANO
Mar Caspio
TURKESTÁN
Mar de Aral
PERSIA
Arcángel
Pustozersk
Jolmogory
Mangazei
Berezovo
Turujansk
Verjoyansk
Yakutsk
Ojotsk
Petropavlosk
Mar de Ojotsk
Sajalin
Islas Kuriles
Siberia
Montes Urales
Tobolsk
Yeniseisk
Tomsk
Krasnoyarsk
Omsk
Novosibirsk
Irkutsk
Nerchinsk
Belogorsk
Khabarovsk
MANCHURIA
Vladivostok
Mar del Japón
JAPÓN
COREA
MONGOLIA
CHINA
Himalaya
0
400
800 km.

Conceptos clave

Personaje

Batalla

Concepto

Escenario

Alejandro Nevski

Gobernante ruso de los principados de Nóvgorod, Kiev y Vladímir entre 1236 y 1263 gracias al apoyo del kanato de la Horda de Oro. Se hizo famoso por sus victorias sobre los suecos (1240), en el río Nevá (y de ahí lo de «Nevski»), y sobre los caballeros teutónicos (1242), en el lago Peipus. Fue canonizado por la Iglesia rusa en 1547.

Boyardo

Término genérico usado en Rusia para referirse a un noble, normalmente el cabecilla de una de las grandes familias del país. El vínculo entre el boyardo y su soberano era prevalentemente militar y se manifestaba a través de una ceremonia parecida a la del juramento de vasallaje occidental, mediante la cual aquel recibía

tierras a cambio de sus servicios.

Catalina II la Grande

Princesa alemana, esposa del zar Pedro III, de ascendencia igualmente alemana, al cual destronó (1762). Gobernó en solitario durante treinta y cuatro años y se la considera la introductora en el país del librepensamiento ilustrado. Culminó el expansionismo ruso en la zona del mar Negro al conquistar el kanato de Crimea y aumentó notablemente los dominios del zarato con la parte que le correspondió del reparto de Polonia. Se la considera la última gran gobernante de Rusia, de ahí el apelativo de «Grande».

Constantinopla

Ciudad fundada por Constantino I en 324 como capital epónima. Desde 380 hasta 1453 fue la capital del Imperio romano de Oriente. Los pueblos eslavos la consideraron un referente arquitectónico a la hora de construir sus capitales. Con todo, búlgaros y kievitas soñaron siempre con anexionarla a sus Estados, aunque infructuosamente.

Duma

Asamblea consultiva de los zares rusos instituida en la época medieval con los miembros principales de la nobleza boyarda. Su número inicial era muy restringido y se fue incrementando con el paso del tiempo hasta que, en el siglo xvii, se fijó en cincuenta

miembros. Se convocaba a petición del zar y tenía un carácter consultivo, pues la autocracia imperial impedía que sus decisiones fueran vinculantes. Etimológicamente, la palabra rusa de la que proviene significa «pensar» o «considerar».

Iván IV el Terrible

Gran duque de Moscovia y fundador del zarato ruso. Subió al trono siendo aún niño (1533), por lo que pasó su infancia bajo el control de un turbulento consejo de regencia. Una vez asumió directamente el gobierno (1547), inició una campaña de reformas que permitieron la modernización de Rusia. Sus últimos veinte años de gobierno (1564-1584) supusieron una época de terror que le granjearon el apodo por el que es conocido.

Kanato de Crimea

El principal de los tres Estados en que se desintegró el kanato de la Horda de Oro. Constituido en 1430, durante tres siglos y medio constituyó la principal amenaza para las fronteras meridionales rusas. Su incorporación al zarato no se produjo hasta los tiempos de Catalina II la Grande (1783), pues su alianza con el Imperio otomano supuso un grave inconveniente a la hora de planear su anexión a Rusia.

Kanato de la Horda de Oro

Estado creado por Batú Kan (r. 1227-1255) al recibir la herencia de su abuelo Gengis Kan. Entre 1237 y 1240 sometió a todos los principados rusos a su vasallaje. Su decadencia se inició tras la batalla de Kulikovo (1380) y la campaña de Tamerlán (1395). Fue entonces cuando este poderoso kanato entró en un proceso de fragmentación política que lo llevó a su desaparición como Estado en 1502.

Kulikovo

Lugar donde se produjo la victoria decisiva contra los mongoles conseguida en 1380 por el gran duque de Moscovia, Dimitri Donskói (r. 1359-1389), a orillas del Don. Se la considera el inicio del ascenso de Moscú como líder hegemónico entre los principados rusos al representar una alternativa al vasallaje a los mongoles.

Moscovia

Principado medieval ruso también conocido como Gran Ducado de Moscovia (1283-1547) que, considerándose heredero de la Rus de Kiev, lideró tanto el proceso de independencia del vasallaje a los mongoles como la reunificación territorial de las Tres Rusias. Su capital fue Moscú, documentada por primera vez en 1147. En 1547, Moscovia ascendió a la categoría imperial cuando Iván IV el Terrible se hizo coronar zar de todas las Rusias.

Mujik

Término eslavo usado para referirse al campesino ruso, cuyo modo de vida era bastante miserable por causa de los abusos de los nobles, a quienes estaba sometido por vínculos que lo ataban a perpetuidad, tanto a él como a sus descendientes, a la tierra que trabajaba. Con todo, legalmente a los mujik se los consideraba hombres libres con derecho a acumular un peculio.

Pedro I el Grande

Zar de Rusia (r. 1682-1721) de la Casa Romanov y uno de los más importantes gobernantes de la historia rusa. Tras un viaje de incógnito por algunas de las cortes europeas, se propuso aplicar en Rusia un paquete de reformas que modernizaran y europeizaran al zarato. Culminó el expansionismo ruso en la zona del Báltico al conquistar a los suecos la desembocadura del río Nevá. Fue allí donde fundó una nueva capital epónima para el zarato ruso: San Petersburgo.

Poltava

Batalla librada el 8 de julio de 1709 entre los ejércitos de Pedro I el Grande y de Carlos XII de Suecia en el contexto de la Gran Guerra del Norte (1700-1721) entre ambos Estados por el control del mar Báltico. La victoria rusa supuso el inicio del fin de la hegemonía sueca en la zona.

Pope

Nombre que recibe el sacerdote ruso del clero bajo, responsable de las parroquias de barrio. No posee la misma formación que los monjes y no puede aspirar a ocupar el cargo de obispo. Está obligado a casarse, aunque solo se le permite un único matrimonio. Se le prohíbe afeitarse la barba y debe vestir siempre una sotana negra.

Rus

Término que definió tanto al Estado fundado por los varegos en Kiev como a sus habitantes y del cual deriva el nombre moderno de Rusia. Existe un gran debate sobre el origen del término. Para unos, deriva de la palabra finesa ruotsi, que significa «tripulación de remeros». Para otros, procede de rusivi (es decir, «rubio»), denominación con la que los bizantinos se referían a los mercenarios escandinavos que servían en Constantinopla. Cuando se refiere al Estado kievita, Rus es femenino, pues se asimila con el término «federación».

San Petersburgo

Ciudad fundada por Pedro I el Grande en 1703 como ventana hacia Europa, es también conocida con los nombres de Petrogrado (1914-1924) y Leningrado (1924-1991). Entre 1713 y 1918 fue la capital del zarato ruso, y los diferentes zares y zarinas la monumentalizaron con palacios y edificios de gran valor artístico. En 1918, la capitalidad fue transferida a Moscú.

Tercera Roma

Concepto desarrollado en la Rusia del siglo xvi para justificar las ambiciones universalistas de la corte moscovita y sus pretensiones a la sucesión del Imperio bizantino. Parte de la idea de que la ciudad de Roma, entrada en decadencia, había sido sucedida, primero, por Constantinopla y, tras la conquista de esta ciudad por los otomanos, por Moscú.

Transiberiano

Red ferroviaria inaugurada en 1904 que recorría los 9289 kilómetros que separan Moscú de Vladivostok, en la costa del océano Pacífico. El trayecto duraba más de una semana, pero esta infraestructura sirvió para mejorar las comunicaciones rusas con Siberia.

Tres Rusias

Conjunto de regiones rusas surgidas como consecuencia de la invasión mongola del siglo xiii: la Gran Rusia (al norte, en los Urales, con capital en Nóvgorod), la Pequeña Rusia (Ucrania, con capital en Kiev) y la Rusia Blanca (Bielorrusia). Su reunificación justificó la política militar del gran ducado de Moscovia y del zarato ruso en las épocas medieval y moderna.

Ucase

Nombre dado, en ruso, a las leyes que promulgaba el zar, que tenían el valor de un edicto general de obligado cumplimiento para todos los súbditos del zarato. El patriarca de Moscú también tenía facultad para promulgar sus propios ucases.

Zarato

Nombre dado al Imperio ruso a partir de la palabra «zar», título asumido oficialmente por el soberano para subrayar las aspiraciones universales de la monarquía rusa. «Zar» deriva de la palabra latina Caesar, epíteto característico de los emperadores romanos y luego de los bizantinos (hasta el siglo vii), lo que permitía al zar presentarse como heredero del Imperio bizantino.

CRONOLOGÍA

La Rusia de los zares

862. Inicio de la dinastía Rúrika en Nóvgorod.

882. Oleg conquista Kiev.

915. Los pechenegos invaden la Rus de Kiev.

1223. Primera invasión mongola (batalla del río Kalka).

1236-1240. Segunda invasión de los mongoles, dirigidos por Batú Kan.

1236-1263. Principado de Alejandro Nevski, vencedor sobre los suecos y los caballeros teutónicos.

1328. Iván I Kalita es nombrado príncipe de Moscú y de toda Rusia. Inicio de la hegemonía moscovita.

1380. Victoria sobre los mongoles en la batalla de Kulikovo.

1448. Basilio II adopta el título eslavo de gosudar (es decir, «emperador»).

1462. Inicio del reinado de Iván III el Grande. Gran expansión del principado de Moscovia.

1480. Iván III vence a la Horda de Oro en la batalla del río Ugra y libera a Rusia del yugo mongol.

1533. Inicio del reinado de Iván IV el Terrible bajo la regencia de su madre, Elena Glinskaia.

1547. Iván IV asume directamente el gobierno y se corona como zar. Inicio del zarato.

1552. Conquista del kanato mongol de Kazán.

1554. Conquista del kanato mongol de Astracán.

1564. Iván IV instaura la opríchnina (suprimida en 1572).

1582. Inicio de la conquista de Siberia.

1589. Creación del patriarcado de Moscú.

1598. Muerte de Teodoro I y extinción de la dinastía Rúrika. Inicio de los Tiempos Turbulentos (1598-1613).

1613. Miguel Romanov (1613-1645) es elegido zar. Inicio de la dinastía Romanov.

1654. Ucrania se incorpora a Rusia.

1682. Coronación de Iván V y de Pedro I el Grande bajo la regencia de Sofía.

1689. Pedro I asume todo el poder.

1700. Guerra contra Suecia. Rusia es derrotada en Narva.

1703. Fundación de San Petersburgo.

1709. Victoria de Poltava.

1713. Traslado de la capital a San Petersburgo.

1721. Paz de Nystadt.

1725. Muerte de Pedro I el Grande y ascensión de su esposa, Catalina I.

1741. Coronación de Isabel, hija de Pedro I el Grande.

1762. Pedro III es depuesto por su esposa, Catalina II.

1768-1774. Primera guerra contra Turquía.

1772. Primer reparto de Polonia.

1773-1774. Rebelión de Pugachov.

1783. Conquista del kanato de Crimea.

1787-1791. Segunda Guerra contra Turquía.

1793. Segundo reparto de Polonia.

1795. Tercer y definitivo reparto de Polonia.

1807. Paz de Tilsit entre Alejandro I y Napoleón.

1809. Victoria contra Suecia e incorporación de Finlandia al Imperio ruso.

1812. Invasión napoleónica de Rusia e inicio de la «Guerra patriótica».

1825. Revuelta decembrista.

1826-1829. Guerra ruso-turca.

1849. Intervención rusa en Hungría.

1855-1856. Guerra de Crimea. Derrota de Rusia. Paz de París.

1861. Alejandro II libera los siervos.

1867. Venta de Alaska a Estados Unidos.

1877-1878. Guerra contra Turquía. Creación de la Gran Bulgaria.

1881. Asesinato de Alejandro II.

1898. Fundación del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

1904-1905. Guerra ruso-japonesa.

1914-1918. Primera Guerra Mundial.

1917. Revolución en San Petersburgo. Caída del régimen zarista.

1918. Asesinato de Nicolás II y de toda su familia en Ekaterimburgo.

1919. Ejecución, en San Petersburgo, de los últimos miembros de la Casa Romanov.

Mundo

887. Desmembramiento del Estado carolingio.

1054. Cisma de Oriente-Occidente.

1095. Organización de la Primera Cruzada.

1196-1227 Gengis Kan, kan de los mongoles.

1337-1453. Guerra de los Cien Años.

1348-1351. Epidemia de peste negra.

1370-1405. Imperio del emir Tamerlán.

1453. Toma de Constantinopla por los turcos.

1455-1485. Guerra de las Dos Rosas en Inglaterra.

1492. Cristóbal Colón llega a América.

1534. Promulgación de la Primera Acta de Supremacía por el Parlamento inglés.

1541. Juan Calvino se hace con el gobierno de Ginebra (Suiza) e implanta el calvinismo.

1545-1563. Concilio de Trento.

1606. Los primeros europeos desembarcan en Australia.

1618. Inicio de la Guerra de los Treinta Años.

1644. Fin de la dinastía Ming en China. Le sucede la dinastía Qing.

1648. La Paz de Westfalia pone fin a la Guerra de los Treinta Años.

1688. Revolución Gloriosa en Inglaterra.

1707. Tratado de Unión entre Inglaterra y Escocia.

1713. Tratados de paz de Utrech.

1745. Francisco I, emperador del Sacro Imperio.

1755. Gran terromoto en Lisboa.

1756-1763. Guerra de los Siete Años.

1787. Constitución de Estados Unidos.

1789. Revolución francesa. George Washington, primer presidente de Estados Unidos.

1793. Ejecución de Luis XVI en Francia. Inicio del reinado del Terror.

1804. Proclamación del Imperio francés. Napoleón, emperador.

1805. Batallas de Trafalgar y Austerlitz.

1815. Batalla de Waterloo. Fin del Congreso de Viena.

1837. Victoria I llega al trono de Inglaterra.

1840. Guerra del opio en China.

1848. Revolución de 1848. Manifiesto comunista.

1851-1870. Segundo Imperio francés.

1861-1865. Guerra Civil norteamericana.

1871. Bismark consigue la unificación territorial de Alemania. Unificación de Italia.

1914-1918. Primera Guerra Mundial.

Sobre el autor

Carles Buenacasa Pérez

Es doctor en Geografía e Historia y profesor de Historia Antigua, Arqueología Clásica e Historia de las Religiones (Cristianismo antiguo) en el Departamento de Historia y Arqueología de la Universidad de Barcelona. Formado en las universidades de Barcelona, Lille 3 y Paris IV-Sorbonne, ejerce las funciones de jefe de estudios del Grado de Historia desde el año 2016. Además, es colaborador habitual en las actividades de divulgación de diversas instituciones de difusión cultural y autor de numerosos artículos, tanto de carácter científico como de divulgación.